

MENSAJEROS DE LA GRAN LOGIA PLANETARIA BIBLIOTECA



AL PAÍS DE LAS MONTAÑAS AZULES

Helena Petrovna Blavatsky

AL PAÍS DE LAS MONTAÑAS AZULES

Helena Petrovna Blavatsky



EDITORIAL HIPERBÓREA

AL PAÍS DE LAS MONTAÑAS AZULES

Helena Petrovna Blavatsky



Hiperbórea

ÍNDICE

ÍNDICE	3
ALGUNAS PALABRAS.....	4
CAPÍTULO I.....	14
CAPÍTULO II	63
CAPÍTULO III.....	108
CAPÍTULO IV	149
CAPÍTULO V.....	183
CAPÍTULO VI.....	212
NOTAS EDICIÓN	227

ALGUNAS PALABRAS¹

Recientemente, un importante periódico de Londres escribía con tono sarcástico que los sabios rusos, y con mayor razón las masas rusas, sólo poseían nociones harto confusas sobre la India en general y sus nacionales en particular.

Cada ruso, llegado el caso, podría responder a esta llueva «insinuación» británica, interrogando al primer anglo-hindú que encuentre, en la siguiente forma:

–Perdone esta indiscreción: ¿quién le enseñó y qué sabe usted con precisión de la mayor parte de las razas de la India que le pertenece? Como ejemplo, ¿qué han resuelto sus mejores etnólogos, sus más ilustres antropólogos, sus filólogos y estadísticos, luego de un debate de cincuenta años acerca de la tribu misteriosa de los toddes, en el Nilguiri, que parece haber caído de los cielos? ¿Qué sabe su «Real Sociedad» (por más que sus miembros se ocupen de esta cuestión, con riesgo de perder el alma, ya hace casi medio siglo), para resolver el problema de las tribus misteriosas de las «Montañas Azules», de los enanos que siembran el terror, que difunden el espanto y a quienes llaman los «mulu-kurumbes»; de los jaunadis, de los kchottes, de los erullares, de los baddaques, sea cinco tribus del Nilguiri, más otras diez menos misteriosas, pero

asimismo poco conocidas, pequeñas y grandes, que moran en otras montañas?

En respuesta a todas estas preguntas si, contra todo, lo que el mundo esperaba, el inglés se hallase presa de un acceso de franqueza (fenómeno bastante raro entre los ingleses), los sabios y los viajeros rusos calumniados podrían oír la siguiente confesión, harto inesperada:

—¡Ay! Ignoramos todo de esas tribus. Sólo conocemos su existencia porque las encontramos, luchamos con ellas y las aplastamos, y a menudo ahorcamos a sus miembros. Mas, por otra parte, no tenemos la menor idea sobre el origen, ni tampoco sobre la lengua de esos salvajes, s aun menos de los nilguirianos. Nuestros sabios anglo-hindúes y los de la metrópoli casi pierden el juicio a causa de los toddes. En verdad, esa tribu representa un enigma para los etnólogos de nuestro siglo y, al parecer, un enigma indescifable. Además, el pasado de esos seres tan escasos por su número, está cubierto por el velo impenetrable (le un misterio milenario, no sólo para nosotros los europeos, sino también para los mismos hindúes. Todo, en ellos, es extraordinario, original, incomprensible, inexplicable. Así como los vimos el primer día en que caímos sobre ellos, inopinada, imprevisiblemente, así permanecen, así son: enigma de esfinge...

Así hubiera hablado al ruso cualquier anglo-hindú honesto. Y de este modo me respondió un general inglés –que volveremos a encontrar luego– cuando lo interrogué sobre los toddes y los kurumbes.

–¡Los toddes! ¡Los kurumbes! –exclamó, presa de súbito furor–. Hubo un tiempo en que los toddes casi me enloquecieron y los mulu-kurumbes más de una vez me dieron fiebre y delirio. ¿Cómo y por qué? Lo sabrá usted luego. Escuche. Si alguno de nuestros imbéciles (*dunces*) funcionarios del gobierno le declara que conoce perfectamente o que ha estudiado las costumbres de los toddes, dígale por mi parte que se jacta y miente. Nadie Conoce esas tribus. Su origen, su religión, sus costumbres y tradiciones, todo ello sigue siendo *terra incognita*, tanto para el hombre de ciencia como para el profano. En lo que respecta a su asombroso «poder psíquico» como lo llama Carpentier², su así denominada hechicería, sus diabólicos sortilegios, ¿quién puede explicarnos esa fuerza? Se trata de su influencia sobre los hombres y los animales que nadie comprende ni interpreta en absoluto: esta acción es benéfica en los toddes, maléfica en los kurumbes. ¿Quién puede adivinar, definir ese poder que emplean según sus deseos? Entre nosotros, se burlan de ese poder desde luego y se mofan de las pretensiones de esas tribus. No creemos en la

magia y calificamos de prácticas supersticiosas y de tonterías todo cuanto depende de la fe real de los indígenas. Y nos es imposible creer en ello. En nombre de nuestra superioridad de raza y de nuestra civilización, negadora universal, nos vemos constreñidos a apartarnos de esas estupideces. Y sin embargo *nuestra ley reconoce de hecho esa fuerza*, cuando no en principio, al menos en sus manifestaciones, puesto que castiga a quienes son culpables: y ello bajo diversos pretextos velados y aprovechando numerosas lagunas en nuestra legislación. Esa ley reconoció a los hechiceros, permitiendo ahorcar con sus víctimas a cierto número de ellos. Los castigamos así, no sólo por sus sangrientos crímenes, sino también por sus homicidios misteriosos en los cuales no se derrama sangre y que nunca pudieron ser legalmente probados en esos dramas tan frecuentes, aquí, entre los brujos del Nilguiri y los aborígenes de los valles.

Sí, tiene usted razón: comprendo que se pueda reír de nosotros y de nuestros esfuerzos vanos, prosiguió, pues, a despecho de todo nuestro trabajo, no hemos adelantado un centímetro hacia la solución del problema desde el descubrimiento de esos magos y espantosos brujos de las cavernas del Nilguiri (Montañas Azules). Y es esta fuerza verdaderamente taumatúrgica en ellos lo que nos irrita más

que cualquier otra cosa: no estamos en situación como para negar sus manifestaciones, pues necesitaríamos, para ello, luchar cada día contra pruebas irrefutables. Al rechazar las explicaciones de los hechos, proveídas por los indígenas, no hacemos otra cosa que perdernos en hipótesis elaboradas por nuestra razón. Negar la realidad de los fenómenos llamados *encantamientos y sortilegios* y, además, condenar los hechiceros a la horca, nos hace aparecer, con nuestras contradicciones, como groseros verdugos de seres humanos: Pues, no sólo los crímenes de esos hombres no fueron aún probados, sino que llegamos hasta negar la posibilidad misma de esos homicidios. Nos cabe decir esto de los toddes. Nos burlamos de ellos y, empero, respetamos profundamente esa misteriosa tribu... ¿Quiénes son, qué representan? ¿Hombres o genios de esas montañas, dioses bajo los sórdidos andrajos de la humanidad? Todas las conjeturas que les conciernen rebotan como una pelota de goma que cae sobre una peña granítica... Pues bien, sépalo, ni los anglo-hindúes, ni los indígenas no le enseñarán nada de cierto acerca de los toddes, ni sobre los kurumbes. Y ellos no se lo dirán, pues no saben nada: y nunca sabrán nada...

De esta suerte, me habló un plantador nilguiriano, mayor-general en retiro y juez en las «Montañas Azules, al contestar

todas mis preguntas sobre los toddes y los kurumbes, que desde hace mucho tiempo me interesaban. Nos hallábamos cerca de las rocas del «Lago» y, cuando se calló, oímos por largo rato el eco de la montaña que, despertado por su fuerte voz, repetía irónico y debilitándose: «¡nunca sabrán nada ...! ¡nunca sabrán nada...!»

¡Y sin embargo interesaba mucho saberlo! Semejante descubrimiento en lo concerniente a los toddes hubiera sido, sin duda, más instructivo que toda la novedosa revelación acerca de las diez tribus de Israel, que la «Sociedad de Identificación»⁵ acaba de reconocer, por casualidad e inopinadamente, entre los ingleses.

Y ahora escribamos lo que hemos averiguado. Pero, antes, aun nos queda por decir algunas palabras.

Habiendo elegido, en sus recuerdos, los toddes y los mulukurumbes como principales héroes, sentimos que abordamos un problema peligroso para nosotros, penetrar en un terreno indeseable para los sabios y los no sabios europeos, una tierra que les disgusta. Por cierto, ese problema, estudiado en los periódicos, no es de los que gustan a las masas. Y sabemos que la prensa rechaza obstinadamente todo cuanto que, de cerca o de lejos, recuerda a sus lectores los «espíritus», el espiritismo.

Sin embargo, cuando nos referimos a las Montañas Azules y a sus misteriosas tribus, nos es absolutamente imposible callar lo que constituye su carácter distintivo fundamental, esencial.

Cuando se describe una región muy particular de nuestro globo, y sobre todo los seres que moran en ella, misteriosos y muy distintos de sus semejantes, es imposible desechar del relato los elementos mismos con los cuales se edificó su vida ética y religiosa. Y en verdad, es tan inadmisibles actuar de esta guisa respecto de los toddes y de los kurumbes como representar Hamlet suprimiendo en ese drama el papel del príncipe danés. Los toddes y los kurumbes nacen, crecen, viven y mueren en una atmósfera de hechicería. Si damos fe a las palabras de los aborígenes y hasta a la de los viejos habitantes europeos de esas montañas, esos salvajes están en constantes relaciones con el mundo invisible. A ello se debe que en esta floración de anomalías geográficas, etnológicas, climáticas y otras de la naturaleza, nuestro relato al desenvolverse, se llene de historias en las cuales se mezcla lo demoníaco –tal como el grano bueno y la cizaña– o de irregularidades en la naturaleza humana, del dominio de la física trascendental, en verdad, la culpa no es nuestra. Conociendo hasta qué punto esta parte del conocimiento desagrada a los naturalistas, nos encantaría por cierto

burlarnos, como ellos, de las lejanas regiones y «más próximas» a esa aborrecida comarca; pero nuestra conciencia no nos lo permite. Es imposible describir a las nuevas tribus, las razas son mal conocidas sin ocuparse, para no disgustar a los escépticos, de las manifestaciones más características, más destacadas de su vida cotidiana.

Los hechos son patentes. ¿Son acaso la consecuencia de fenómenos anormales, puramente fisiológicos, según la teoría favorita de los médicos; debemos considerarlos como los resultados de materializaciones (por cierto igualmente naturales) de fuerzas de la naturaleza que parecen a la ciencia (en su actual estado de ignorancia) imposibles, inexistentes y que, en consecuencia, niega?; esto carece de importancia para la meta que perseguimos. Presentamos, ya lo hemos dicho, sólo *hechos*. Tanto peor para la ciencia si nada aprendió en lo tocante a estas cuestiones y si, al no saber *nada*, sigue, empero, juzgando los hechos como «absurdistas bárbaras», «supersticiones groseras» y cuentos de viejas. Además, fingir la no creencia y reírse de la fe del prójimo en todo lo que uno admite como perteneciente a la realidad demostrada, no es propio de un hombre honrado o de un pintor exacto.

En qué medida creemos personalmente en la hechicería y en los *encantamientos*, el lector lo verá en las siguientes páginas.

Existen grupos completos de fenómenos en la naturaleza que la ciencia es incapaz de explicar razonablemente: pues los señala como derivados de la acción única de las fuerzas físico-químicas universales. Nuestros sabios creen en la materia y en la fuerza: pero no desean creer en un principio vital separado de la materia. Y sin embargo, cuando les pedimos cortésmente que nos digan qué es esencialmente esa *materia* y qué represcrita la *fuerza* que la reemplaza actualmente, nuestros propagadores de luz se quedan boquiabiertos y contestan: «No lo sabemos».

Entonces, mientras los sabios pueden hablar, aun hoy, de esa triple esencia de la materia, de la fuerza y del principio vital en forma tan deplorable como los anglo-hindúes de los todde, rogamos al lector retroceder con nosotros medio siglo. Le pedimos que escuche la siguiente historia: cómo descubrimos la existencia del Nilguiri (Montañas Azules), hoy el Eldorado de Madras; cómo encontramos allá gigantes y enanos desconocidos hasta ese día, y entre quienes el pueblo ruso puede encontrar plena semejanza con sus brujas y curanderos. Además, el lector se enterará que bajo los cielos de la India hay tina admirable comarca donde, a unos tres mil metros de altura, en el mes de enero, los hombres llevan únicamente vestidos de muselina, y se arropan, en julio, en

mantos de piel, aunque esa tierra sólo esté a 11 grados del ecuador. El autor de ese libro tuvo que seguir los hábitos de los aborígenes, mientras que en la llanura, unos tres mil metros más abajo, habla una temperatura constante de 118° (Fahrenheit) a la sombra *fresca* de los árboles más tupidos.

¹ Esta introducción fue escrita por H. P. Blavatsky.

² Carpentier. Célebre fisiólogo (nota de Blavatsky)

³ *Identification Society of London* que se ha fijado la meta de profundizar la cuestión de las «tribus perdidas». Dicha Sociedad es muy rica y es una de las curiosidades de Inglaterra (nota de Blavatsky) .

CAPÍTULO I

Hace exactamente sesenta y cuatro años, sea hacia fines del año de 1818, en el mes de septiembre, se realizó un descubrimiento, muy fortuitamente, Y de naturaleza por completo extraordinaria, cerca de la costa de Malabar y sólo a 350 millas de la ardiente tierra de Dravid llamada Madras. Este descubrimiento pareció a tal punto extraño, hasta increíble a todo el mundo, que nadie al comienzo creyó en él. Rumores confusos, enteramente fantásticos, relatos semejantes a leyendas cundieron en seguida entre el pueblo, luego más alto... Pero cuando se infiltraron en los diarios locales y se convirtieron en realidad oficial, la fiebre de la espera llegó a ser en todos un verdadero delirio.

En el cerebro de los anglo-madrasianos, de lentos movimientos y casi atrofiados por la pereza a causa de la canícula, tuvo lugar una perturbación molecular, para usar la expresión de célebres fisiólogos. Con exclusión de los *mudiliares* linfáticos que reúnen en ellos los temperamentos de la rana y la salamandra, todo se conmovió, se agitó y empezó a disparatar ruidosamente respecto de un maravilloso edén primaveral descubierto en el interior de las «Montañas Azules»⁴, aparentemente por dos hábiles cazadores. De

acuerdo con lo que decían éstos, era el paraíso terrenal: embalsamados céfiros y frescor durante todo el año; comarca sobreelevada por encima de las eternas brumas del Kuimbatur⁵, del que caen imponentes cascadas, donde la eterna primavera europea dura de enero a diciembre. Las rosas silvestres, que se levantan del suelo casi dos metros, y los heliotropos florecen allá, lirios del tamaño de un ánfora⁶ embalsaman la atmósfera; búfalos antediluvianos, juzgando por su talla, pasean libremente, y moran en la comarca los brobdingnags y los liliputienses de Gulliver. Cada valle, cada desfiladero de esta admirable Suiza hindú representa un rinconcito del paraíso terrestre cerrado al resto del mundo...

Oyendo esos relatos, el hígado de los «muy respetables» padres de la «East India Company», tan atrofiado y somnoliento como su cerebro, despertó a la vida, y la saliva les corrió por los labios. Al comienzo, nadie sabía en qué región precisa habían descubierto esas maravillas, y nadie pudo decir cómo y dónde buscar ese frescor tan atractivo en el mes de septiembre. Finalmente, los «padres» resolvieron que era menester sancionar el descubrimiento en forma oficial y reconocer, ante todo, exacta. mente lo que se acababa de descubrir. Los dos cazadores fueron invitados a la Oficina Central de la Presidencia y entonces se enteraron que en la

vecindad de Kuimbatu los siguientes sucesos habían tenido lugar...

Pero, ante todo, ¿qué es Kuimbatu?

Kuimbatu es la principal ciudad de la región que lleva ese nombre, y ésta se halla a unas trescientas millas de Madras, capital de la India del Sur. Kuimbatu es célebre desde muchos puntos de vista. Ante todo, es una tierra prometida para el cazador de elefantes y tigres, así como para la caza menor, porque esa región, además de sus otros encantos, es célebre por sus pantanos y tupidos bosques. Presintiendo la muerte, los elefantes, abandonan, no se sabe por qué, los impenetrables bosques por los pantanos. Allí se sumergen en el profundo fango y se preparan tranquilamente para el nirvana. Gracias a esta extraña costumbre, los huesos y colmillos de elefante son abundantes en las ciénagas y es fácil procurárselos (o más bien se los obtenía otrora).

Digo «procurárselos» en el pasado. ¡Ay! Las cosas cambiaron por completo desde aquella época de la desdichada India. Hoy, no se puede obtener nada en ese país, y nadie consigue nada salvo el virrey: el virreinato le rinde, en efecto, honores reales y lo provee con enormes sumas de dinero, por otra parte acompañadas a veces con huevos podridos ofrecidos

por los iracundos anglo-hindúes. Entre el «otrotra» y el «hoy» se abrió el abismo del «prestigio» imperial a cuyo través se yergue el espectro de lord Beaconsfield.

Entonces, los «padres de la Company» obtenían, compraban, descubrían y conservaban. *Hoy*, el consejo del virreinato recibe, toma, expropia y no conserva nada. *Antaño*, los «padres» constituían la fuerza motriz de la sangre de la India que se coagula y que, cierto, chupaban, pero que también rejuvenecían vertiendo nueva sangre en las viejas venas. Hoy, el virrey con su consejo sólo inyecta bilis. El virrey es el punto central de un imperio inmenso hacia el cual no experimenta simpatía alguna y con el cual no tiene ningún interés común. Según la poética expresión de Sir Richard Temple, «el virrey es el sólido eje a cuyo alrededor debe girar la rueda del imperio...» Sea: pero esa rueda mueve, desde hace un tiempo, con tan loca rapidez que amenaza, en cualquier momento, hacerse añicos.

Mas, como antaño, aun hoy Kuimbatour sólo es conocido por sus bosques y ciénagas; la lepra, las fiebres y la *elefantiasis* son allí endémicas⁷. Kuimbatour, o el distrito que lleva ese nombre, no debe considerarse como un desfiladero. Situado entre Malabar y Karnatik, el distrito de Kuimbatour penetra, en ángulo agudo, hacia el sur, en las Montañas Anemal, o Montes

Elefanta⁸, luego trepa gradualmente hacia las alturas de Maisur, al norte, como si lo aplastaran los «ghats» occidentales⁹, con sus tupidas selvas casi vírgenes, cambia de rumbo en ángulo recto y desaparece en las junglas menos importantes donde moran las tribus silvícolas. Allá es la morada tropical del elefante, siempre verdeante a causa de las emanaciones de las marismas; allá se encuentra también la boa constrictor, pero su raza se extingue. Por el lado de Madras, esta masa de montañas, semejante de lejos a un triángulo rectángulo, parece enganchada a otra serranía triangular, aún más grande, a los llanos de la superficie montañosa de Dekkan que apoya su extremo septentrional contra los montes Vindya, en la presidencia de Bombay, y sus puntas occidental y oriental contra las «colinas» de Sakhiadri en la presidencia de Madras. Estas dos cadenas de montañas que los ingleses llaman colinas constituyen un lazo de unión entre los *ghats*¹⁰ occidentales y orientales de la India. A medida que las alturas del este se aproximan a los *ghats* del oeste, pierden progresivamente su carácter volcánico. Uniéndose finalmente con las cimas pintorescas y onduladas del Maisur occidental, parecen fundirse en ellas, dejan definitivamente de ser consideradas como *ghats* y son llamadas simplemente colinas.

Los dos extremos de ese triángulo aparente se yerguen, en la presidencia de Madras, a ambos lados, a izquierda y a derecha de la ciudad de Kuimbatour, produciendo el aspecto de puntos de admiración. Se asemejan a dos centinelas gigantes colocados por la naturaleza para vigilar la entrada del desfiladero. Son dos picos de aguda punta, coronados por rocas dentadas, con las faldas cubiertas de verdeantes bosques y rodeados en lo alto por un eterno cinto de nubes y brumas azuladas. Esas montañas de puntiagudas cumbres son llamadas «Teperifs» de la India, el Nilguiri y el Mukkartebet. La primera se alza a 8.760 pies, la otra a 8.380 pies por encima del nivel del mar.

A lo largo de los siglos esas dos cumbres eran consideradas por el pueblo inaccesibles a los simples mortales. Esta reputación, desde hacía mucho tiempo, había tomado la forma de leyendas locales, y toda la comarca, en la superstición popular, era tenida por santa y desde luego por encantada. Franquear sus límites, hasta involuntariamente, era cometer un sacrilegio que sólo la muerte podía castigar. El To-De era la morada de los dioses y de las *devas* superiores. El *svarga* (paraíso) se hallaba allí con el *naraka* (infierno) lleno de «asuras» y de «pisachis»¹¹. Así, protegidos por la fe religiosa, el Nilguiri y el Todabet (Mukkartebet) permanecieron, por

largos siglos completamente desconocidos del resto de la India. Cómo entonces, en época tan lejana como la de la «Right Honourable East India Company», en el decenio del 20 de nuestro siglo XIX, un europeo cualquiera podía concebir el pensamiento de internarse en la región interior de una montaña cerrada por todos lados. No por creer en los espíritus cantores, sino ante la inaccesibilidad de esas alturas, nadie era capaz de suponer la existencia, en esas montañas, de tan bellos paisajes. Y menos suponer la presencia de criaturas vivientes que no fueran las fieras y las serpientes. Rara vez un *sportsman* o un cazador de Eurasia, llegaba al pie de los encantados montes, insistía para que un *chicari* (cazador) lo condujese a algunos centenares de pies más alto. Los guías indígenas, de común acuerdo con *los chicaris*, se negaban a hacerlo, muy naturalmente, bajo un pretexto u otro. Lo más a menudo afirmaban al *Saab*¹² que era imposible ir más alto: ya no había más bosques, ni caza, sólo se veían simas, peñas, nubes y cavernas habitadas por maléficos silvanos, guardias de honor de las *devas*. Por eso ningún *chicari* aceptaba, por más cuantiosa que fuera la suma ofrecida, subir más alto que una conocida línea de demarcación en esas montañas...

¿Qué es el «chicari»? El representante moderno de este tipo sigue siendo semejante al de las épocas fabulosas del rey

Rama. Cada profesión se vuelve hereditaria en la India, luego se convierte en *casta*. Así como fue el padre, así ha de ser el hijo. Generaciones enteras se cristalizan y parecen petrificarse en una única y misma forma. El *chicari* lleva un traje compuesto de cuchillo de caza, de cebadores de pólvora hechos con cuernos de búfalo, del antiguo fusil de pedernal que de diez tiros falla nueve, y todas esas fornituras las lleva sobre su cuerpo desnudo. Muchas veces tiene aspecto de un anciano decrepito, y cuando un extranjero de «corazón sensible» se encuentra con él (ni indígena, ni inglés), su primer movimiento es ofrecerle gotas de Hoffmann: tan hueco es su vientre y parece presa del dolor. Pero la razón por la que el *chicari* camina penosamente, agachado, doblado en dos, no es ésta: se trata de un hábito contraído por el constreñimiento de su profesión. Cuando un *saab sportsman* se lo ordena, basta que le muestre o le dé algunas rupias, y el *chicari* se endereza instantáneamente y empezará a regatear a propósito de no importa qué animal. Luego de la conclusión de la transacción, volverá a inclinarse de nuevo, se deslizará en los bosques con prudencia, cubriendo su cuerpo y envolviendo sus pies con hierbas aromáticas, para que no lo descubran las fieras y con el fin de que éstas no olfateen el «espíritu» del hombre.

El chicari permanece de esta suerte varias noches consecutivas, oculto, como un ave de presa, en el tupido follaje de un árbol, en medio de «vampiros», menos sanguinarios que él. Sin traicionar su presencia por el más leve suspiro, el caduco nemrod se prepara para seguir con sangre fría la agonía de un desdichado cabritillo o de un joven búfalo atado por él a un árbol para atraer al tigre. Luego, abriendo los dientes hasta las orejas a la vista del carnicero, escucha, sin mover un solo músculo, el lamentable balido, y aspira con placer el olor de la sangre fresca mezclado con el tufo específico y fuerte del verdugo rayado de los bosques. Apartando las ramas, con prudencia y sin ruido, observa largamente, con mirada aguda, al animal que se sacia, y cuando la fiera se adelanta pesadamente con sus sangrientas patas sobre el suelo seco, lamiéndose los labios y bostezando, luego dándose vuelta según el hábito de todos los carniceros rayados, para mirar los restos de su víctima, entonces el chicari hace fuego con su fusil de pedernal y con seguridad tumba la bestia al primer disparo. «El arma del chicari nunca falla cuando dispara sobre el tigre», es un antiguo dicho que se ha convertido en axioma entre los cazadores. Y si el *saab* desea divertirse cazando él mismo al «bar saab» (gran señor de los bosques), entonces el chicari, observando desde su árbol el

lugar a donde fue a descansar el tigre, en cuanto aparecen los primeros fulgores del alba, salta de su escondite, corre hacia el poblado, reúne una multitud, prepara una batida, se afana, todo el día, bajo las llamas tórridas y mortíferas del sol, de un grupo al otro, gritando, gesticulando, organizando, dando órdenes, hasta el momento en que el «saab» N° 1, seguro sobre el lomo de un elefante, haya herido al «saab» N° 2, momento en que el chicari debe intervenir para rematar el animal con su antiguo fusil... Sólo entonces, y en el caso de que no suceda nada extraordinario, el chicari se dirige hacia el primer matorral que encuentre y, todo a un tiempo, toma su desayuno, almuerzo, merienda y cena comiendo un puñado de pésimo arroz y un sorbo de agua de los pantanos...

Y así, con tres de esos hábiles chicaris, en septiembre de 1818, hacia el final de las vacaciones estivales, dos ingleses, funcionarios agrimensores al servicio de la «Company», en expedición de caza en el Kuimbatour, se extraviaron, llegando al límite peligroso de la montaña: el desfiladero de Guzlekhut, muy próximo a la célebre cascada de KoIakambe¹³.

Por encima de sus cabezas, lejos y muy alto bajo las nubes, penetrando, en manchas aisladas, la fina bruma azul, se divisaban las rocosas agujas del Nilguiri y del Mukkartebet. Era la *Terra incognita*, el mundo encantado...

Misteriosas montañas
Morada de desconocidas Devas
Colinas de azur

(como dice una antigua canción en el tierno idioma de malaialim). «De azur» en verdad. Contemplad no importa qué punto del horizonte y de la distancia que deseéis, de la cumbre o del pie, del valle o de otras cimas, aun con tiempo brumoso, hasta el momento en que dejan de ser visibles, esas montañas resplandecen como un precioso zafiro, con un brillo interno, parecen respirar suavemente, y confunden, como olas, sus azuladas selvas que, en la lejanía se matizan con reflejos de turquesa y oro, que sorprenden, a despecho de uno mismo, por su extraordinario colorido...

Los agrimensores, deseando tentar la suerte, ordenaron a los chicarís que los condujeran más lejos. Pero los valientes chicarís se negaron en forma perentoria, como era de esperar. Luego, después del relato de los dos ingleses, nos enteramos que esos dos experimentados cazadores y valientes exterminadores de tigres y elefantes, se fugaron en cuanto se habló de subir más alto, tras la cascada. Capturados y traídos de vuelta a la catarata, los tres se dejaron caer con la cara tocando el suelo, ante el torrente que bramaba, y según las ingenuas palabras de uno de los ingenieros ingleses, Kindersley, «los esfuerzos combinados de nuestros dos látigos

no pudieron obligarlos a levantarse... antes que hubieran terminado sus ruidosas invocaciones a las *devas* de esas montañas, suplicando a los dioses no castigarlos, ni darles muerte, por semejante crimen, a ellos, inocentes chicarís. Temblaban como hojas de álamo temblón, se retorcían en el húmedo suelo de la orilla, como si fueran presa de una crisis de epilepsia...» «Nadie cruzó alguna vez los límites de la cascada de Kolakarnhe, decían, y quien entra en esas cavernas no sale de ellas vivo».

Esa vez, o más exactamente, ese día, los ingleses ni siquiera lograron ir más allá de la catarata. De buen o mal grado, debieron regresar a la aldea, que habían abandonado por la mañana, luego de pernoctar en ella. Los ingleses temieron extraviarse sin guías o sin chicarís, y por esa razón cedieron. Pero, en su fuero interno, juraron obligar a los chicarís a ir más lejos la próxima vez. De regreso a la aldea, para pasar la segunda noche, convocaron a casi todos los habitantes y celebraron consejo con los ancianos. Lo que escucharon no hizo más que aumentar su curiosidad.

Los rumores más extraordinarios corrían entre el pueblo acerca de las montañas encantadas. Numerosos agricultores apelaban a la autoridad de los plantadores locales y de los funcionarios de Eurasia que conocían la *verdad* respecto de los

Lugares Santos y comprendían perfectamente la imposibilidad de ir allá.

«Se cuenta una verdadera epopeya respecto de un plantador indio que poseía todas las virtudes, salvo la de la fe en los dioses de la India. Un buen día –así hablaban los brahmanes importantes–, mister D, que cazaba un animal y no prestaba la menor atención a nuestras advertencias, desapareció *tras* la cascada; nunca más se lo volvió a ver. Al cabo de una semana, las autoridades dieron a conocer ciertas suposiciones acerca de su probable destino, y esto gracias al viejo mono «sagrado» de la pagoda vecina. Como pudo verse, esa respetable bestia tenía la costumbre, en sus ratos libres de toda obligación religiosa, de visitar las plantaciones vecinas, donde los *kulis*, llenos de piedad, la alimentaban y la mimaban. Un día el mono regresó con una bota sobre la cabeza. La bota llegaba sola, privada de la pierna del plantador, y su dueño se perdió, pues, para siempre: indudablemente, el insolente había sido destrozado por los *pisachis*. Así lo resolvió el pueblo. Ciertamente, la «Company» sospechó de los brahmanes de la pagoda que, desde hacía mucho, habían entablado un proceso con el desaparecido con motivo de un terreno del cual era dueño. Pero los *saab* sospechaban siempre y para todas las cosas de los hombres santos, particularmente en el sur de la India...

Las sospechas no tuvieron consecuencia alguna. Y el desdichado plantador desapareció sin dejar ninguna huella. Pasó por entero y para la eternidad a un mundo lejano y aun menos estudiado, en aquella época, por las autoridades y los sabios, que el de las Montañas Azules, el mundo del pensamiento incorpóreo. En la tierra, se convirtió en sueño cuyo recuerdo perpetuo sigue aún viviendo hoy, bajo forma de bota, tras el vidrio de un armario en el despacho de la policía del distrito...»

Se cuenta... ¿Qué es lo que no se dice sobre este particular? Helo aquí: aquende las «nubes lluviosas» las montañas son inhabitables, ello, naturalmente, en lo que concierne a los simples mortales visibles para todo el mundo. Pero *allende* las «iracundas aguas» de la cascada, es decir en las alturas de las cimas sagradas del Toddabet, del Mukkartebet y del Rongasuami, vive una tribu no terrestre, tribu de hechiceros y de semidioses.

Allá reina la eterna primavera, no hay lluvia, ni sequía, ni calor, ni frío. No sólo los magos de ese pueblo primitivo no se casan nunca, sino que no mueren y no nacen jamás: sus hijos caen ya hechos de los cielos y «crecen hacia arriba» según la característica expresión de Topsy en «La cabaña del Tío Tom». Ningún mortal logró aún llegar a esas cumbres; nadie lo

logrará salvo, quizá, después de la muerte. «Entonces tendrá lugar en los límites de lo posible, pues, así como lo saben los brahmanes –¿y quién podría estar mejor enterado de ello?– los habitantes del cielo de las Montañas Azules, por respeto al Dios Brahma, le cedieron parte de la montaña que está debajo del *Svarga* (paraíso)». Es de suponer, pues, que en aquella época, ese entresuelo estaba todavía en reparaciones...

Tal es la tradición oral que aun se conserva escrita en *La recopilación de leyendas y tradiciones locales*, vertidas al inglés del idioma tamil, por misioneros. Recomiendo al lector la edición de 1807.

Estimulados por esos relatos y más en especial por las dificultades visibles y todos los obstáculos que se oponían a su excursión, nuestros dos ingleses resolvieron probar una vez más a los indígenas que para la raza «superior» que los gobernaba, la palabra «imposibilidad» no existía. El *prestigio* británico tuvo que proclamar su presencia en todas las épocas de la historia; sino, corría el riesgo de ser olvidado...

¡Que no se vayan a indignar mis amigos anglo-hindúes celosos y recelosos! Que recuerden más bien las páginas escritas sobre la India y los ingleses por Alí Babá¹⁴, uno de sus escritores más espirituales, y de quien cada movimiento de

pluma representa siempre una sátira cruel y profundamente cierta sobre la situación actual de la India. ¡Con qué vigorosos y vivos colores describió ese país mártir! Contemplad su panorama de la India, medita en la presencia hoy necesaria de esas legiones de soldados vestidos con el uniforme punzó y de *sais* y *chuprasis* del virrey, relumbrantes de oro. Los *sais* son los palafreneros y recaderos de los funcionarios; los *chuprasis* son los encargados de los transportes oficiales del gobierno, que llevan la librea del «imperio», y que están al servicio de todos los funcionarios, pequeños y grandes. Si se vendía al peso todo el oro de sus libreas, se obtendría una suma cuya mitad bastaría para alimentar a centenares de familias anualmente. Agregad a ello los gastos de los miembros, siempre escarlatas de embriaguez, del Consejo y de las distintas comisiones que se constituyen habitualmente *al final* de una escasez general; y he demostrado cómo el *prestigio* británico mata cada año más indígenas que el cólera, los tigres, las serpientes ponzoñosas y que los bazos¹⁵ hindúes que revientan tan fácilmente (y siempre con tanta oportunidad)...

Cierto es que las pérdidas ocasionadas por dicho *prestigio* en las filas de la plebe son compensadas por el constante crecimiento de la tribu de los euroasiáticos. Esa raza, bastante fea de «criollos» representa uno de los símbolos más objetivos

y más felices de la ética enseñada por los civilizados a los hindúes, sus esclavos medio salvajes. Los euroasiáticos fueron puestos en el mundo por los ingleses, con ayuda de los holandeses, franceses y portugueses. Constituyen la corona y el imperecedero monumento de la actividad de los «padres» plácidos de la «East India Company». Dichos «padres» a menudo traban relaciones legítimas e ¡legítimas con las mujeres indígenas (la diferencia entre las uniones legales o no es mínima en la India; se basa en la fe de los esposos y el grado de santidad de las colas de vaca). Pero este último eslabón de las relaciones amistosas entre las razas altas y bajas, se quebró por propia decisión. Hoy, para alegría de los hindúes, los ingleses sólo miran con repugnancia a sus esposas e hijas. Dicha repulsión, es verdad, sólo la supera la profunda aversión sentida por los indígenas a la vista de las inglesas más o menos descotadas. Las dos terceras partes de la India creen ingenuamente en el rumor difundido por los brahmanes según el cual los «blancos» deben su color a la lepra.

Pero la cuestión no es ésta, se trata del «prestigio». Ese monstruo nació después de la tragedia de 1857. Barriendo con sus reformas todas las huellas de la India inglesa comercial, la Anglo-India oficial cavó entre ella y los indígenas un abismo tan hondo que los milenarios no llegarán a colmarlo. A

despecho del amenazador espectro del prestigio británico, la sima se hace cada día más amplia y ha de llegar la hora en que se tragará a una de las razas, sea la negra, sea la blanca. Así el «prestigio» no llega a ser otra cosa que una medida de autodefensa.

Y ahora puedo volver a la situación de los habitantes de Kuimbatour en 1818. Entre dos fuegos: el *prestigio* de los señores terrestres y el supersticioso espanto de los amos del infierno y de su venganza, los dravidianos se vieron aplastados bajo los cuernos de un atroz dilema. No había transcurrido una semana cuando los *saab* ingleses, habiendo dejado a los habitantes del poblado en la dulce esperanza que la tormenta pudiera disiparse, regresaron a Metopolam, a los pies del Nilguiri. Y esta vez los ingleses dejaron oír el trueno de la siguiente declaración: dentro de tres días iban a llegar soldados de la guarnición y otros agrimensores, y ese destacamento emprendería la ascensión de las cimas sagradas de las Montañas Azules.

Luego de oír esa terrible nueva, varios labradores se condenaron a la *dcharna* (muerte por el hambre), ante la puerta del *saab*, con la intención de proseguir esta huelga hasta el día en que los ingleses, más comprensivos, prometieran renunciar a su propósito. Los *munwifé*, habiendo desgarrado sus vestidos,

gesto que no les cuesta muchos esfuerzos, rasuraron la cabeza de sus mujeres, y las obligaron, en señal de desdicha social y de duelo general, a arañarse el rostro hasta la sangre. Naturalmente, no debía alcanzar sino a las mujeres. Los brahmanes leían conjuros y *mantras* en alta voz, enviaban mentalmente a los ingleses, con sus intenciones blasfematorias, al *Narak*, a todos los diablos. Durante tres días, *Metopolam* retumbó con los gritos y lamentos; en vano: ¡a lo hecho, pecho! Luego de haber equipado un grupo de valientes elegidos entre los miembros de la «Company», los nuevos Cristóbal Colón resolvieron ponerse en camino sin guía alguno. El poblado quedó vacío como después de un terremoto; los indígenas huyeron aterrorizados, y no les quedó otro remedio a los agrimensores que encabezaban el destacamento que buscar ellos mismos el camino de la cascada. Se extraviaron y regresaron. Empero, los exploradores no se inmutaron. Pudieron apoderarse de dos malabarenses enflaquecidos y declararon que estaban prisioneros: «Condúzcanos y les daremos oro; niéguese, e irán a pesar de todo, pues los arrastraremos por la fuerza. Luego, en vez de oro, tendrán la cárcel». En aquellos benditos días en que reinaban los bondadosos «padres» de la «Company» la palabra «cárcel» en Madras y en otras presidencias era sinónima de

tortura. Ese género de suplicio tiene lugar aún hoy, estamos al tanto de pruebas muy recientes, pero en aquella época la denuncia del menor escriba perteneciente a la raza superior bastaba para condenar al indígena a la tortura. La amenaza produjo el efecto deseado. Los desdichados malabarenses, con la cabeza gacha, más muertos que vivos, guiaron a los europeos hasta Kolakambe.

Los hechos que tuvieron lugar después no dejan de ser extraños si son ciertos: empero, esta verdad no puede ser puesta en duda después del informe oficial de los dos agrimensores ingleses. Antes que los ingleses llegaran a la cascada, en un talud, un tigre saltó y arrebató a uno de los malabarenses a pesar de su extremada y poco apetitosa flacura, y ello ocurrió antes que uno de los cazadores tuviese tiempo de divisar el animal. Los gritos del desdichado despertaron la atención demasiado tarde: «O las balas no dieron en el blanco, o mataron a la víctima que desapareció con el raptor, como si ambos se hubieran metido bajo tierra», leemos en el informe. El segundo indígena, que había llegado a la otra orilla de la rápida corriente, la ribera «prohibida», a una milla más o menos de la cascada, *murió bruscamente*, sin ninguna causa aparente. Sucedió en el mismo lugar donde los agrimensores habían pasado la noche cuando su primera

ascensión. Evidentemente, el terror lo mató. Es curioso leer la opinión de un testigo ocular respecto de esta terrible coincidencia. En el *Correo de Madras*, del 3 de noviembre de 1818, uno de los funcionarios, Kindersley, escribe:

«Luego de haberse asegurado de la muerte real del *negro*, nuestros soldados, sobre todo los supersticiosos irlandeses, quedaron extremadamente turbados. Pero Whish (nombre del segundo agrimensor) y yo comprendimos en seguida que retroceder era deshonorarse inútilmente, convertirse en el objeto de las burlas perpetuas de nuestros compañeros y cerrar, durante siglos, la entrada a las montañas del Nilgiri y a sus maravillas (si éstas existían verdaderamente) a los otros ingleses. Resolvimos proseguir nuestro camino sin guías, tanto más cuanto que los dos malabarenses muertos y sus compatriotas vivientes no conocían mejor que nosotros el camino más allá de la cascada».

Luego viene la descripción detallada de su difícil ascensión a las montañas, de la escalada de las peñas por completo perpendiculares, hasta el momento en que se vieron por encima de las nubes, es decir más allá del límite de la «eterna bruma» y divisaron a sus pies sus movedizas olas azules. Como hablo más adelante de todo cuanto hallaron los ingleses en esas alturas, y ya que D. Sullivan, colector del distrito de

Kuimbatur, relata los hechos en sus cartas al gobierno que lo envió después para realizar una encuesta formal, me contentaré aquí, con el fin de evitar cualquier repetición, con el relato superficial y breve de las aventuras principales de los dos agrimensores.

Los ingleses treparon más alto, lejos de la frontera de las nubes. Y entonces se encontraron con una enorme boa constrictor. Uno de ellos, en la semi oscuridad, cayó bruscamente sobre un objeto blando y viscoso. Ese «objeto» movió, se irguió con mucho ruido de hojas aplastadas y se mostró tal como era en realidad, un interlocutor bastante desagradable. La boa se enrolló, a guisa de saludo, en torno de uno de los supersticiosos irlandeses, y antes de recibir algunas balas en las fauces abiertas de par en par, pudo apretar a Patrick en su frío abrazo con tanta fuerza que el desdichado murió al cabo de algunos minutos. Luego de haber matado ese monstruo, no sin dificultades, y habiendo medido la piel del animal, se vio que la serpiente tenía una longitud de veintiséis pies. Luego fue menester cavar una tumba para el pobre irlandés; esta tarea fue tanto más penosa cuanto que los ingleses apenas tuvieron tiempo de arrancar el cuerpo a los milanos que se amontonaban, acudiendo de todas partes. Aun hoy se muestra la tumba; se encuentra debajo de una peña,

algo más arriba que Kunur. Los primeros colonos británicos se cotizaron y adornaron el lugar con un monumento conveniente, en memoria «del primer pionero que halló la muerte durante la expedición a la montaña».

Nada perpetúa el recuerdo de los dos «negros», si bien eran, de derecho, las «primeras» víctimas de la ascensión, y los primeros pioneros, aunque involuntarios.

Luego de haber perdido dos peones negros y un hombre blanco, los ingleses prosiguieron trepando y encontraron una manada de elefantes que luchaban los unos contra los otros en una batalla de buena ley. Felizmente, los animales 'no se dieron cuenta de la llegada de los extranjeros, por eso no los molestaron. En desquite, su aparición produjo el inmediato desbande del destacamento espantado. Cuando el grupo británico quiso reunirse otra vez, no se encontró más que en pequeños grupos de dos o tres hombres. Vagaron así toda la noche en el bosque; siete soldados regresaron, a distintas horas del siguiente día, a la aldea que habían abandonado la víspera con tanta presunción. Tres europeos desaparecieron sin dejar huella alguna.

Al quedarse solos, Kindersley y Whish vagaron por las vertientes de la montaña durante varios días: subiendo hasta

las cumbres o bajando otra vez hacia los desfiladeros. Tuvieron que alimentarse con hongos y bayas que encontraron en profusión. Cada noche, los rugidos de los tigres y los bramidos de los elefantes les obligaban a buscar refugio en altos árboles y a pasar la noche desvelados, turnándose en la guardia y esperando la muerte de un momento a otro. Las *devas* y otros habitantes misteriosos, guardianes de las cavernas «encantadas», se manifestaron así desde el comienzo. Los desafortunados exploradores quisieron más de una vez descender al poblado; pero a despecho de todos sus esfuerzos y aunque bajaban en línea recta, se encontraban, en el camino, con tales obstáculos que se veían obligados a cambiar de rumbo. Y cuando querían rodear una elevación o una peña, caían en una caverna sin salida. Sus instrumentos y todas sus armas, salvo el fusil y las pistolas que llevaban, habían quedado en manos de los soldados. En consecuencia, les era imposible orientarse, hallar el camino de regreso; sólo les quedaba subir, subir siempre más alto. Si recordamos que, por el lado de Kuimbatur, el Nilguiri se levanta en escalones de rocas perpendiculares hasta 5.000 y 7.000 pies por encima del valle de Uttakamand, y que muchas peñas forman terribles cimas, y que los agrimensores habían elegido precisamente ese camino, es fácil figurarse todas las dificultades que tuvieron

que superar. Y mientras trepaban por la montaña, la naturaleza parecía cortarles todas las vías de regreso. A menudo tuvieron que subir a la cima de un árbol para saltar luego por encima de los despeñaderos a la siguiente roca.

Finalmente, en el noveno día de su viaje y después de perder toda esperanza de encontrar en esas montañas otra cosa que la muerte, resolvieron intentar otra vez el descenso, siguiendo un camino recto y evitando, en la medida de lo posible, cualquier atajo que los alejase de la vía recta. Por esa razón, querían ante todo llegar a la cumbre que tenían ante ellos con el fin de examinar las inmediaciones y reconocer mejor el camino que habrían de seguir. Se encontraban entonces en un claro, no lejos de una colina bastante elevada y que les pareció de suave pendiente con pequeñas rocas en la cima. Para llegar a la colina, les parecía que un sencillo recorrido era suficiente, pues no se veía ningún obstáculo exterior. Para sorpresa de los agrimensores, el ascenso duró dos horas; agotaron sus últimas fuerzas. Cubierta de tupido pasto que aquí se llama «satinado», el terreno de la ladera fácil se mostró tan resbaladizo que los ingleses, desde los primeros pasos, tuvieron que trepar a cuatro patas, aferrándose al pasto y a las malezas con el fin de no rodar. Trepar por semejante colina les parecía subir por una montaña de vidrio.

Finalmente, llegaron a la cima después de increíbles esfuerzos y cayeron agotados, esperando «lo peor», como escribió Kindersley.

Era la célebre «colina de los sepulcros», conocida hoy en toda la comarca de Uttakamand; se los llama *cairns* en la región. Este nombre druidico conviene mejor al carácter de esos monumentos que pertenecen a una antigüedad desconocida, pero muy remota, y que los agrimensores tomaron por rocas. Numerosas elevaciones de la cadena del Nilguiri están también tachonadas de semejantes tumbas. Es en vano discutir sobre ese particular: su origen y su historia se pierden en una bruma tan impenetrable como la de los pueblos que moran en las misteriosas montañas. Sin embargo y mientras nuestros héroes descansaban, hablaremos de esos monumentos: el relato será breve.

Cuando, veinte años después de esos sucesos, se realizaron las primeras excavaciones, los europeos encontraron en cada sepultura una gran cantidad de utensilios de hierro, bronce y barro, estatuillas de forma extraordinaria y adornos metálicos, obras toscas. Esas estatuillas –evidentemente ídolos–, esos adornos, esos instrumentos no recordaban en absoluto los objetos análogos empleados en otros lugares de la India y en otras naciones. Las obras de arcilla tienen un aspecto

particularmente bello; al parecer se veía en ellos los prototipos de los reptiles (descritos por Bérose) que reptaban por el caos en tiempo de la creación del mundo. En lo que concierne a las tumbas mismas, en cuanto a lo que se conoce de la época en que fueron construidas, de los obreros que las hicieron y de la raza cuyo último refugio fueron en la tierra, nada se puede decir, imposible suponer nada, pues todas las hipótesis son inmediatamente destruidas por tal o cual argumento irrefutable. ¿Qué significan esas extrañas formas geométricas, hechas con piedra, hueso o arcilla, qué quieren decir esos dodecaedros, esos triángulos, esos pentágonos, hexágonos y octógonos muy regulares y, finalmente, esas imágenes de barro, con cabeza de carnero o de asno y cuerpo de pájaros? Los sepulcros, es decir los muros que rodean las tumbas, tienen siempre una forma ovalada y su altura varía entre un metro y medio y dos metros, construidos con enormes piedras no talladas y sin cemento alguno. El muro siempre rodea una tumba, cuya profundidad es de cuatro a seis metros, cubierta por una bóveda bastante bien dibujada y construida en panteón con piedras pulidas, aunque es difícil distinguir esos panteones, pues los siglos los han cubierto de tierra y guijarros. La forma de los sarcófagos, semejante exteriormente a la de los sepulcros muy antiguos en otras partes del mundo,

no nos revela empero cosa alguna que pueda aclararnos su origen. Monumentos semejantes se encuentran en Bretaña, en otras regiones de Francia, en el país de Gales y en Inglaterra, así como en las montañas del Cáucaso. Naturalmente, los sabios ingleses, en sus explicaciones, no pudieron dejar de mencionar a los partos y los escitas que, evidentemente, debían poseer el don de ubicuidad. Pero los restos arqueológicos que encontramos allí no tienen absolutamente nada de escita; además, hasta ahora no se encontraron esqueletos, ni objetos parecidos a armas. Ninguna inscripción tampoco, aunque se exhumaron planchas de piedra mostrando vagas huellas, en las esquinas, que recordaban los jeroglíficos de los obeliscos de Palenque y de otras ruinas mejicanas.

Entre las cinco tribus de las montañas del Nilguiri, y los seres pertenecientes a cinco razas¹⁶ por entero diferentes las unas de las otras, nadie pudo dar la menor información respecto de esos sepulcros que todo el mundo desconocía. Los toddes –la tribu más antigua de las cinco– tampoco saben nada a este respecto. «Esos sarcófagos no son nuestros, y no podemos decir a quienes pertenecen. Nuestros padres y nuestras primeras generaciones los hallaron aquí, nadie los construyó en nuestra época». Tal vez es la invariable respuesta de los toddes a los arqueólogos. Si evocamos la antigüedad que

se atribuyen los toddes, podemos llegar a la conclusión que en esas tumbas enterraban a los antepasados de Adán y Eva. Los ritos fúnebres difieren totalmente en cada una de las cinco tribus. Los toddes incineran a sus muertos, con sus búfalos favoritos; los mulu-kurumbes los entierran bajo las aguas; los errulares los atan en la cima de los árboles.

Si los cazadores extraviados se hubieran recobrado y hubiesen examinado los alrededores que se extendían en torno de ellos, por doquier en una distancia de varias decenas de millas, por cierto se habrían adelantado a mi descripción de uno de los más maravillosos panoramas de la India. Pues se encontraban entonces –ignorándolo– en la cumbre más elevada de esas montañas, con exclusión del *pico de Toddabet*, al que los ingleses, no sé por qué, llaman Doddibet. Cuesta imaginarse, y aun menos describir los sentimientos que agitaban entonces a los dos hijos de Albión, cuyos ojos contemplaban ese grandioso cuadro. Es de suponer que nada semejante al entusiasmo de un artista o de un miembro del «Club alpino» halló cabida en sus desfallecidos cuerpos. Tenían hambre, estaban medio muertos de cansancio, y ese estado, físico domina siempre en circunstancias parecidas, al elemento espiritual de nuestra desdichada humanidad. Si – como lo hacen a menudo hoy sus descendientes, sesenta años

después de ellos— hubieran llegado a esa cima a caballo, o en un coche con resortes, rodeados por una decena de cestos llenos de alimentos para un gozoso picnic, habrían de seguro experimentado el éxtasis que sentimos ante el nuevo mundo que parece desplegarse a la mirada de los hombres en aquellas alturas. Pero en aquel entonces sonaba una hora crítica para toda la presidencia de Madras, para los dos ingleses y también para nosotros: si los dos agrimensores hubiesen perecido en la montaña, hoy no se salvarían todos los años centenares de vidas y nuestro verídico relato no se habría escrito...

Como esa cumbre se halla estrechamente ligada a los sucesos que expondré a continuación, os pido el permiso de describirlos y de expresar, en ausencia de una descripción mejor, mi sentimiento personal. Es difícil para quien subió una sola vez en la vida a «la colina de los Sepulcros» olvidarla luego. Y quien escribe estas páginas realizó, más de una vez, esta hazaña hercúlea: la ascensión de la montaña por ese resbaladizo camino... Por lo demás, me apresuro en formular una reserva y una confesión: realizaba siempre ese acto heroico cómodamente sentada en un palanquín, por encima de las doce cabezas de los coolíes siempre sedientos, prontos, en la India, a arriesgar la vida por un puñado de monedas de cobre. En la India inglesa no cuesta nada acostumbrarse a

todo, hasta convertirse en incorregible asesino de nuestros desdichados hermanos inferiores, de los coolíes secos, del color y de la flacura del alajú. Mas, cuando se trata de la «colina de los Sepulcros» deseamos y exigimos circunstancias atenuantes, pues, en verdad, somos culpables frente a nuestra conciencia. Toda la magia del mundo, los encantos de la naturaleza que esperan al viajero en la cumbre pueden paralizar cualquier precaución no sólo respecto de los «bazos» del prójimo, sino del propio.

Intentad representaros ese cuadro. Subid a esa cumbre, alcanzad 9.000 pies por encima del nivel del mar. Ved ese espacio zafirino en una circunferencia de cuarenta millas en torno de la cumbre, hasta el horizonte de las riberas de Malabar y contemplad: a vuestros pies una inmensidad que abarca doscientas millas de ancho y de longitud. Que la mirada se dirija a la derecha, a la izquierda, al sur, al norte, ante ella ondula un océano sin orillas de elevaciones bermejas y azules, cimas rocosas, agudas, dentadas, redondeadas, con formas muy caprichosas y fantásticas: así como un mar enfurecido donde el zafiro y la esmeralda se confunden en la intensa irradiación del sol tropical, en la hora de un inmenso ciclón, cuando toda la masa líquida está cubierta de mástiles de

navíos que zozobran o que ya se hundieron. Así se nos aparece en sueños el océano fantasma...

Mirad hacia el norte, La cresta de la serranía del Nilguiri, elevándose 3.500 pies por encima de los llanos montuosos de Maisur, se arroja en el espacio en un gigantesco puente de quince millas de ancho y de cuarenta y nueve de longitud, como surgiendo del Jellamulai piramidal de los *ghats* occidentales y se echa a volar, a locas, en gradas de suaves pendientes, con resplandecientes abismos en ambas vertientes hasta los redondos collados de Maisur que se esfuman en brumas de aterciopelado azur. Allá, chocando con las agudas peñas de Paikar, ese prodigioso puente cae brusca y perpendicularmente, salvo una faja montañosa muy estrecha que une una serranía a la otra, se desmenuza en pequeñas rocas y se muda en una lluvia de piedras, que rugen y aúllan en un torrente cuyas aguas ruedan rabiosas como si quisiera alcanzar un límpido río nacido en las poderosas cavernas de la montaña.

Y contemplad ahora el costado meridional de la «colina de los Sepulcros». En una extensión de cien millas, que encierra toda la zona sudoeste de las «Montañas Azules», sombrías selvas duermen en la impoluta majestad de su belleza inaccesible y virgen, junto a las infranqueables ciénagas de

Kuinibatur, cercadas por los montes de Kchund de un color rojo ladrillo. Más lejos, hacia la izquierda, al oriente, desenroscándose como una serpiente de piedra, la cresta del *Ghat* se alarga entre dos hileras de elevadas peñas, volcánicas y escarpadas. Coronados por bosques de abetos, que el viento desmelenas y tuerce en todo sentido, esos inmensos anfiteatros de solitarias cimas dentadas ofrecen a la vista extraño espectáculo. La fuerza volcánica que los arrojó, al parecer quería dar a luz a algún prototipo rocalloso del hombre por venir: pues esas rocas tienen forma humana. A través de la bruma que se agita, transparente como el humo, esos grandiosos desiertos se mueven, corriendo el uno tras el otro, y se forma la imagen de antiguas peñas, cubiertas de secular musgo, que saltan y galopan en el espacio. Se confunden, se entrechocan, se adelantan y se destrozan unas contra las otras, y se apresuran, parecidas a escolares que desean huir de los estrechos desfiladeros para vivir en los vastos espacios y la libertad...

Y en derredor, muy alto, lejos y abajo, a los pies mismos del turista que está en la «colina de los Sepulcros», en primer plano se extiende y se yergue una imagen muy distinta: serenidad, naturaleza igual, beatitud divina...

En verdad, he aquí un primaveral idilio de Virgilio, rodeado por los amenazantes cuadros del «Infierno» del Dante. Altozanos de esmeralda, esmaltados con flores, tachonando la clara faz del valle montañoso donde crecen las embalsamadas hierbas y el alto y sedoso pasto. Pero en lugar de los corderos de nevado blancor, de los pastorcillos y las pastorcillas, un rebaño de enormes búfalos negros como el alquitrán, y a lo lejos la inmóvil estatua, hecha al parecer de bronce, la atlética silueta de un joven todde *tiralli* (sacerdote) con larga cabellera ensortijada...

Reina en esta cumbre una eterna primavera. Las heladas noches de diciembre y enero no pueden expulsarla pasado mediodía. Allí todo es frescor, todo reverdece, todo florece, exhalando perfumes a todo el largo del año. Y las «Montañas Azules» aparecen en esa cumbre con todo el encanto de un adolescente que hasta sonríe a través de sus lágrimas, y aún más bello, tal vez, en la estación de las lluvias que en las otras épocas del año¹⁷. Por otra parte, en esas cimas todo parece nacer como si viniese al mundo por primera vez. El furioso torrente de la montaña aun está en la cuna. Surge de su piedra natal en un hilo de agua muy delgado que luego escapa en gorjeante arroyo de transparente fondo en el cual se hallan los átomos que han de constituir las formidables rocas futuras.

Bajo su duro aspecto, la naturaleza se muestra como el símbolo pleno de la vida humana: pura y clara en las cimas, semejante a la adolescencia, y severa, atormentada más abajo, tal como es la vida en sus fatales luchas. Pero bajo los cielos como en, el valle, la flora prospera a lo largo de todo el año ofreciendo los irisados colores de la paleta mágica de la India. A aquel que sube de las hondonadas terrestres a las «Montañas Azules», todo le parece extraordinario, extraño, salvaje. Allá, el cooli enflaquecido, de color de alajú, se transforma en un todde de elevada talla, de pálido rostro que, tal como una aparición del antiguo mundo griego o romano, con el perfil altanero, majestuosamente arropado en una toga de blanco lino que nadie lleva en otros lugares de la India, contempla al hindú con el condescendiente desafío de un toro que mira pensativamente un sapo-negro. Allá, el gavilán de los terrenos bajos, de patas amarillas, se convierte en la poderosa águila de los montes; y las secas estípites y las bardanas quemadas, los cactus de los campos de Madras crecen en gigantescas hierbas, en bosques enteros de juncos, donde el elefante puede jugar audazmente al escondite, sin temer la mirada del hombre. El ruiseñor ruso canta en esas alturas, y el cuclillo pone sus huevos en el nido de la *maina* del sur de amarillo pico, en lugar del nido de su amiga septentrional, la

corneja tonta, que se transforma, en esos bosques, en un cuervo cruel y negro como el hollín. Los contrastes surgen por doquier, las anomalías aparecen en todos los lugares donde se posa la mirada. De la densa fronda del manzano silvestre surgen, en las horas claras del día, melodiosos sonos, gorjeos, cantos de pájaros desconocidos en los valles de la India; sin embargo, en los sombríos bosques de pinos resuenan por momentos los ominosos rugidos del tigre y del *chilab* y los mugidos del búfalo salvaje... Muchas veces, el solemne silencio que reina en las cimas es roto por murmullos misteriosos y dulces, estremecimientos y, bruscamente, por un rauco grito... Luego, todo calla otra vez, se desvanece en las embalsamadas ondas del puro aire de las cimas, y por mucho tiempo, renace el silencio que ningún ruido interrumpe.

En aquellas horas de hondo apaciguamiento, el oído atento, amante de la naturaleza, es capaz de oír el latido de su robusto y poderoso pulso, intuyendo con sutileza el movimiento perpetuo en la manifestación muda de la gozosa vida de las miríadas de formaciones visibles e invisibles.

¡A quien puede vivir en ellos le cuesta olvidar los Nilgiri Azules! En aquel maravilloso clima, la Madre Naturaleza, juntando sus fuerzas diseminadas, las concentra en una potencia única que da nacimiento a todos los prototipos de sus

grandes creaciones. Parece alternar en su producción ora la de las zonas septentrionales, ora la de las zonas meridionales del globo terrestre. Por eso se anima, despertando a la actividad, luego vuelve a dormirse, cansada y perezosa. Se la ve medio soñolienta en la impoluta majestad de una belleza centelleante de rayos solares, acunada por las armoniosas melodías de todos los reinos. Se la encuentra altiva y salvaje, recordando su poderío gracias a las colosales floras de sus selvas tropicales y el rugido de sus fieras gigantes. Otro paso en la zona opuesta y la Naturaleza vuelve a caer como si estuviese agotada por un extremado esfuerzo y se duerme deliciosamente en los tapices de violetas del Norte, de nomeolvides y de muguets... Y nuestra Madre poderosa y grande está echada, silenciosa e inmóvil, acariciada por los frescos céfiros y las tiernas alas de las mariposas y otros lepidópteros muy raros y de encantadora belleza.

Hoy, el pie de esta colina está rodeado por triple cerco de bosquecillos de eucaliptos. Esos bosquecillos deben su existencia a los primeros plantadores europeos¹⁸. Aquel que no conoce el admirable *Eucalyptus globulus*, originario de Australia, cuyo crecimiento es más vigoroso en tres o cuatro años que el de cualquier árbol en veinte años, ignora el esencial encanto de los jardines. Por ser un incomparable medio para purificar el

aire de todas las miasmas, dichos bosques hacen aún más sano el clima del Nilguiri. Todos los indígenas a quienes aturden las caricias demasiado monótonas y quemantes de la naturaleza hindú, y también los representantes de Europa en la presidencia de Madras, sólo tienen una impaciencia: la de buscar la salud y el reposo en el seno mismo de esta Naturaleza, en las Montañas Azules; y éstas nunca engañan su espera; al sintetizar como un inmenso ramo todos los climas, todas las floras, la zoología y la ornitología de las cinco partes del mundo, el genio de esas montañas ofrece sus tesoros, en nombre de su Reina, al viajero fatigado que sube a las Montañas Azules, al Nilguiri.

Las «Montañas Azules» representan la tarjeta de visita llena de títulos y méritos que la Naturaleza, madrastra cruel del europeo en la India, ofrece a su sufrelotodo en señal de plena reconciliación.

La hora de dicha reconciliación sonó finalmente para nuestros desdichados héroes. Quebrantados, sin fuerzas, apenas podían sostenerse sobre sus pies. Kindersley, más fuerte, había sufrido menos que Whish. Luego de descansar un poco, dio la vuelta a la cima: quería ver, a través del caos de bosques y de peñas, el camino más fácil para descender, cuando creyó divisar humo no lejos de donde estaba.

Kindersley se apresuró en regresar junto a su amigo para anunciarle esta buena nueva, cuando de pronto se detuvo, estupefacto... Ante él estaba Whish, de pie, medio vuelto de espaldas, pálido como un muerto y temblando de fiebre. Con el brazo extendido, Whish señalaba con ademán convulsivo un lugar muy cercano.

Siguiendo la dirección de su dedo, Kindersley vio, a algunos centenares de pies, ante todo una casa, luego hombres. Esta vista que los hubiera alegrado en otro momento, provocó en ellos –no hubieran podido decir por qué– indecible terror. La casa era extraña, de una forma que desconocía por completo. No tenía ni ventana, ni puerta; redonda como una torre, la remataba un tejado piramidal aunque terminaba en forma de bóveda. En cuanto a los seres humanos, los dos ingleses vacilaron al principio en considerarlos hombres. Ambos se echaron instintivamente tras un matorral cuyas ramas apartaron y miraron con ojos desorbitados a las extrañas siluetas que se movían ante ellos.

Kindersley habla de una «partida de gigantes rodeada por varios grupos de enanos horriblemente feos». Olvidando su anterior temeridad y la forma en que se burlaban de los chicharis, los ingleses estaban prontos a considerarlos como genios y gnomos de esas montañas. Pero no tardaron en saber

que veían allí a los grandes toddes, a los haddagues, sus vasallos y adoradores, y a los pequeños servidores de esos vasallos, los salvajes más feos del mundo: los mulu-kurumbes.

Los ingleses no tenían más cartuchos, habían perdido uno de sus fusiles y se sentían demasiado débiles como para resistir hasta un ataque de los enanos. Se prepararon, pues, para huir de la colina dejándose deslizar por el suelo, como pelotas, cuando de pronto advirtieron otro enemigo que los sorprendía por el flanco. Monos, que se habían deslizado hasta los ingleses, sentados un poco más alto que ellos, encima de un árbol, abrieron fuego con un proyectil bastante desagradable: barro. Sus parloteos, sus gritos de guerra no tardaron en llamar la atención de un rebaño de enormes búfalos que pastaban en las cercanías. Estos animales empezaron a mugir a su vez levantando la cabeza hacia la cumbre de la colina. Finalmente, los toddes mismos debieron percibir a nuestros héroes, pues al cabo de algunos minutos aparecieron repugnantes enanos y se apoderaron sin resistencia alguna de los dos ingleses medio muertos. Kindersley, como él mismo escribe, «se desvaneció a causa del hedor que exhalaban esos monstruosos salvajes». Para sorpresa de los dos amigos, los enanos no los comieron, ni siquiera les hicieron mal alguno. «Se pasaban el tiempo saltando y bailando delante de nosotros,

y reían a mandíbula batiente» dice Kindersley. «¡Los gigantes, es decir los toddes, se comportaron del todo como *gentlemen* (sic)!» Luego de satisfacer su curiosidad, evidentemente natural, en presencia, como lo supimos más tarde, de los primeros hombres blancos que hubiesen visto, los toddes les hicieron beber una excelente leche de búfalo, les sirvieron queso y hongos, luego los acostaron en la casa piramidal donde «estaba oscuro, pero el aire era seco y caliente, y donde durmieron con sueño de plomo hasta el día siguiente».

Los ingleses se enteraron luego que los toddes habían pesado toda la noche en un consejo solemne. Algunos años después, los toddes contaron a mister Sullivan lo que habían experimentado en esas memorables horas. (Seguían llamando a Sullivan, quien se había ganado su confianza y su amor, su «hermano paterno»¹⁹, palabras que expresan su veneración más grande después de la de «padre».) Los toddes le dijeron que hacía mucho tiempo que esperaban a «los hombres que moran en las tierras del sol poniente». Sullivan les preguntó cómo habían podido prever su llegada. Y los toddes siempre le dieron esta invariable respuesta: *los bájalos nos lo dijeron hace mucho tiempo; siempre saben todo*. Los ancianos, esa noche, habían decidido la suerte de los ingleses y vuelto así una nueva página de su propia historia. A la mañana siguiente, al ver que a los

ingleses les costaba caminar, los toddes dieron orden a sus vasallos de fabricar angarillas para que los baddagues pudieran transportarlos. Los ingleses vieron, esa misma mañana, que los toddes despedían a los enanos. «Después y hasta el día de nuestro regreso al Nilguiri, no los vimos más y no los encontramos en lugar alguno», cuenta Kindersley. Como se supo luego, sobre todo después de los relatos del misionero Metz, no faltaban motivos para que los toddes temieran para sus huéspedes la presencia hostil de los mulukurumbes: les habían ordenado regresar a sus cuevas de los bosques, *prohibiéndoles formalmente mirar a los hombres blancos*. Esta prohibición, extraña en verdad, la explicó el misionero por el hecho de que «la mirada del kurumbe *mata al hombre que lo teme y no está acostumbrado a él*». Y como la aterrorizada repulsión de los ingleses por los enanos había sido notada por los toddes desde la llegada de los dos cazadores, los gigantes prohibieron en seguida a los kurumbes mirar los hombres blancos.

¡Desdichados toddes, de alma grande! Quién sabe cuántas veces, después, los ancianos no se habrán arrepentido de no haber abandonado aquellos hombres al mal *ojo* de los mulukurumbes. Pues el destino del Nilguiri dependía de su regreso

a Madras y de su informe. Pero, «así lo habían decidido los búfalos... ¡y ellos saben!».

Llevados con lentitud, suavemente, por los baddagues, sobre angarillas, asombrados y naturalmente alegres de su feliz e inesperada liberación, los ingleses tuvieron oportunidad de bien estudiar esta vez el camino y de examinar mejor los lugares circundantes. Quedaron estupefactos ante la diversidad de la flora que reúne casi todas las familias de los trópicos a las de los climas septentrionales. Los ingleses contemplaban viejos pinos gigantes de cuyos rudos troncos no se veían las raíces cubiertas por áloes y cactus, las violetas crecían a los pies de las palmeras y los abedules de blanca corteza, los estremecidos álamos temblones se reflejaban en las sombrías y mudas aguas de una laguna, junto a la flor del loto, flor real de Egipto y de la India. Encontraron en su camino los frutales de todos los países, hayas de toda clase, desde las bananas y las manzanas hasta las piñas, fresas y frambuesas. ¡País de la abundancia, tierra bendita! ¡Las «Montañas Azules» son en realidad una de las regiones escogidas por la Naturaleza para sus exhibiciones universales!

Durante el descenso, centenares de arroyuelos no cesaban de gorjear en torno de los viajeros; el agua clara y sana surgía de las hendeduras de las peñas, los vapores se levantaban de

los manantiales minerales, y de todas las cosas emanaba un frescor que hacía mucho que los ingleses habían olvidado en la tórrida India.

La primera noche de ese viaje, una aventura bastante cómica les ocurrió a nuestros héroes. Los baddagues, luego de una breve deliberación, se apoderaron bruscamente de los dos ingleses, los desnudaron completamente y, pese a su desesperada resistencia, los sumergieron en la tibia agua mineral de una laguna y les lavaron las llagas y otras heridas. Luego sosteniéndolos, uno tras el otro, en los brazos cruzados, por encima del agua, justo donde se desprendía el cálido vapor, los baddagues entonaron un canto que se parecía a un conjuro, acompañándolo con tales muecas y gritos salvajes, como escribe Kindersley, que llegó el «momento en que creíamos seriamente que nos iban a sacrificar a los dioses de los bosques».

Los ingleses se equivocaban; pero sólo se pudieron convencer de la injusticia de sus sospechas a la mañana siguiente. Luego de frotarles los pies enfermos con cierto ungüento hecho con arcilla blanda y hierbas jugosas, los baddagues cubrieron con mantas a los dos cazadores y «los durmieron literalmente por encima del tibio vapor del manantial». Cuando los despertaron al día siguiente, los

ingleses experimentaron un extraordinario bienestar en todo el cuerpo y más en especial mucha fuerza en los músculos. Todos los dolores que sentían en las piernas y las articulaciones habían desaparecido como por arte de encantamiento. Se levantaron en buena salud, fortalecidos. «En verdad nos sentíamos avergonzados ante esos salvajes de quienes habíamos injustamente sospechado», cuenta Whish en una carta a un amigo.

En la tarde, habían llegado a un punto tan bajo de la ladera que sintieron otra vez calor: los ingleses observaron entonces que habían pasado más allá del nivel de la bruma y ya se encontraban en la región de Kuimbatour.

Whish escribe que el siguiente hecho los había asombrado: al trepar a la montaña, veían a cada rato las huellas de la presencia de animales salvajes, ambos estaban en guardia y tomaban todas las precauciones posibles para no caer en la guarida de un tigre, no darse de buenas a primera con un elefante o una manada de «chitahs», «mientras que al regreso, *el bosque parecía muerto*: hasta los mismos pájaros dejaban oír su canto a lo lejos, sin volar cerca de nosotros... ni siquiera una liebre roja saltó en el camino». Los baddagues los llevaban siguiendo un sendero apenas visible, sinuoso y al que ningún obstáculo parecía interrumpir. En el preciso momento en que

el sol se ponía, salieron del bosque y no tardaron en encontrar a los kuímbatureses de los poblados diseminados al pie de la montaña. Pero los ingleses no pudieron presentar a sus guías. Al divisar a lo lejos los coolíes que regresaban en grupos del trabajo, los baddagues desaparecieron instantáneamente, saltando de una roca a la otra, como una bandada de monos atemorizados. Los ingleses, milagrosamente salvados, se quedaron solos otra vez. Ahora, se hallaban a la linde del bosque: todo peligro se había desvanecido.

Interrogaron a los aldeanos y se enteraron de que los baddagues acababan de descenderlos muy cerca de Malabar, en Uindi, comarca diametralmente opuesta a Kuimbatour. Una cadena de montañas los separaba de la cascada de Kolakambe y del poblado de donde habían salido. Los malabareses los acompañaron a la carretera y, para la cena, los ingleses fueron acogidos por el *munil* (baile) hospitalario del burgo. A la mañana siguiente consiguieron caballos y llegaron por fin hacia la noche, sin que les sucediese otra aventura, a la aldea de donde habían partido para dirigirse a las encantadas montañas, hacía exactamente doce días.

La noticia del feliz retorno de *saabs* blasfemos, que regresaban de la morada de los dioses, se difundió 'por la aldea y los alrededores con la rapidez del rayo.

«Las *devas* no habían castigado a los insolentes, ni siquiera tocado los *ferings* que acababan de violar tan audazmente sus cielos cerrados por siglos al resto del mundo... ¿Qué significaba esto? ¿Acaso eran los elegidos de *Saddu*?...» Tales eran las palabras que se murmuraban, se multiplicaban, se transmitían de una aldea a la otra, hasta convertirse en el más extraordinario suceso del día. Los brahmanes guardaban ominoso silencio. Los ancianos decían: «Tal fue, esta vez, la voluntad de las *devas* benditas; mas ¿qué nos reserva el porvenir? Sólo los dioses lo saben». La emoción cruzó muy lejos las fronteras del distrito. Multitud de dravidianos venían para prosternarse ante los ingleses y rendirles los honores debidos a los «elegidos de los dioses...»

Los agrimensores ingleses triunfaban. El «prestigio británico» echó profundas raíces y se mantuvo firme por largos años al pie de las «Montañas Azules...»

⁴ El *Nilguiri* está compuesto de dos palabras sánscritas: *Nilam*, «azul» y *Guiri*, «montañas» o «colinas». Esas montañas son llamadas así a causa de la resplandeciente luz bajo la cual aparecen a los habitantes de los valles de Maisur y de Malabar.

⁵ Según se supone, esa bruma se debe a los fuertes calores y a las exhalaciones de los pantanos; se forma entre 3.000 y 4.000 pies por encima del nivel del mar y se extiende a lo largo de toda la serranía de los montes Kuimbatur. Esa bruma es siempre de un color azul resplandeciente. En tiempo de monzón, se transforma en nubes que llevan agua.

⁶ Ésta es la descripción, no exagerada, de la flora más maravillosa, que quizás exista en el mundo. Matorrales de rosas de todos los colores trepan por las casas y cubren el tejado; los heliotropos alcanzan alturas de veinte pies. Pero las más bellas flores son las azucenas blancas cuyo perfume arrebató el corazón. Del tamaño de un ánfora, crecen en las grietas de las rocas desnudas en matas aisladas, de un alto de un metro y medio a dos metros, producen al mismo tiempo unas doce flores. Estas azucenas no se encuentran en las cimas cuya altura es inferior a 7.000 pies; sólo se las halla subiendo más alto. Y cuanto más alto se sube, más magníficas son; en el pico de Toddovet (próximo a los 9.000 pies), florecen diez meses en el año.

⁷ Esa enfermedad terrible y casi incurable, que puede durar años, dejando al hombre en buena salud desde el punto de vista orgánico, es muy frecuente en ese país. Una pierna se hincha desde la planta del pie hasta la pantorrilla, luego se hincha la otra pierna hasta que ambas, por completo deformadas, adquieren el aspecto de patas de elefante, tanto por el aspecto como por el grosor.

⁸ De la palabra ane, elefante. Pues esos animales abundan, desde tiempos inmemoriales, en esas montañas.

⁹ *Ghats*, montañas.

¹⁰ *Ghat*, montaña, y *Guiri*, colina.

¹¹ *Asuras* (espíritus) cantores que encantan los oídos de los dioses con sus cantos, como los *gondarvis* lo hacen con su música. *Pisachis*, espíritus *vampiros*. Todos ellos son devas divididos en multitud de clases.

¹² Este apodo es dado por los indígenas indiferentemente a los funcionarios o a los cazadores ingleses y a los tigres. Para el ingenuo hindú, no existe en efecto diferencia alguna entre esas dos razas de seres: salvo que el fusil del desdichado indígena, cada vez que se producía un levantamiento nacional, no hacía blanco en los ingleses, por una felicidad que éstos no merecían.

¹³ Esta catarata tiene 680 pies de altura. En sus proximidades pasa hoy el camino que lleva a Uttakainand.

¹⁴ Alberight Mackay, muerto hace dos años.

¹⁵ Dicho órgano, cuyo nombre en inglés es *spleen*, en realidad desempeña en la India un importante papel. El bazo indígena es el mejor amigo y defensor de las cabezas inglesas que, en caso de faltar, serían ineluctablemente amenazadas por la cuerda. Dicho bazo es tan débil y tierno, según el parecer de los jueces anglo-hindúes, que basta un papirotazo sobre el vientre de los aborígenes, basta tocarlo delicadamente con el dedo para que el hombre se desplome y muera. La prensa hindú, desde hace mucho tiempo, realiza una ruidosa campaña con motivo de esa fragilidad del *spleen*, desconocida antes de la llegada de los ingleses. El bazo es particularmente poco seguro en los rajahs, lo cual hasta entristece a los ingleses... Es imposible, suelen decir, rozar un rajah sin que inmediatamente y como hecho a propósito estalle su bazo. Los senderos tortuosos que sigue el gobierno inglés en la India están llenos de espinas.

¹⁶ La descripción de las cinco tribus se encuentra en el capítulo III.

¹⁷ En la estación de las lluvias, cuando diluvianas tormentas se echan contra el pie de las montañas, sólo algunas gotas de lluvia caen en las alturas, durante algunas horas del día, y a intervalos.

¹⁸ Hace cuarenta años, el general Morgan con tres libras de semillas de ese árbol enviadas de Australia, las sembró en todas las regiones vacías y los valles de los alrededores de Uttakamand.

¹⁹ Por razones que enunciaré más adelante, los toddes no reconocían pariente alguno, salvo el *padre*, y aun en una forma por completo nominal. El todde considera como padre a quien lo adopta.

CAPÍTULO II

Hasta esta página, y pese a los datos que tomé de los relatos publicados por Kindersley y Whish, el mío se parece a una leyenda. Como deseo que no se me sospeche de la menor exageración, proseguiré mi descripción fundándome en las palabras del administrador de Kuimbatuir, del *High Honourable* D. Sullivan, extraídas de los informes que la East India Company publicó ese mismo año. Así nuestro «mito» tomará un carácter puramente oficial. Esta obra no va a aparecer, pues, como se hubiera podido suponer hasta ahora, en la forma de un importante pasaje tomado de la historia medio fantástica de dos cazadores hambrientos y casi moribundos, presa de la fiebre, del delirio provocado por las privaciones, o como una simple llamada al cuento inventado por los supersticiosos dravidianos. Mi libro ha de constituir el reflejo preciso de los informes de un funcionario inglés, la exposición de sus estadísticas relativas a las «Montañas Azules». Mister D. Sullivan vivió en Nilguiri y administró durante mucho tiempo las cinco tribus. Y el recuerdo de este hombre justo y bueno perdurará por largo tiempo: sigue vivo en las colinas²⁰ inmortalizadas por Utta Kamand que había construido con sus floridos jardines, su bello lago. Y sus libros, accesibles a todos,

sirven de testimonio y de confirmación a todo cuanto escribo. El interés de nuestra narración no puede sino aumentar gracias a este llamamiento a las auténticas declaraciones del antiguo colector de Kuimbatour.

Controlé en las jornadas de mi estancia personal en Nilguiri la realidad de las observaciones hechas acerca de los toddes y los kurumbes por numerosos funcionarios y misioneros, comparé sus declaraciones y teorías con los datos de los libros de mister Sullivan y las auténticas palabras del general Morgan y de su esposa, y respondo de la absoluta verdad de todos esos escritos...

Reanudo este libro en la hora en que los agrimensores regresaron a Madras después de su milagrosa salvación...

Los rumores relativos a la nueva tierra descubierta y a sus habitantes, su hospitalidad, y sobre todo la ayuda prestada por los toddes a los héroes ingleses, cobraron tales proporciones en su resonancia universal, que los «padres» se despertaron y creyeron que debían actuar seriamente.

Se envió un correo de Madras a Kuimbatour. Ese viaje dura hoy doce horas; lo efectuó entonces en doce días. Y se dio la orden siguiente al «gobernador» del distrito, en nombre de las autoridades supremas: «Mister John Sullivan, colector, tiene

el encargo de estudiar el origen de estúpidas fabulaciones divulgadas respecto de las «Montañas Azules», verificar su autenticidad y escribir luego un informe a las autoridades».

El colector organizó al punto una expedición; no como la expedición de los agrimensores, mero puñado de hombres congregados a toda prisa que se dispersaban en seguida, sino un contingente que equipó como si tuviera en vista un viaje a los océanos polares.

Los seguía un ejército de cipayos, con varias decenas de elefantes de guerra, centenares de chitahs²¹ de caza, de perros y de poneys. Formaban la retaguardia dos docenas de maestros de caza ingleses. Llevaban presentes; para los toddes, armas que nunca emplean; para los kurumbes, turbantes para los días de fiesta, tocado que no llevaron ni una sola vez desde el día de su nacimiento. Nada faltaba. Llevaban tiendas e instrumentos; médicos que traían una farmacia completa; tampoco habían olvidado los bueyes que debían matar todos los días, y los prisioneros indígenas para trabajar la tierra en donde fuera necesario arriesgar la vida, sacrificar existencias humanas para hacer saltar rocas o desbrozar caminos. Los únicos que faltaban eran los guías autóctonos: porque los hombres de esta profesión volverían a huir de todas las aldeas. La suerte de los dos malabareses, en la primera expedición,

estaba todavía fresca en todas las memorias. «Quizá tengan que dar cuenta los indígenas», decían los brahmanes espantados, «y hasta los ingleses y su prestigio», agregaban los dravidianos aterrorizados, «del acto por el cual no sufrieron castigo los bara-saabs».

Tres «grandes rajahs» enviaron embajadas a Maisur, Vadian y Malabar con instrucciones de suplicar al colector de dejar a salvo la región y sus numerosas poblaciones nativas. La cólera de los dioses, declaraban, se contiene a veces, pero cuando estalla, se vuelve terrible. La profanación de las santas alturas del Toddabet y del Mukkertabet podía ser seguida por terribles desdichas para el país entero. Siete siglos antes, los reyes de Tcholli y de Pandia, deseando apoderarse de las montañas, partieron a la cabeza de dos ejércitos para guerrear con las devas, mas, no habían acabado de cruzar el límite de la bruma cuando fueron aplastados con todas sus tropas y sus bagajes por enormes rocas que cayeron sobre ellos. Ese día, se vertió tanta sangre, que las peñas se colorearon de púrpura en una extensión de varias millas y hasta la misma tierra se volvió roja²².

El colector mostró inquebrantable firmeza. Es siempre difícil hacer que un inglés ceda. El británico no cree en el

poder de los dioses; por el contrario, todo objeto cuya posesión se presta a controversias debe ser suyo, por derecho divino.

Por lo tanto, en enero de 1819, la caravana de mister Sullivan se puso en camino y empezó la ascensión de la montaña por el lado de Denaigukot, es decir dejando a un lado la cascada «portadora de muerte». Y he aquí lo que los asombrados lectores podrán leer en el *Correo de Madras* del 30 de enero y del 23 de febrero que reproducía los informes del colector. Abrevio y resumo:

...Me complazco en anunciar a la *most honourable*, a la East India Company y a sus Excelencias los señores directores que, con arreglo a las órdenes recibidas... (fecha, etc.) he salido (todos los detalles conocidos)... para las montañas. Me fue imposible procurarme guías pues, so pretexto de que esas elevaciones son el dominio de sus dioses, los aborígenes me declararon que preferían la cárcel y la muerte a un viaje más allá de las «brumas». Por lo tanto equipé un destacamento de europeos y cipayos y el 2 de enero de 1819 dimos comienzo a la ascensión en la aldea de Denaigulcot, situada a dos millas por debajo del pie del «pico» de Nilguiri... Con el fin de conocer el clima de esas montañas, me complazco en adjuntar los cuadros comparativos desde el primer hasta el último día de nuestro ascenso.

Esos cuadros revelan el siguiente hecho: mientras en la presidencia de Madras, entre el 2 y el 15 de enero, el termómetro señalaba de 85° a 106° Fahrenheit, el mercurio permanecía en 50° a partir de 1.000 por encima del nivel del mar, descendiendo a medida que se acercaba uno a la cumbre y señalando sólo 32° (sea 0° Réaumur) a la altura de 8.076 pies en las horas más frías de la noche.

Hoy, muchos años después de las primeras expediciones, cuando las elevaciones nilguirianas están cubiertas de plantaciones europeas, cuando la ciudad de Uttakamand cuenta con 12.000 habitantes permanentes, cuando todas las cosas están ordenadas, conocidas, el clima de esa admirable comarca constituye por, sí mismo un fenómeno inopinado, milagroso: a 300 millas de Madras, a n grados del Ecuador, de enero a diciembre, la temperatura pese al monzón del sudoeste y del nordeste, evoluciona siempre con una diferencia constante de 15 a 18 grados en los meses más fríos y más cálidos del año, desde la aparición hasta la puesta del sol, en enero como en julio, a 1.000 como a 8.000 pies de altura. He aquí las pruebas irrefutables de las primeras observaciones de mister Sullivan.

El termómetro Fahrenheit señala el 2 de enero a 1.000 pies de altura:

A las 6 de la mañana, 57°; a las 8, 61°; a las 11, 62°; a las 14, 68°; a las 20, 44°.

A 8.700 pies de altura, el mismo termómetro Fahrenheit señala el 15 de enero:

A las 6 de la mañana, 45°; de mediodía a las 14, 48°; a las 20, 30°; a las 2 de la madrugada, el agua tenía una ligera capa de hielo.

Y esto en enero, a unos 9.000 pies por encima del nivel del mar.

Abajo, en el valle, el 23 de enero, el termómetro señalaba a las 8 de la mañana, 83°; a las 20, 97°; a las 2 de la madrugada, 98°.

Para que esas cifras no cansen demasiado al lector, doy fin a esta determinación del clima nilguiriano con un cuadro comparativo de la temperatura Fahrenheit de Uttakamaud, capital actual de las «Montañas Azules», con las de Londres, Bombay y Madras:

Londres	50°
Uttakamand (7.300 pies)	57°
Bombay	81°
Madras	85°

Todo enfermo que huía del quemante calor de Madras en su prisa por llegar a las bienhechoras montañas se sanaba casi siempre. Los dos primeros años que siguieron a la fundación de Uttakamand, sea de 1827 a 1829, entre los 3.000 habitantes ya establecidos en dicha ciudad y sus 1.313 huéspedes de paso, sólo se contaron dos muertes. Nunca la tasa de mortalidad de Uttakamand excedió $\frac{1}{4}\%$; y leemos en las *observaciones* del Comité sanitario: «El clima del Nilguiri se considera hoy, con sobrada razón, como el más sano de la India. La perniciosa acción del clima tropical no persiste en esas alturas salvo en el caso de que uno de los órganos principales del enfermo esté irremediablemente perdido».

Mister Sullivan explica del siguiente modo la ignorancia secular en que permanecían sumidas las poblaciones nativas que vivían cerca del Nilguiri, respecto de esta maravillosa comarca:

«Los montes nilguirianos se extienden entre los 76° y 77° de longitud este y entre los 11° y 12° de latitud norte. La vertiente septentrional sigue siendo inaccesible a causa de las rocas casi perpendiculares. Al sur, hasta unas cuarenta millas del océano, siguen cubiertos aún hoy de selvas impenetrables porque es imposible cruzarlas; al oeste y al este, están rodeados y cercados por peñas de aguda cima y por los collados de

Khunda. No es de extrañar, entonces, que, por siglos, el Nilguiri permaneció Por completo desconocido del resto del mundo; además, en la India estaba protegido contra cualquier invasión por su naturaleza del todo excepcional desde muchos puntos de vista.

«Juntas, las dos cadenas montañosas, la del Nilguiri y la de Khunda, abarcan una superficie geográfica de 268.494 millas cuadradas, llena de rocas volcánicas, valles, desfiladeros y peñas».

Debido a ello, después de haber llegado al nivel de 1.000 pies, el ejército de mister Sullivan se vio obligado a abandonar los elefantes, a arrojar casi todos los bagajes, pues era preciso subir cada vez más alto, escalando las rocas con la ayuda de cuerdas y poleas. El primer día, tres ingleses perecieron, el segundo, siete indígenas entre los prisioneros fueron muertos. Kindersley y Whish, que acompañaban a Sullivan, no podían prestar ayuda alguna. El camino que seguían tan fácilmente los baddagues, en el descenso, había desaparecido para siempre jamás; toda huella parecía haber sido suprimida por arte de encantamiento; hasta el día de hoy, nadie pudo encontrarlo, a despecho de largos y minuciosos esfuerzos. Los baddagues fingieron no comprender pregunta alguna:

evidentemente, los aborígenes no tienen la intención de revelar a los ingleses *todos* sus secretos.

Luego de haber triunfado sobre el principal obstáculo, las escarpadas peñas que rodeaban los montes del Nilguiri, semejantes a la muralla china, luego de haber perdido dos cipayos y quince prisioneros, la expedición no tardó en verse recompensada por sus penas, pese a todas las dificultades que aún la esperaban. Trepano paso a paso las pendientes, cavando gradas en las rocas, o volviendo a bajar, sostenidos por cuerdas, centenares de pies en hondos precipicios, los ingleses llegaron por fin, en el sexto día de su viaje, a un altiplano. Allí, en la persona de ¡colector, la Gran Bretaña «declaró que las «Montañas Azules» eran territorio real. La bandera inglesa fue izada sobre una alta peña» escribía mister Sullivan con tono alegre, «y los dioses nilguirianos se convirtieron en súbditos de Su Majestad británica».

A partir de ese momento los ingleses encontraron huellas de moradas humanas. Se hallaron en una región «de majestuosa y mágica belleza» pero al cabo de algunas horas «ese cuadro se desvanece bruscamente, como por milagro: nos encontramos otra vez cercados por la niebla. Habiéndose acercado imperceptiblemente la nube nos rodeó por todos lados, aunque

habíamos franqueado hacía mucho –como lo creían Kinderoley y Whish– el límite de las brumas eternas».

En esa época la estación meteorológica del observatorio de Madras no pudo descubrir la naturaleza de ese fenómeno extraño y atribuirlo, como hoy, a sus verdaderas Causas²³. Mister Sullivan, en su asombro, sólo pudo comprobar el fenómeno y describirlo tal como se produjo en ese entonces. A todo lo largo de una hora, escribe, nos sentimos muy *tangiblemente* sumergidos en una niebla tibia, *muelle como el plumón*, y nuestra ropa quedó empapada por completo. Dejamos de vernos a una distancia de medio paso: la niebla, en efecto, era muy densa. Luego, los hombres, como las partes del panorama que nos rodeaba empezaron a saltar con mucha rapidez frente a nosotros, apareciendo o desapareciendo en esa atmósfera azulada, húmeda y como iluminada por luces de bengala...

En algunos lugares, debido a la subida lenta y difícil «el vapor se volvía tan intolerablemente cálido» que algunos europeos «por poco se ahogan».

Desdichadamente, los físicos y naturalistas de la Most Honourable Company, que acompañaban a mister Sullivan, se mostraron incapaces o carecieron de tiempo para profundizar

el fenómeno. Pasó un año y era demasiado tarde para estudiarlo: en cuanto la mayor parte de las peñas que rodeaban antaño las montañas desaparecieron unas tras las otras –las hicieron saltar para construir los caminos del Nilguiri–, el fenómeno mismo dejó de producirse sin dejar huella alguna²⁴. El cinturón azul del Nilguiri se desvaneció. Hoy, la niebla es muy rara; sólo se forma en la época de los monzones. En cambio, las montañas, de lejos, se volvieron aún más azules, de un color zafirino más vivo.

Los primeros informes del asombrado colector elogian la riqueza natural y la fecundidad de esa maravillosa comarca: «Por doquier pasábamos, la tierra se mostraba buena; los baddagues nos dijeron que daba dos cosechas por año de cebada, trigo candeal, opio, guisantes, mostaza, ajos y otras hierbas distintas. A despecho del glacial frío de las noches de enero, vimos amapolas en flor. Manifiestamente, la helada no tiene en ese clima ninguna acción sobre el desarrollo de la flora.. . Hallábamos el agua deliciosa en todos los valles y desfiladeros de la montaña. A cada cuarto de milla, encontrábamos infaliblemente un manantial de montaña que era menester cruzar, con riesgo de la vida; muchas de éstas fuentes contienen hierro y su temperatura superaba en mucho a la del aire... Las gallinas y aves domésticas que se ven en los

corrales de los sedentarios baddagues tienen un tamaño dos veces superior a los animales más vigorosos de la misma especie en Inglaterra. Y nuestros cazadores observaron que la caza nilguiriana –faisanes, perdices y liebres, estas últimas de un color completamente *rojo*–, es también mucho más vigorosa que en Europa. Los lobos y los chacales se encontraban en grandes manadas. También se veían tigres que no conocían aún el fusil del hombre, parejas de elefantes. Éstos nos miraban y se apartaban con indiferencia, sin prisa, en la completa ignorancia del peligro posible... La ladera meridional de las montañas, a 5.000 pies de altura, cubierta por bosques tropicales, absolutamente vírgenes abunda en elefantes de un color particular, casi negro, y de mayor tamaño que los elefantes de Ceilán. Las serpientes son numerosas y muy bellas; en las regiones por encima de 3.000 pies, son inofensivas (se lo comprobó hoy). Agreguemos un número incalculable de monos, en todas las elevaciones».

Debo decir que los ingleses los matan sin piedad alguna²⁵. Desdichados «primeros padres del género humano». Y los monos no faltan en el Nilguiri: desde los grandes macacos negros, con capucha de suave pelo gris, los «langures» –*Presbytis jubatus*– hasta los «leones monos» –*Inuus eilenus*–. Los langures viven en las cimas de las más elevadas rocas, en

profundas grietas, en familias aisladas, como verdaderos «hombres primitivos de las cavernas». La belleza de su piel es un pretexto para el implacable exterminio por los europeos de ese animal muy dulce y extraordinariamente inteligente. Los «leones-monos» sólo se encuentran en la orilla de los bosques, en la vertiente meridional de las «Montañas Azules», de donde salen a veces para calentarse al sol. En cuanto divisan al hombre, los «leones-monos» escapan en seguida a los infranqueables bosques malabareses. La cabeza de esos simios es por completo leonina, con una melena blanca y amarilla y un mechón de pelos análogo en la punta de la cola, de ahí el nombre de «león».

En esta descripción de la flora y la fauna de las «Montañas Azules», no me atengo únicamente a las observaciones e informes de Sullivan durante su primera ascensión. En aquella época, era muy escaso lo que sabía y sólo describía lo que hallaba en su camino: completo sus escritos gracias a los descubrimientos más recientes.

Finalmente, los ingleses volvieron a descubrir las huellas de los verdaderos habitantes y dueños de las montañas del Nilgiri: los toddes y los kurumbes. Para evitar las repeticiones, he de decir lo siguiente: como se supo después, los baddagues que vivían con los toddes hacía casi siete años,

se mostraban a veces en los campos de Kuimbatur, bajando por senderos que ellos eran los únicos en conocer, para visitar a otros baddagues, sus allegados. Pero los toddees y los kurumbes seguían siendo completamente desconocidos para los indígenas; hoy, cuando comunicaciones regulares y cotidianas se han establecido entre Uttakamand y Madras, nunca abandonan sus cimas. Por mucho tiempo no se pudo explicar el silencio no natural de los baddagues acerca de la existencia de las dos razas que vivían juntas. Al parecer hoy se resolvió con bastante exactitud ese problema: ese secreto se debe únicamente a la superstición cuya causa y origen escapan aun al europeo, pero son comprendidos cabalmente por los indígenas. Los baddagues no hablan de los toddees porque los toddees son para ellos criaturas no terrestres, dioses a quienes veneran: pues bien, pronunciar el nombre de las divinidades *de familias* que escogieron²⁶ un día se considera como la mayor injuria para esos dioses, blasfemia que no comete ningún aborígen, aun amenazado de muerte. Por lo que respecta a los kurumbes, los baddagues los aborrecen tanto más cuanto que adoran a los toddees. La simple palabra «kurumbe» dicha en voz baja, según ellos, trae mala suerte a quien la pronuncia.

Habiendo llegado a los 7.000 pies de altura a una extensa pradera de singular forma, los miembros de la expedición

encontraron un grupo de edificios al pie de una peña, que Kindersley y Whish reconocieron en seguida como las casas de los toddees. Esas moradas de piedra sin puertas ni ventanas, con sus tejados piramidales, estaban grabadas con demasiada fuerza en su memoria como para permitirles la menor duda. Los ingleses echaron una mirada a la única abertura que en esas casas hacía las veces de ventana y puerta, y vieron que las casas estaban vacías, aunque era evidente que estaban habitadas.

A lo lejos, a dos millas de esa primer «aldea», divisaron «un cuadro digno del pincel de un pintor y ante el cual nos detuvimos presa de inexpresable estupefacción, relata el colector. Sin embargo, los cipayos indígenas que nos acompañaban manifestaban intenso y supersticioso espanto. Una escena de los antiguos patriarcas se ofrecía a nuestras miradas. En diferentes puntos de este extenso valle, rodeado por doquier por altas rocas, varios rebaños de gigantescos búfalos pacían, con campanillas y tamboriles de plata en los cuernos... Más lejos, un grupo de ancianos de venerable semblante, con largos cabellos, el rostro encuadrado por una barba blanca, vestidos con un albo manto...»

Eran –lo supieron después– los mayores de los toddees que los esperaban y los búfalos sagrados del *To uel* (recinto del

templo) de esta tribu. Alrededor de ellos, reclinados, andando o inmóviles, se veían de setenta a ochenta hombres «en actitudes que nos era imposible imaginarlas más pintorescas». llevaban todos la cabeza descubierta. A la primera mirada que echó sobre «esos Goliaths gigantes y bellos», el pensamiento que surgió al punto en el cerebro de nuestro respetable y patriota inglés, fue el de constituir un regimiento especial de esos héroes y, luego de haberlo enviado a Londres, ofrecerlo como presente al rey... Después comprendió la imposibilidad práctica de su idea; pero en esos primeros días, los toddees lo asombraron y lo fascinaron literalmente por su extraordinaria belleza que no tenía nada de hindú. A doscientos pasos de ellos estaban sentadas sus mujeres: vestidas como ellos con un manto blanco, llevaban los cabellos largos, bien peinados y echados sobre la espalda. Sullivan contó unas quince; cerca de ellas, media docena de niños jugaban por completo desnudos, pese al frío de enero.

En otra descripción de las «Montañas Azules», un compañero de Sullivan, el coronel Khennesey escribe diez páginas acerca de las diferencias entre los toddees y los otros hindúes con quienes los confundieron por mucho tiempo, pues su lengua y sus costumbres eran desconocidas.

—«El todde se diferencia tan exactamente en todo de los otros indígenas como el inglés se distingue del chino», escribe el coronel. «Ahora que los conozco mejor, comprendo por qué los baddagues, cuyos allegados encontrábamos en las ciudades de Maisur, antes del descubrimiento del Nilguiri, consideraban a esos seres como pertenecientes a una raza superior, casi divina. Los todde se asemejan en verdad a los dioses, tal como los imaginaban los antiguos griegos. Entre los pocos centenares de «finemen» de esas tribus, no he visto hasta ahora uno solo cuya altura sea inferior a 6 pies $\frac{1}{4}$. Están admirablemente bien hechos y sus rasgos recuerdan la pureza clásica... Agregad a esto cabellos, tupidos, negros y lustrosos cortados en arco, cortos sobre la frente y las cejas y cayendo tras las orejas, en la espalda, en pesadas masas ensortijadas y tendréis una imagen de su belleza. Los bigotes, la barba que nunca se cortan, tienen el color de la cabellera. Los ojos, grandes, castaños, gris oscuro o hasta azules os miran con mirada honda, tierna, casi femenina... La sonrisa es dulce y alegre, joven en la expresión. La boca, hasta en los ancianos más cansados, conserva los dientes blancos y fuertes, a veces muy bellos. La tez es más clara que la de los canareces del norte. Todos visten de la misma forma. Una especie de toga romana blanca de tela cuyo extremo pasa primero debajo del

brazo derecho, luego es echada hacia atrás, sobre el hombro izquierdo. En la mano un bastón con adornos fantásticos... Cuando me enteré de su destino místico y de la fe de quienes creen en su poder mágico, este bastoncillo de bambú, de dos pies y medio de longitud, me turbó más de una vez... Pero no me atrevo, no tengo *derecho*, luego de haber visto muchas veces *lo que vi*, a negar la verdad de su creencia y la exactitud de sus afirmaciones... Si bien a ojos de todo cristiano, la fe en la magia debe siempre considerarse como un pecado, no me siento con derecho a refutar o a burlarme de hechos que sé reales, pese a la repulsión que me inspiran...»

Pero no nos anticipemos. Esas líneas fueron escritas hace muchos años. Sullivan y Khennesey veían entonces a los toddes por primera vez y se referían a ellos oficialmente. Sin embargo, en ese informe del funcionario todo traiciona la perplejidad y revela el asombro, la curiosidad que toda la gente sentía respecto de esta misteriosa tribu.

—«¿Quiénes son?», razona Sullivan en esas páginas. «Veían a hombres blancos por segunda vez, empero su majestuosa calma, su altivo porté me confundieron: le parecía tan poco a cuanto estamos acostumbrados a ver en las maneras serviles de los indígenas de la India. Los toddes al parecer esperaban nuestra llegada. Desprendiéndose del grupo, un anciano de

elevada estatura vino a nuestro encuentro, seguido por otros dos que llevaban en las manos copas de corteza de árbol llenas de leche. Deteniéndose a algunos pasos de nosotros, nos hablaron en una lengua completamente desconocida. Al darse cuenta que no habíamos comprendido ni una sola palabra de lo que decían, eligieron el idioma ialimés, luego el canarecense (que emplean los baddagues), después de lo cual nos fue más fácil entendernos.

Para esos extraños aborígenes éramos hombres que parecían pertenecer a otro Planeta. «No pertenecéis a nuestras montañas, nuestro sol no es el vuestro, y nuestros búfalos os son desconocidos», me decían los ancianos. –«Os echan al mundo *de la misma manera que los baddagues*–, nosotros nacemos en forma diferente (?), observó otro anciano, cuyas palabras me asombraron mucho. Todo cuanto nos decían los toddes nos permitía comprender que éramos, para ellos, los habitantes de una tierra que habían oído mencionar, pero que nunca habían visto, como tampoco sus habitantes. Y se consideraban como pertenecientes a una raza del todo especial».

Cuando todos los ingleses se hubieron sentado sobre la tupida hierba, junto a los ancianos –los demás toddes permanecían más lejos, detrás–, dijeron a los ingleses que los esperaban desde hacía algunos días. Los baddagues, que hasta

entonces eran el único eslabón que permitía a los todde comunicarse con el resto del mundo, es decir la India, los habían ya prevenido: los rajahs blancos, instruidos por los dos cazadores que los baddagues salvaron de los «lugares habitados por los búfalos», se estaban acercando por las montañas. Y los todde declararon también a mister Sullivan que desde hacía muchas generaciones existía una profecía entre ellos: vendrían hombres de allende los mares y se afincaría junto a ellos, como lo habían hecho los baddagues; habría que darles parte de las tierras y «vivir con ellos como si fueran hermanos, en familia». Tal es su voluntad, agregó uno de los ancianos, señalando los búfalos, «saben mejor lo que es bueno o malo para sus hijos».

Y mister Sullivan observa: «En ese entonces no comprendimos esa enigmática frase acerca de los búfalos y sólo concebimos su significado más tarde. El sentido, si bien singular, no nos es extraño, en la India donde la vaca es considerada como un animal sagrado y tabú».

A despecho de las tradiciones personales que conservan obstinadamente los todde, los etnólogos ingleses gustarían reconocer en ellos a los sobrevivientes de una tribu orgullosa, cuyo nombre y otras características permanecen, por otra parte, perfectamente desconocidos. Sobre una base tan firme,

construyen su hipótesis que, en suma, es la siguiente: esta tribu orgullosa vivía *verosíilmente* en el pasado (¿cuándo? La época sigue siendo desconocida), en los terrenos bajos de Dekkan, cerca del río; y sus rebaños de búfalos sagrados (que, por otra parte, nunca fueron considerados sagrados en la India), pacieron allí mucho tiempo antes que sus futuras rivales, las vacas, monopolizaran la veneración popular. También se supone que esa misma tribu *orgullosa* «rechazaba con crueldad y detenía la ininterrumpida bajada de las poblaciones arias o de los brahmanes de Max Müller, «por el Oxo», que llegaban de las Montañas del Norte (o del Himâlaya)».

Esta amable hipótesis, y verosímil a primera vista, con todo se desmorona ante el siguiente hecho: los toddes, si bien constituyen en verdad una «tribu orgullosa», no llevan ninguna arma y tampoco guardan el recuerdo de semejantes instrumentos de lucha. Y si no poseen ni siquiera un puñal para defenderse de los animales salvajes, ni un perro para la vigilancia nocturna, los toddes tienen ciertamente, para triunfar sobre sus adversarios, medios muy diferentes de todo cuanto recuerda la fuerza *armada*.

Según mister Sullivan, los toddes defienden muy legítimamente sus derechos sobre «Las Montañas Azules», como sobre su propiedad secular. Afirman –y sus vecinos

seculares confirman sus palabras— ese derecho de antigüedad: declaran todos unánimemente que los toddees ya eran dueños de las montañas cuando llegaron los primeros colonos pertenecientes a otras tribus, los mulu-kurumbes. Luego llegaron los baddagues, y finalmente los chottes y los errulares. Esas tribus pidieron a los toddees que vivían solos en las alturas y recibieron de ellos el permiso de morar en esas montañas. Para esa autorización, las cuatro tribus pagaban a los toddees una contribución no en moneda —pues antes de la llegada de los ingleses el dinero era desconocido en esas cimas—, sino en especie: algunos puñados de granos que pertenecían a los campos trabajados por los baddagues; algunos objetos de los que los chottes fabricaban de hierro, necesarios para la construcción de casas y la vida doméstica; raíces, bayas, diferentes frutos de los kurumbes, y otros dones.

Las cinco razas se distinguían en forma, tajante una de la otra, como lo veremos en seguida. Sus lenguas, religiones y costumbres, como sus tipos, nada tienen de común. Según toda verosimilitud, esas tribus representan los últimos sobrevivientes de las razas prehistóricas aborígenes de la India meridional; pero, si se pudieron reunir ciertos conocimientos en lo que concierne a los baddagues, los chottes, los kurumbes y los errulares, la historia, para los toddees, se borró como si

estuviese escrita sobre arena. Si lo juzgamos por los antiguos sepulcros de «la Colina», y por algunas ruinas de templos y pagodas, no sólo los todde, sino también los kurumbes debieron llegar a la civilización en épocas prehistóricas: los todde poseen signos que, incontestablemente, se parecen a letras, en el género de las inscripciones cuneiformes de los antiguos persas.

Mas, qué importancia tiene lo que fueron los todde en un lejano pasado; hoy son una tribu patriarcal cuya vida toda se concentra en sus búfalos sagrados.

Por eso los numerosos escritores que se refieren a los todde, llegaron a la conclusión de que adoran a los búfalos como si fueran dioses, practicando así la zoolatría. No es verdad. Por lo que sabemos, su religión posee un carácter mucho más elevado que una sencilla y tosca adoración de los animales.

El segundo informe y los otros que escribió mister Sullivan son aún más interesantes. Pero, como no cito las palabras del respetable funcionario inglés sino para confirmar mis propias observaciones y estudios, no hay, motivo para que vuelva a referirme a ellas. Sólo me permito presentar algunos datos estadísticos complementarios, formulados por mister Sullivan

y otros funcionarios en lo que concierne a las cinco tribus del Nilguiri.

He aquí el conciso resumen de las páginas del coronel Tornton:

1) Los *errulares* es el primer pueblo que se encuentra después de la caída de agua, en las vertientes de las montañas. Viven en cuevas de tierra y se alimentan de raíces. Ahora, con la llegada de los ingleses, se han vuelto menos salvajes. Viven en grupos de tres o cuatro familias, y su número es de alrededor de mil individuos.

2) Los *kurumbes* encima de ellos. Se dividen en dos ramas: a) Los kurumbes simples, que moran en chozas agrupadas en pueblos; b) los mulu-kurumbes, de repugnante aspecto, de estatura extraordinariamente reducida, que viven en verdaderos nidos en los árboles y se asemejan mas a grandes monos que a criaturas humanas.

Nota. Si bien en las otras ciudades de la India hay tribus que presentan los mismos rasgos generales y los mismos nombres que los errulares y los kurumbes, se distinguen netamente en todo de estas dos últimas, sobre todo de los kurumbes, verdaderos espantajos y malos genios que rehuyen

a las demás tribus, salvo los toddees reyes y dueños de las «Montañas Azules».

Como es sabido, *Kurumbu* es una palabra tamil que significa «enano». Pero mientras los kurumbes de los valles son sencillamente, aborígenes de talla reducida, los kurumbes nilguirianos a menudo no superan tres pies de altura. Estas dos tribus no tienen ninguna idea de las necesidades más elementales, más indispensables de la vida y no han salido aún del estado de salvajismo más grosero, *conservando todos los indicios de la más primitiva raza humana*. Hablan una lengua que más se parece al parloteo de los pájaros y a los sonidos guturales de los simios que al habla humana, aunque muchas veces se les oye pronunciar palabras que pertenecen a muchos dialectos antiguos de la India dravídica. El número de errulares y de kurumbes no excede mil individuos por tribu.

3) Los *kochtares*. Raza aún más extraña. No tienen ninguna idea de la distinción de castas y se diferencian tanto de las otras tribus de las montañas cuanto de los indígenas de la India. Tan salvajes y primitivos como los errulares y los kurumbes viviendo, como topos, en covachas construidas con tierra y en los árboles, son, cosa singular, notables artífices para trabajar el oro y la plata, herreros, alfareros. Poseen el secreto de la preparación del acero y el hierro; sus cuchillos,

como sus otras armas, por su ductibilidad y filo, por su solidez a toda prueba superan en mucho todo cuanto se fabrica en Asia y Europa. Los kotchares no emplean sino un arma, larga como un espetón, muy filosa de ambos lados. La usan contra el jabalí, el tigre y el elefante, y siempre triunfan sobre el animal²⁷. Los kotchares no revelan su secreto por suma alguna. Ninguna de las tribus que moran en la montaña dominan semejante oficio. Cómo llegaron a dominarlo sigue siendo uno de los enigmas que tendrán que resolver los etnólogos. Su religión no tiene nada de común con las religiones de los otros aborígenes. Los kotchares no tienen idea de los dioses de los brahmanes y adoran divinidades fantásticas que entre ellos no se materializan en forma alguna. El número de kotchares, calculado según lo permiten nuestros medios, no supera 2.500 almas.

4) Los *baddagues* o «burghers». La más numerosa, más rica y más civilizada de las cinco tribus del Nilguiri. «Brahmanistas», se dividen en varios clanes. Se acercan a los 10.000 individuos y casi todos trabajan en la agricultura. Los baddagues adoran, no se sabe por qué, a los toddes y les rinden honores divinos. Para los baddagues, los toddes son superiores a su dios Siva.

5) Los *toddes*, llamados también todduwares. Se dividen en dos clases principales. La primera es la clase de los sacerdotes,

conocida con el nombre de *teralli*: los toddes que forman parte de ella se consagran al servicio de los búfalos, están condenados a un perpetuo celibato y practican un culto incomprensible que ocultan cuidadosamente a los europeos y aun a los indígenas que no pertenecen a su tribu. La segunda clase es la de los *kutti*, simples mortales. Por lo que sabemos, los primeros constituyen la aristocracia de la tribu. En esta poco numerosa tribu, hemos contado 700 hombres, y según el decir de los toddes, su número nunca superó esta cifra.

Con el fin de mostrar hasta qué punto este tema era interesante, agreguemos a los informes de mister Sullivan, la opinión de los autores del libro que apareció en 1853, por orden de la East India Company, *The States in India*, artículo acerca del Nilguiri. En él se habla también de los toddes:

«Esta reducida tribu, atrajo últimamente la entusiasta y seria atención no sólo de los turistas del Nilguiri, sino también de los etnólogos de Londres. El interés que despiertan los toddes es notable. Han merecido la extraordinaria simpatía (*in no ordinary degree*) de las autoridades de Madras. Se pinta a esos salvajes como una raza atlética de gigantes admirablemente bien hechos, descubierta de la más fortuita manera en el interior del Ghat. Su porte está lleno de gracia y dignidad, y se puede caracterizar así su aspecto...»

A esto sigue el retrato que ya conocemos de los toddes. El capítulo acerca de los toddes concluye con la descripción de un hecho que subrayo a sabiendas a causa de su profunda significación y su directa relación con los sucesos de los cuales fuimos testigos –y lo repetimos– con el sentimiento de una ignorancia completa de la historia y el origen de los toddes.

–«Los toddes no emplean arma alguna *salvo un bastoncillo de bambú que nunca abandona su mano derecha*. Todos los esfuerzos por penetrar en el secreto de su pasado, de su lengua y su religión, siguen siendo absolutamente vanos; es *la más misteriosa tribu entre todas las poblaciones nativas de la India*».

Mister Sullivan no tardó en verse *enteramente sojuzgado* por «los Adonis del Nilguiri», como los llamaban los colonos y plantadores más antiguos de las «Montañas Azules». Era el primero, quizás el único ejemplo en la india inglesa, de un funcionario inglés, de un *barasaab*, que fraternizaba abiertamente, entraba en relaciones casi íntimas, amistosas con los aborígenes, sus súbditos, como lo hacía el colector de Kuimbatur. Como recompensa por haber donado a la Company un nuevo trozo de territorio en la India, dieron a mister Sullivan el cargo de «administrador general» de las «Montañas Azules». Y mister Sullivan vivió treinta años en esas montañas, allí murió.

¿Qué era, pues, lo que lo seducía en esos seres? ¿Qué podía haber en común, en efecto, entre un europeo civilizado y seres tan primitivos como los toddees? A esta pregunta, como a muchas otras, nadie pudo todavía contestar. ¿No se debe acaso a que lo desconocido, lo misterioso nos atrae como el vacío y, provocando el vértigo, nos arrastra hacia ellos como a un abismo? Desde el punto de vista práctico, los toddees, naturalmente, no son sino salvajes por completo ignorantes de todas las manifestaciones más elementales de la civilización. Hasta se muestran, pese a su belleza física, como seres bastante sucios. Pero no se trata de su envoltura exterior, el problema reside en el mundo interior, espiritual de ese pueblo.

Ante todo, los toddees *no conocen en absoluto la mentira*. No existe en su idioma palabra que exprese «la mentira» o «lo falso». El robo o la sencilla apropiación de lo que no les pertenece, también lo desconocen. Basta leer sobre ese particular lo que escribe el capitán Garkness en su libro: «Una extraña tribu aborígen», para convencerse que esas cualidades no son el solo producto de nuestra civilización. He aquí lo que dice ese célebre viajero:

—«Habiendo vivido cerca de doce años en Uttakamand, declaro categóricamente no haber encontrado nunca, en los países civilizados, como entre las razas primitivas, un pueblo

que manifestase el respeto religioso hacia el derecho *meum et tuum*, (lo mío y lo tuyo). Inculcan ese sentimiento en sus niños desde la más tierna edad. Nosotros (los ingleses) no hemos encontrado hasta ahora un solo ladrón entre ellos... Engañar, mentir, les parece absolutamente imposible, no saben lo que es... Como entre los indígenas de los valles de la India del Sur, la mentira, según ellos, es el pecado más vil, más imperdonable. La prueba tangible de ese profundo sentimiento innato en ellos se manifiesta en el pico de Dodabet, en la forma de un templo *único*, consagrado a la divinidad destituida: *lo Verdadero*. Mientras que, entre los habitantes de los valles, el símbolo mismo y el Dios son muy a menudo olvidados, los toddees adoran a los dos, sustentando respecto de la idea y del símbolo, en la teoría y en la práctica, el sentimiento del más sincero, más inalterable respeto...»

Dicha pureza moral de los toddees, las raras cualidades de su alma atrajeron hacia ellos no sólo a mister Sullivan sino a muchos misioneros. Es menester comprender la significación de esos elogios expresados por seres que no tienen costumbre de alabar en forma desmedida a los hombres a quienes no producen impresión alguna²⁸. Y por cierto la llegada de los misioneros y, en general, de los ingleses, desde el primer hasta el último día, no producía más impresión en los toddees que si

esos salvajes fueran simples estatuas de piedra... Hemos conocido a misioneros, y hasta un obispo, que no temieron poner la moralidad de los *toddes* como ejemplo a su *grey* «de gente bien nacida», públicamente, en las iglesias, el domingo.

Pero los *toddes* poseen otra cosa aún más seductora, sino para las masas en general, y los estadísticos en particular, al menos para aquellos que se dedicaron por entero al estudio de los lados más abstractos de la naturaleza humana: es el misterio que los seres sienten al estar en contacto con los *toddes* y es la fuerza psíquica de la que hablé anteriormente. Nos queda mucho por decir acerca de esos dos aspectos profundos de su alma...

El colector pasó diez días en las montañas, regresó a Kuimbatour, luego fue a Madras, con el fin de redactar su informe en la oficina central de la Company acerca de su viaje por las «Montañas Azules». Luego de haber cumplido su deber, Sullivan regresó en seguida a las montañas que ya amaba, hacia los *toddes* que le interesaban mucho. Fue el primero que construyó allí una casa europea, para él, *de la cual cada piedra fue traída por los toddes*. «¿De dónde recogían esas piedras maravillosamente talladas?, el hecho sigue siendo un misterio», nos dijo el general Morgan.

Desde el primer día el colector llegó a ser el amigo, el protector y el defensor de los toddes, y durante treinta años, no dejó de ampararlos, protegiendo aquellos seres y sus intereses contra la codicia y las inicuas usurpaciones de la East India Company. Nunca se refería a ellos más que llamándolos «los dueños legítimos del suelo» (*the legal lords of the soil*) y obligó a los «respetables padres» a tener en cuenta a los toddes. Durante muchos años la Company pagó a los toddes un arriendo por los bosques y llanos que éstos le cedieron. Mientras vivió mister Sullivan, no se permitía a nadie ofender a los toddes ni apoderarse de las tierras que los toddes habían señalado previamente a los ingleses como destinadas a pasturas sagradas, lo cual habían especificado en los contratos.

El efecto que produjo en Madras el informe de mister Sullivan fue enorme. Todos aquellos que se quejaban del clima, que sufrían del hígado, de fiebres y de las otras enfermedades que los trópicos regalan a los europeos con tanta prodigalidad, y que gozaban de la suficiente fortuna para el viaje, se precipitaron todos hacia Kuimbatour. Antaño un poblado sin importancia, en algunos años llegó a ser ciudad de distrito. Al poco tiempo se establecieron comunicaciones regulares entre Metropolam, al pie del Nilgiri, y Uttakamand²⁹, pequeña ciudad fundada en 1822 a 7.500 pies

de altura. Toda la burocracia de Madras no tardó en trasladarse allí, entre los meses de marzo y noviembre. Una villa tras otra, una casa tras otra brotaron en las vertientes floridas de las montañas, como hongos luego de una primaveral lluvia. Después de la muerte de mister Sullivan, los plantadores se apoderaron de casi todas las tierras situadas entre Kotchobiri y Utti. Aprovechando el hecho de que «los dueños de la montaña» se habían quedado con las cimas más altas del Nílgiri para las pasturas de los búfalos «sagrados», los ingleses usurparon las nueve décimas partes de las «Montañas Azules». Los misioneros, no dejando de aprovechar la ocasión, se burlaron de los indígenas y de sus creencias en los dioses y genios de la montaña; sus esfuerzos fueron inútiles. Los baddagues conservaron su fe en los toddes, aunque éstos tuvieron que contentarse con las cimas desnudas de las peñas que ahora compartían con los langures. Los «padres» de la Company y, después, los burócratas gubernamentales, si bien seguían considerando a los toddes, en el papel, como los «propietarios legales del suelo», se comportaron, tal como ocurre siempre, como «señores respecto de barones».

Por el momento nadie prestaba atención a los kurumbes. Desde la llegada de los ingleses, los kurumbes habían

desaparecido al parecer bajo tierra como si fueran realmente lo que parecían ser: gnomos de aspecto repugnante. Nadie oyó hablar de ellos, nadie los vio en los primeros años. Luego se mostraron poco a poco, estableciéndose a la orilla de los pantanos y junto a los húmedos riscos. Empero no tardaron en señalar su presencia... ¿Cómo?... Los encontraremos en los capítulos siguientes. Ocupémonos ante todo de los todde y los baddagues.

Cuando el nuevo *orden de cosas*, reconocido, se organizó y las búsquedas dieron comienzo al establecimiento de estadísticas relativas a las tribus descubiertas, nuestros respetables etnólogos se enfrentaron con dificultades que no habían sospechado. No pudieron dominar las insuperables dificultades que encontraron al querer resolver el problema del origen de los todde: luego de veinte años de esfuerzos, debieron confesar que era tan imposible conocer la verdad acerca de ellos como emparentarlos con cualquiera de las tribus de la India. «Es más fácil llegar al polo norte que penetrar en el alma de un todde», escribe el misionero Metz. El coronel Khennesey agrega: «La única indicación que pudimos obtener después de tantos años es la siguiente: los todde afirman que viven en esas montañas desde el día en que «el rey de Oriente» (?) se las otorgó; nunca las abandonaron,

ni una sola vez bajaron de las cumbres. Mas ¿en qué época histórica vivió ese *rey* desconocido de Oriente? Nos responden que los *toddes* moran en las «Montañas Azules» desde *ciento ochenta y siete generaciones*. Si contamos tres generaciones por siglo (aunque vemos cuán larga es la vida de los *toddes*), dando fe a sus afirmaciones, al parecer se establecieron en esas montañas hace unos 7.000 años. Insisten acerca del hecho de que sus antepasados abordaron la isla Lanka (ningún error en ese nombre como en los otros), viniendo del este, «de los horizontes del sol levante». Sus antecesores serían los *antepasados del rey Ravon*, monarca demonio mítico, vencido por el no menos legendario Rama, hará cosa de unas veinticinco generaciones, sea mil años que es preciso agregar a la primera cifra, lo que constituye un árbol genealógico cuyas raíces se hunden en un pasado de 8.000 años³⁰. Sólo nos queda aceptar esa leyenda, o confesar francamente que no hay ningún dato que permita aclarar su misterioso pasado...»

Finalmente, ¿quiénes son esos seres?

Evidentemente, el problema es difícil, su solución no adelantó ni un solo paso desde 1822. Todos los esfuerzos de los filólogos, etnólogos, antropólogos, y todos los demás «logos» que en varias épocas llegaron de Londres y París, no fueron coronados por éxito alguno. Muy al contrario: más se

esfuerzan los sabios en penetrar en el misterio de los todde, menos las informaciones provistas corresponden a datos científicos que atañen al problema directo. Todas las indicaciones pueden resumirse en una sola: los todde no pertenecen a la humanidad ordinaria.

Semejante dato no podía insertarse, claro está, en «la historia de los pueblos de la India». Ante la insuficiencia de informaciones más seguras, los señores sabios se consolaron inventando algunas hipótesis de las cuales exponemos aquí las más interesantes:

El primer teórico es el naturalista Léchenault de la Tour, botánico del rey de Francia. Ese respetable sabio, en sus cartas³¹ reconoció, no se sabe por qué, en los todde a cruzados medio bretones, medio normandos, que un naufragio arrojó en la costa de Malabar. Ya habían encontrado cruzados en el Cáucaso, ¿por qué no podría haberlos en las montañas malabaresas? Esta hipótesis no tardó en ser del gusto de los sabios.

Desdichadamente, un hecho aniquiló muy pronto esta poética suposición: ni el idioma ni el pensamiento de los todde poseen las siguientes palabras: *Dios, cruz, plegaria, religión, pecado*. Los todde ignoran cualquier expresión que recuerde

simplemente el monoteísmo, el deísmo, y es en vano hablar del cristianismo. Tampoco se puede considerar a los toddes como paganos, pues no adoran nada ni a nadie, salvo sus propios búfalos; insisto sobre la palabra *propios*, pues no honran en absoluto a los búfalos ajenos, de las demás tribus. La leche, algunas bayas y otros frutos de *sus* bosques, son su único alimento. Pero no tocan nunca la leche, el queso y la manteca de *otros* búfalos que no pueden ser sus nodrizas *sagradas*. Los toddes nunca comen carne; no siembran, ni cosechan nunca, pues consideran como una tarea inferior todo trabajo que no sea el ordeño de los búfalos y el cuidado de los rebaños.

Esta existencia muestra suficientemente que hay pocas cosas en común entre los cruzados de la Edad Media y los toddes. Además, es preciso recordar que nunca emplean armas y ni derraman sangre, experimentando a este respecto una especie de espanto sagrado. Todos los montañeses del Cáucaso, al nordeste de Tiflis, han conservado muchas armas e instrumentos de la Edad Media; sus costumbres llevan la impronta de las creencias cristianas³². Los toddes no poseen ni un cuchillo, ya medieval, ya moderno. La teoría de Léchenault de la Tour es por completo inverosímil ...

Luego apareció la teoría celto-escita, conocida desde hacía mucho tiempo, machaconeada, pero siempre querida por los

sabios y que, en casos semejantes, más de una vez los sacó de apuros. Cuando muere un todde, se lo incinera con su búfalo favorito, realizando ritos harto extraños; cuando el difunto era «sacerdote» se sacrifica de siete a diecisiete de esos animales.

Pero los búfalos no son caballos; y el tipo de los todde es muy europeo, recordando mucho a los nativos del sur de Italia o de Francia, fisonomía muy diferente de la de los escitas, por lo que sabemos.

Léchenault de la Tour luchó mucho tiempo por sus ideas, pero en cuanto se burlaron de ellas, abandonó su teoría. La hipótesis de los escitas se sigue considerando seriamente, pese a todas las inverosimilitudes.

Luego apareció en escena la teoría eternamente rechazada y que incesantemente resucita, de las diez «tribus perdidas de Israel». El misionero alemán Metz, con la ayuda de algunos de sus colegas británicos, dotados, como él, de fogosa imaginación, se entregaron con entusiasmo a ahondar esta teoría. Mas, para refutar todas sus fantásticas afirmaciones, hasta repetir que los todde nunca adoraron a dios alguno, y aun menos al Dios de Israel.

El desdichado alemán, lleno de santa piedad, vivió con los todde e intentó comprenderlos, durante treinta y tres años.

Llevaba la vida cotidiana de éstos, los seguía de un lugar a otro³³; sólo se lavaba una vez por año, no se alimentaba sino con lacticios, finalmente engordó y llegó a ser hidrópico. Metz se ató a los todde con todas las fuerzas de su alma honrada y amante, aun cuando no pudo convertir a la religión cristiana a todde alguno, se jactó de haber aprendido su idioma y de haber hablado del Cristo a tres generaciones de todde. Sin embargo, cuando otros europeos quisieron confirmar las opiniones del alemán, se dieron cuenta de que todas sus alegaciones eran falsas.

Ante todo se supo que Metz no conocía ni una sola palabra de su idioma. Los todde le habían enseñado el dialecto kanaresiano que emplean en sus tratos con los baddagues y las mujeres de su tribu. Metz no comprendía cosa alguna de la lengua secreta hablada por los ancianos cuando celebran consejo o cuando se entregan a sus desconocidas ceremonias religiosas, en el *tirieri*, morada santa y severamente custodiada, a veces subterránea, situada tras el establo de los búfalos; templo consagrado a un culto que nadie conoce, salvo los todde. Hasta las mismas mujeres de los todde ignoran esta lengua secreta, ¿tal vez les prohibieron hablarla? En lo que concierne a la iluminación cristiana de los todde, el desdichado Metz, transportado a Utti, enfermo y casi

moribundo, confesó muy francamente que, en los treinta y tres años de vida común, no logró bautizar ni a un solo todde, hombre o niño. Empero, esperaba «haber sembrado los gérmenes de una futura educación».

Sin embargo, ahí también le esperaban decepciones. Padres jesuitas llegaron al Nilguiri, provenientes de la costa occidental de Malabar; a su vez se esforzaron por reconocer en los toddes a una colonia de antiguos sirios convertidos al cristianismo o al menos de maniqueos³⁴. Realizaron largas investigaciones. Empleando su acostumbrada habilidad y astucia, los jesuitas lograron entablar relaciones con los toddes. No se insinuaron en su confianza, sino que se hicieron amigos de esos salvajes comúnmente silenciosos, y lograron enterarse –para su gran alegría porque aborrecían a los protestantes aún más que a los paganos– que Metz hubiera podido vivir siglos con ellos en la más estrecha amistad sin producirles la menor impresión.

–«La palabra del hombre blanco se parece al pío pío de la *maina* (género de aves parlanchinas) o a la cháchara de los monos» decían los viejos toddes a los jesuitas que, en su malévolamente alegría, no profundizaron ese «cumplido» de doble filo... Los oímos y nos hace reír... ¿Qué necesidad tenemos de sus *dioses* si tenemos a nuestros grandes búfalos?, agregando

que Metz les proponía, para reemplazar la fe en sus búfalos, la religión de quienes deseaban sus pasturas y los humillaban cotidianamente³⁵.

A despecho de la suerte común que los toddes habían reservado a los discípulos de Loyola, éstos ridiculizaron al honrado alemán, difundiendo acerca de su persona anécdotas por todo el sur de la India. Conocemos y podemos nombrar a jesuitas que fortalecen con todas sus fuerzas a los indígenas en su fe adoradora de la potencia satánica antes que permitir su conversión al protestantismo.

Estos sucesos tuvieron lugar hace diez años. Después los misioneros de las dos religiones no se ocuparon más de los toddes. Comprendieron que cualquier intento para convertirlos al cristianismo sólo resultaría en pura pérdida de tiempo. Y, sin embargo, a despecho de esta ausencia de todo sentimiento religioso en esta tribu, los escritores y todos los habitantes de Utti proclaman con unanimidad que no hay población en la India tan honrada, moral y caritativa como los toddes. Este puñado de salvajes patriarcales, sin familia, sin historia, sin la menor manifestación (al menos *visible*) de fe en un principio sagrado que no sea su adoración por los sucios búfalos, ha conquistado a todos los europeos por su ingenuidad verdaderamente infantil. Empero, los toddes están

muy lejos de ser un pueblo bárbaro, como lo demuestra su extraordinaria capacidad de hablar varias lenguas y su tesón en no develar su propio lenguaje secreto.

Sullivan relata en sus *Memorias* cómo platicaba con los toddes por largas horas, agregando que no le quedaba otra cosa que callarse en su profunda estupefacción cuando los oía juzgar a los ingleses: «Espontánea y muy justamente los toddes comprendían nuestro carácter nacional y con la intuición se daban cuenta de nuestros defectos.»

Acabo de hacer conocer al lector los toddes en sus rasgos generales; le conté todo o casi todo lo que se sabe de ellos en la India. Ahora puede abordar el relato de mis aventuras personales y de las observaciones que realicé en medio de esta tribu, tan poco conocida y misteriosa.

²⁰ Su hijo es conocido en todo Madras; desde hace algunos años tiene el cargo de uno de los cuatro miembros del Consejo del Gobierno general de Madras y vive casi siempre en las montañas del Nilguiri.

²¹ Chitabs, animales domesticados para cazar el jabalí, el oso y el gamo. Todos los cazadores de la India los emplean.

²² En efecto, en algunas regiones, sobre todo en Uttakamand, las rocas y la tierra misma tienen el color de la sangre, pero esto se debe a la presencia de hierro y de otros elementos. Cuando llueve el suelo de las calles de las ciudades adquiere un color rojo anaranjado.

²³ Durante las lluvias del monzón, traídas sobre todo por el viento del sudoeste, la atmósfera está siempre más o menos cargada de densos vapores. La niebla, que se forma al comienzo en las cimas, invade las rocas situadas al pie del Nilguiri, a medida que el calor del día deja lugar al húmedo fresco de la noche y que los vapores descienden. Es preciso agregar a esto la evaporación constante de las ciénagas en los bosques, donde los árboles tupidos permiten que el suelo conserve la humedad y que las lagunas y ciénagas no se sequen como en los valles. Por eso las montañas del Nilguiri, ceñidas por una hilera de rocas que sobresalen, mantienen durante gran parte del año los vapores que, después, se convierten en niebla. Por encima de la bruma, la atmósfera permanece siempre muy pura y transparente; la niebla sólo se percibe desde abajo, no se la ve estando en las cumbres. Embero, los sabios de Madras no han podido resolver aún el problema del color azul muy vivo de la bruma, y el de las montañas.

²⁴ Hoy sólo existe un camino para cabalgaduras, la Silúrica de Metopolam; los otros son peligrosos y sólo los coolíes a pie y sus pequeños poneys pueden seguirlos.

²⁵ El chicari indígena, si no es mahometano, nunca mata un mono; este animal es sagrado en toda la India.

²⁶ Cada familia hindú, aunque pertenezca a una misma secta o casta que otras, elige una divinidad particular llamada *de familia* y a la que se elige entre los 33 millones de dioses del panteón nacional. Y, si bien esta divinidad es conocida por todos, los miembros de la familia nunca hablan de ella, considerando como una *profanación* cada palabra pronunciada sobre ese particular.

²⁷ Hoy, cuando desde hace mucho tiempo sabemos que los kotchares poseen ese secreto, se les encargan cuchillos y se les entregan armas para afilarlas. Un instrumento muy sencillo, con una lámina tosca, fabricado por un kotchar se paga varias veces el precio del mejor cuchillo de Sheffield.

²⁸ Hasta este día, sea en 1883, pese a todos los esfuerzos de las misiones, ningún todde se convirtió al cristianismo.

²⁹ Se llama más sencillamente «Utti». Empleamos asimismo ese nombre para referirnos a esa ciudad.

³⁰ Para el nombre de Lanka, el monarca vencido por Rama y la cifra de los milenarios, véase *La misión des Juifs*, de Saint-Yves d'Alveydre (nota del traductor del texto francés).

³¹ Una parte de las cartas aparecidas desde el 17 de junio de 1820 hasta el 15 de diciembre de 1821 en el *Diario de Madras*.

³² Esos montañeses revelan su origen alemán por la manera de comer las salchichas y calentar la cerveza. La milicia que arman para la guerra lleva cota de mallas y casco con visera. Llevan una *cruz* en el hombro derecho.

³³ Si bien los toddes no son una tribu nómada y poseen casas, cambian a menudo su lugar de residencia con el fin de encontrar mejores posturas para sus búfalos.

³⁴ Los padres jesuitas desearon probar un día que los toddes, como los antiguos maniqueos, adoran la «luz» del sol, la luna y hasta la llama de una sencilla lámpara. Esta adoración por cierto no va en descrédito del maniqueísmo. Por otra parte, los jesuitas mintieron al afirmarlo. Los toddes se divertieron mucho con esta idea, cuando se la hicimos conocer, la señora Morgan y yo. Al contrario, muestran profunda aversión por la luz de la luna.

³⁵ Obras y trabajos de los misioneros padres jesuitas en las costas de Malabar.

CAPITULO III

ENTABLO RELACIONES CON LOS TODDES

La verdad que defiende está impresa en todos los monumentos del pasado. Para comprender la historia, es preciso estudiar los símbolos antiguos, los signos sagrados del sacerdocio y el arte de curar en los tiempos primitivos, arte olvidado hoy en día ...

Barón Du Potet

La escena tiene lugar en Madras, en la primera mitad de julio de 1883. Sopla viento del oeste, que empieza a las siete de la mañana, sea poco después de levantarse el sol y no cesa hasta las cinco de la tarde. Dicho viento sopla así desde hace seis semanas, y no ha de desaparecer hasta fines de agosto. El termómetro Fahrenheit señala 128° a la sombra. Como en Rusia no se conoce sitio escasamente lo que es el viento del «oeste» en el sur de la India, trataré de pintar a ese implacable enemigo europeo. Todas las puertas y ventanas que se hallan orientadas en la dirección de donde sopla ese vientecillo igual, continuo, suavemente aterciopelado están cubiertas por gruesos *tattú*, dicho de otro modo esteras, de *kwi*, hierba

aromática. Todas las hendeduras están tapadas por burletes, la menor abertura está tapada con algodón, sustancia a la que se considera que es la mejor protección contra el viento del oeste. Mas nada le impide penetrar por doquier, hasta en los objetos suficientemente impermeables al agua. Ese viento se infiltra en las paredes y el extraordinario fenómeno que describo a continuación es provocado por su soplo igual y tranquilo: los libros, los diarios, los manuscritos, todos los papeles se agitan como si estuviesen vivos. Hoja tras hoja se levanta, como a impulso de una mano invisible, y bajo la presión de ese cálido aliento, intolerablemente ardiente, cada hoja se enrosca sobre sí misma, poco a poco, hasta convertirse en un delgado rollo, luego de lo cual el papel sigue estremeciéndose acariciado por los nuevos céfiros... El polvo, al comienzo casi imperceptible, luego en capas más gruesas, se deposita sobre los muebles y todos los efectos; si impregna una tela, no hay cepillo en el mundo que pueda quitarlo. Y en lo que respecta a los muebles, si no se les quita el polvo todas las horas, hacia la noche la capa de polvo tiene por lo menos dos centímetros de espesor.

No existe sino un remedio: *la panká*. Se abre la boca de par en par, se vuelve la cabeza hacia el oriente, se permanece sentado o acostado, inmóvil, respirando el fresco creado artificialmente por el vaivén de un ventilador gigante que

atraviesa la habitación. Después que el sol se ha acostado, se puede respirar un poco de aire, aunque sobrecalentado.

Por eso en marzo la sociedad europea de Madras sigue al gobierno local, y parte hasta noviembre hacia las «Montañas Azules». Había resuelto partir, pero no en primavera: ya estábamos promediando julio y el viento del oeste había tenido tiempo para secarme hasta la médula de los huesos. Me invitaron mis buenos amigos –la familia del general Morgan–. El 17 de julio, medio muerta de calor, preparé rápidamente mis maletas y a las seis de la tarde me encontraba en un compartimiento de ferrocarril. Al día siguiente, antes de mediodía, estaba en Mattapolam, al pie del Nilguiri.

Me di de narices con la explotación anglo-hindú que se denomina civilización entre nosotros y, al mismo tiempo, con mister Sullivan, miembro del Consejo e hijo del colector difunto de Kuimbatour. La «explotación» se presentó bajo el aspecto de una abominable bota con dos ruedas, con una torre de tela que la cubría; ya había pagado por ella en Madras; entonces la bota se disimulaba bajo el seudónimo de «coche de resortes, cerrado y muy confortable». En cuanto a mister Sullivan, se me apareció como el genio guardián de esas montañas, poseyendo ciertamente enorme influencia sobre las alturas que trepan hacia los cielos enfrente de nosotros, pero

tan impotente como yo contra la explotación de los especuladores británicos privados, al pie del Nilguiri. No pudo hacer otra cosa que consolarme. Luego de darse a conocer y decir que regresaba junto a las autoridades bajo cuyo mando estaba –Sullivan acababa de abandonar su plantación situada no sé donde– me dio el ejemplo de la sumisión ocupando un lugar, sin protestar y como mejor pudo, en la honrosa caja de dos ruedas. Los grandes de «la raza superior» tan altivos con los brahmanes, se empequeñecen y tiemblan ante los seres inferiores de su pueblo en la India. Lo he observado más de una vez. Tal vez temen lo que puedan divulgar y, aún más, creo, su lengua llena de hiel y la todopoderosa calumnia.

Y el miembro del Consejo no se atreve a decir una palabra al empleado sucio, «agente que transporta a los viajeros y los bagajes de Madras al Nilguiri». Cuando éste hubo declarado con insolencia que llovía en las montañas y que no iba a correr el riesgo de estropear los colores de los coches *cerrados* porque los viajeros podían viajar en los cabriolés abiertos –ni mister Sullivan, ni los demás ingleses que se dirigían a Utti hicieron algunos de esos gestos anglo–hindúes que reducen a polvo a los indígenas de más elevado cargo.

No se podía hacer nada. Sentada a través de la caja de dos ruedas, ante la cual la *tonqua* rusa en el camino de Sirula es

como comparar un coche real con el furgón donde se encierran los perros en los ferrocarriles, empezamos el ascenso de la montaña. Dos tristes espectros de rocines de correos arrastraban el cabriolé. Apenas habíamos tenido tiempo de correr media milla, uno de los fantasmas se encabritó ligeramente sobre las esqueléticas patas traseras, volcando el cabriolé que me arrastró en la caída. Todo esto tuvo lugar a doce centímetros de un barranco felizmente no demasiado profundo en el cual, por lo demás, no rodé... No me costó más que una sorpresa desagradable y un vestido desgarrado.

Un inglés acudió con mucha amabilidad para socorrerme – su cabriolé se había quedado atascado en barro rojo– y dio riendas sueltas a su cólera insultando al cochero a quien no pertenecían ni la caja de dos ruedas, ni el animal que reventó en el lugar. El cochero era un indígena, por lo tanto era vano, conquistarlo de una manera o de otra. Por fuerza tuve que esperar la llegada de otro coche y de dos rocines que debían venir de la estación. No lamenté el tiempo perdido. Ya había conocido a un miembro del Consejo, bajo la construcción de una explotación común, y ahora entablé conversación con otro inglés. Esperé durante toda una hora el socorro de la estación, pero pude enterarme de muchos detalles nuevos sobre el descubrimiento del Nilguiri, el padre de mister Sullivan y los

toddes. Después, iba a encontrarme muchas veces, en Utti, con los dos «dignatarios».

Transcurrió todavía una hora, cayó una fuerte lluvia y mi cabriolé no tardó en convertirse en una bañera con ducha. Para colmo de desdichas, a medida que subíamos el frío aumentaba. Al llegar a Chotaguiri, de donde sólo quedaba una hora de viaje, me helaba bajo mi manto de piel. Llegué a las «Montañas Azules» en el momento culminante de la estación de las lluvias. Un agua, espesa, enrojecida por la tierra desleída, rodaba hacia nosotros en torrente, y el admirable panorama de los dos costados del camino se cubría de bruma. Empero la vista seguía siendo bella, hasta en estas tristes condiciones; y el aire frío y húmedo era absolutamente delicioso después de la pesada atmósfera de Madras. El aire estaba impregnado del perfume de las violetas y del sano olor de los bosques de coníferas. ¡De cuántos misterios esos bosques, que cubrían las vertientes de las colinas y de las montañas habían sido testigos en los largos siglos de su existencia? ¡Que no habrían visto las seculares troncos en las «Montañas Azules», esa honda tumba que velaba desde tanto tiempo atrás, con celo, escenas que recuerdan las de Macheth! Las leyendas, hoy, no están más de moda, se las llama cuentos —y es natural—. «La leyenda es una flor que se abre sólo en la

base de la fe.» Pues bien, la fe ha desaparecido desde hace mucho tiempo en los corazones del Occidente civilizado; por eso, aquellas flores se marchitan bajo el mortífero aliento del materialismo contemporáneo y de la incredulidad general.

Esta rápida transformación del clima, de la atmósfera y de la naturaleza toda me pareció milagrosa. Olvidé el frío, la lluvia, la horrible caja donde estaba sentada sobre mis valijas y baúles medio rotos y manchados de lodo; sólo tenía prisa por husmear, por beber ese aire puro y maravilloso que no respiraba desde hacía años... Llegamos a Utti a las seis de la tarde.

Era domingo y nos encontramos con la multitud que regresaba a su casa luego del servicio de la tarde. La multitud estaba compuesta en su mayoría por euroasiáticos, por *europeos* cuyas venas están impregnadas de sangre «negra», esos pasaportes ambulantes, con la filiación particular que llevan desde la cuna hasta la tumba en las uñas, en el perfil, en los cabellos y en el color del rostro. No conozco en el mundo nada más ridículo que un euroasiático vestido con una levita a la moda y tocado con un sombrero redondo sobre una frente estrecha –salvo quizás una euroasiática ataviada con un sombrero con plumas que la semeja a un caballo de pompas fúnebres, cubierto con una gualdrapa negra adornada con

plumas de avestruz—. Ningún inglés es capaz de experimentar y sobre todo de manifestar respecto de los hindúes el desprecio que sienten los euroasiáticos. Este último aborrece al aborigen con un odio que se mide por la cantidad de sangre indígena asimilada... Los hindúes pagan al euroasiático con la misma moneda y con creces. El «dulce» pagano se convierte en cruel tigre a la sola palabra «euroasiático».

Empero no miraba a los desmañados criollos que se embarraban hasta las rodillas en el espeso lodo de Uttakamand, que inundaba, tal como un pantano de sangre, todas las calles de la pequeña ciudad. Al aproximarse a Utti, mi mirada no se detenía en los misioneros recién afeitados que predicaban bajo sus paraguas abiertos al espacio vacío, agitando, con además patético, el brazo libre, bajo árboles que lloraban lluvia. No, no. Aquellos a quienes buscaba no estaban allí: los toddes no paseaban por las calles y no se acercaban casi nunca a la ciudad. Mi curiosidad era vana —no tardé en saberlo—. Sólo pudo ser satisfecha algunos días después.

La víspera, en el tren, moría sofocada, debido al intolerable calor. Ahora, por falta de costumbre, temblaba de frío bajo el acolchado y toda la noche hubo fuego en mi estufa.

Durante tres meses, hasta fines de octubre, trabajé para lograr nuevas informaciones acerca de los todtes y los kurumbes. Iba como nómada a visitar los primeros y trabé conocimiento con casi todos los Ancianos de esas dos tribus extraordinarias. Mistress Morgan y sus dos hijas que eran todas nativas de esas montañas y hablaban la lengua de los baddagues, así como el tamil, me ayudaron mucho y se esforzaron por enriquecer cada día mi colección de hechos. He reunido aquí cuanto pude aprender personalmente de ellas; de otras relaciones, así como lo que pude aprender de los manuscritos que me confiaron. Entrego estos hechos al estudio del lector.

Cabe afirmar en verdad que no existe en ningún lugar del mundo una tribu que se parezca a los todtes. El descubrimiento de las «Montañas Azules» fue un día para Madras lo que había sido la de América para el Viejo Mundo. Numerosos libros aparecieron en estos últimos cincuenta años, acerca del Nilguiri y los todtes, no hay uno solo que, desde el comienzo al fin, no plantee la cuestión: «¿Quiénes serán, pues, los todtes?»

En efecto, ¿de dónde han venido? ¿De qué han venido esos gigantes, verdaderos «brobdingnags» de las tierras de Gulliver? ¿De qué rama de la humanidad, seca, muerta desde

hace mucho, convertida en polvo, ese fruto extraño, desconocido ha caído en las «Montañas Azules»?

Ahora que los ingleses hace más de cuarenta años que viven junto a los toddes, habiendo aprendido de ellos todo cuanto puede saberse –sea algo igual a cero–, las autoridades de Madras se calmaron un tanto y cambiaron de táctica. «Ningún misterio se relaciona con los toddes y por esa razón nadie puede conocerlo, dicen los funcionarios. No existen y no hay nada de enigmático en ellos... Son hombres semejantes a los otros. Hasta su influencia, incomprensible en el primer momento, sobre los baddagues y los kurumbes, se explica con bastante facilidad: trátase del supersticioso temor de aborígenes ignorantes y de enanos muy feos ante la belleza física, la alta estatura, ante el poder moral de otra tribu.» En resumen: «Los toddes son salvajes bellos aunque algo sucios, irreligiosos, y sin pasado consciente. Representan sencillamente una *tribu que olvidó su descendencia*. Medio animal, como las demás tribus en la India.»

Por el contrario todos los funcionarios, los agricultores, los plantadores, toda esa humanidad que se afincó y vive desde hace muchos años en Uttakamand, en Kottaguiri, y en otras aldeas y poblados en las laderas del Nilguiri, abordan el problema de modo diferente. Los moradores sedentarios de los

sanatorios³⁶ que brotaron como hongos, en treinta años en las «Montañas Azules» saben cosas que los funcionarios ingleses recién llegados a la comarca no se imaginaron ni en sueños – pero se callan sabiamente–. ¿Quién desea ser objeto de risa para los demás? Pero hay también seres que no temen hablar francamente y con fuerza de lo que dan por cierto.

Entre estos últimos citaré a la familia, que me invitó y que no había abandonado Uttakamand desde hacía cuarenta años. Esta familia se compone del general Rodhes Morgan, de su mujer, amable y culta, y de sus ocho hijas e hijos casados; todos son del mismo parecer, cabal y firme acerca de los toddes y los kurumbes, más en especial acerca de los últimos.

–Mi mujer y yo hemos envejecido en estas montañas, decía a menudo el honorable general inglés. Nosotros y nuestros hijos hablamos la lengua de los baddagues y comprendemos el dialecto de las tribus locales.

Centenares de baddagues y kurumbes trabajan en nuestras plantaciones. Están acostumbrados a vivir con nosotros y nos aman, nos consideran como su familia, como sus fieles amigos y protectores. Por lo tanto si en verdad alguien los conoce bien, su vida doméstica, sus costumbres, sus ritos, sus creencias, no puede ser sino nosotros: mi mujer, yo y mi hijo

mayor que está empleado aquí de recaudador, siempre tuvimos tratos con ellos. Por eso, fundándome *en hechos más de una vez probados en los tribunales*, declaro orgullosamente: los toddes y los kurumbes poseen real e indiscutiblemente cierta fuerza, están dotados de cierto poder de los cuales nuestros sabios no tienen idea alguna... Si fuera hombre *supersticioso*³⁷ resolvería este problema muy sencillamente. Hablaría, por ejemplo, como nuestros misioneros: los mulu-kurumbes son una pro genie infernal, nacen directamente del diablo. En cuanto a los toddes, aunque paganos, sirven de contraveneno a los kurumbes; representan el instrumento de Dios para debilitar el poder y contrarrestar las acechanzas de los kurumbes. Pero como no creo en el diablo, he llegado desde hace mucho a otra convicción: no debemos negar –en el hombre y la naturaleza las fuerzas que no comprendemos. Si nuestra orgullosa ciencia, carente de sabiduría, se niega a admitir su realidad, esto se debe únicamente– a que no es capaz de comprenderlas y clasificarlas³⁸ .

He visto demasiados ejemplos que demuestran irrefutablemente la realidad, la presencia de esta fuerza desconocida por nosotros, para no condenar el escepticismo de la ciencia a su respecto³⁹ .

Todo cuanto mi honorable amigo y dueño de casa vio y oyó en medio de los toddes y los kurumbes podría llenar volúmenes enteros. Relataré un hecho acerca del cual el general, su mujer y los hijos dan fe de su autenticidad. Ese relato prueba hasta qué punto esas personas cultas creen en la hechicería y la fuerza demoníaca de los mulu-kurumbes.

—Habiendo vivido por muchos años en el Nilguiri, escribe mistress Morgan⁴⁰ en su libro «*La hechicería en el Nilguiri*» («*Witchcraft on the Nilguiris*»), rodeada por centenares de indígenas que pertenecían a distintas tribus y a quienes recluté para trabajar en mis plantaciones, conociendo bien su idioma, tuve oportunidad de observar en todos esos años sus vidas y costumbres. Sabía que muy a menudo recurren a la demonología, a la hechicería, sobre todo los kurumbes. Esta última tribu se divide en tres ramas. La primera —kurumbes simples— se compone de habitantes sedentarios de los bosques que, muchas veces, se enganchan como obreros; la segunda —los teni-kurumbes (de la palabra *tein*, miel)— se alimentan de miel y raíces; la tercera —mulu-kurumbes—. Estos últimos se encuentran con más frecuencia que los teni-kurumbes en los lugares civilizados de las montañas, es decir en las aldeas europeas; son muy numerosos en los bosques de la vecindad de Viniade. Usan el arco y la flecha y gustan de cazar el

elefante y el tigre. Existe en el pueblo la creencia –y los hechos demuestran muchas veces la verdad– de que los mulu-kurumbes (como los toddes) tienen poder sobre los animales salvajes, sobre todo los elefantes y los tigres. Hasta pueden en caso necesario, tomar la forma de esos animales. Gracias a dicha licantrópía los mulu-kurumbes cometen muchos crímenes sin que se pueda castigarlos; son rencorosos y malvados. Los otros kurumbes siempre se dirigen a ellos para que les presten socorro... Si un indígena desea vengarse de un enemigo, va en busca de un mulu-kurumbe...

Recientemente, entre los obreros que trabajan en una plantación de Uttakamand, había un grupo de baddagues, treinta hombres jóvenes y vigorosos que, todos, sin excepción alguna, se habían criado en nuestro dominio donde, antes que ellos, sus padres y madres habían servido. Bruscamente, sin causa aparente, su número disminuyó. Casi todos los días notaba la ausencia de un obrero, luego otro. La encuesta reveló que el ausente había caído de súbito enfermo; poco después, moría.

Un día de mercado, me encontré con un *monegar* (anciano) de la aldea a quien pertenecían los obreros baddagues. Me divisó, se detuvo, luego se acercó saludándome con reverencia.

–Madre, me dijo, estoy muy triste porque me sobrevino una gran desgracia. Y, bruscamente, el monegar estalló en sollozos.

–¿Qué ocurre? Habla pronto...

–Todos mis hombres se mueren uno tras otro, y soy incapaz de socorrerlos, impotente para detener el mal... ¡Los kurumbes los están matando!...

Comprendí y le pregunté qué motivo impulsaba a los kurumbes a cometer esos crímenes.

–Siempre quieren más dinero... Les damos casi todo lo que ganamos. Pero están descontentos. El invierno pasado les dije que no teníamos más dinero, que no podíamos darles más. «*Sea... hagan lo que quieran... ¡Pero conseguiremos lo que queremos!*» Cuando contestan de esta suerte, ya se sabe por anticipado lo que esto quiere decir. Esas palabras predicen la muerte inevitable de alguno de nuestros compañeros... De noche, cuando todo duerme a nuestro alrededor, pronto nos despertamos todos y vemos a *un kurumbe en medio de nosotros*. Nuestro grupo duerme en un gran cobertizo.

–¿Por qué no cierran mejor las puertas?... ¿con cerrojo?...
–pregunté al anciano,

–Le echamos cerrojo... ¡Cómo si se tratase de cerrojo! Que se cierre todo, ya el kurumbe hallará medio de pasar a través de no importa qué... muros de piedra no son obstáculo para él... Miramos, luego de despertar en el temor y allí está *él*, en medio de nosotros... nos fija con la mirada a uno tras otro ... luego levanta el dedo y señala a uno, luego al otro ... Madu, Kuriru, Djogui (los nombres de las tres últimas víctimas)... y no abre la boca, se calla... sólo señala... luego se desvanece súbitamente, sin dejar huella alguna... Algunos días después, aquellos que fueron señalados con el dedo caen enfermos; la fiebre se apodera de ellos, el vientre se les hincha... y al *tercer*, a menudo al *décimotercer día*, mueren. De este modo en estos últimos meses, de treinta jóvenes dieciocho han muerto... ¡Ahora somos un puñado de hombres!...

Y el monegar lloraba a lágrima viva.

–¿Por qué no se quejan ustedes al gobierno? le pregunté.

–¿Acaso nos creerán los *saabs*? ¿Y quién puede apoderarse de un mulu-kurumbe?

–Vaya y entregue a esos horribles enanos lo que les piden, doscientas rupias, y que prometan dejar al menos a los otros tranquilos...

–Sí, habrá que hacerlo –dijo suspirando. Y luego de saludarme, se retiró

Ese relato es uno de los numerosos ejemplos que me citó la señora Morgan, mujer inteligente y grave. Muestra que muchos ingleses comparten la fe de los indígenas «supersticiosos» en la oculta fuerza mágica.

–Vivo en medio de esas tribus desde hace más de cuarenta años, me decía a menudo la mujer del general. Las he observado muchas veces y extensamente. Hubo un tiempo en que no creía en esa «fuerza», juzgando absurdas todas esas cosas... Pero, convencida por los hechos, he creído como muchos otros...

–Por cierto debe saber usted... que se mofan de su creencia en la «hechicería»... observé un día.

–Lo sé. Pero el parecer de las masas que juzgan superficialmente no puede cambiar mi propia opinión, pues ésta se funda en hechos.

–Mister Betten me contó ayer por la noche en la cena, riendo, que hace unos dos meses, se encontró con unos kurumbes... y a despecho de sus amenazas, está todavía con vida ...

–¿Qué le dijo exactamente? –preguntó con vivacidad mistress Morgan, quitándose los anteojos y dejando a un lado su labor.

–Había herido un elefante en la caza, pero el animal desapareció en lo más denso del bosque. Sin embargo, como el elefante era magnífico, mister Betten no quería perderlo. Tenía con él ocho burgher-baddagues; les dió orden de seguirlo y de encontrar el animal herido. Pero el elefante les obligó a alejarse mucho, muchísimo más lejos. En cierto momento, mientras los baddagues declaraban que no irían más lejos, temiendo encontrarse con los kurumbes, vieron por fin el cuerpo inerte del elefante. Pues bien, al lado del animal, el inglés se topó con kurumbes. Estos declararon que el elefante les pertenecía, que acababan de matarlo y lo probaron mostrando doce flechas hundidas en el cuerpo... Empero, Betten buscó la herida producida por su bala. Según él, los kurumbes no hicieron otra cosa que rematar el animal ya gravemente herido... Pero los enanos insistieron en su derecho. Entonces –y, siempre según las palabras de mister Betten–, y pese a sus maldiciones, los expulsó, luego regresó después de haber cortado la pata y los colmillos del elefante. «Sigo sano y salvo, declaró riendo. Empero los hindúes, en mi

oficina, ya me enterraron después de conocer mi encuentro con los kurumbes...»

Mistress Morgan escuchó pacientemente mi relato, luego me preguntó: –¿No le dijo nada más?

–No.

La cena estaba llegando a su fin y la charla se hacía general.

–Entonces, les diré lo que calló; luego de haber hablado, llamaré a un testigo, el único que con Betten sobrevivió a este desagradable encuentro... Betten les dijo las palabras que los kurumbes pronuncian cuando quiso apoderarse por primera vez de los colmillos del animal: «aquel que toque *nuestro* elefante nos verá a la *hora de su muerte*». Es la fórmula habitual de su amenaza. Si los baddagues de Betten hubiesen pertenecido a esta región, habrían preferido que éste los matase allí mismo que despreciar la amenaza de los kurumbes. Pero los había traído de Maisur. Betten hirió al animal, pero es demasiado sensible –lo confesó él mismo– para despedazarlo. No es más que un cazador a medias, un «cockney» de Londres, agregó mistress Morgan con desprecio. Quienes cortaron la pata y las defensas del animal fueron los chicaris de Maisur, luego las acarrearón colgadas de pértigas. Eran ocho

hombres. ¿Y ahora desea usted, saber cuántos permanecen aún con vida?

La mujer del general dio unas palmadas, llamaba así a su criado. Mandó a éste que buscara a Purna.

Purna era un viejo chicari, cuya salud parecía destrozada. La mirada de sus ojillos negros amarillentos, como después de un derrame de bilis, se paseaba, temerosa. de su señora a mí. Por cierto no comprendía porqué lo habían llamado al salón de los saabs.

–Dime, Purma, preguntó con tono resuelto la mujer del general. ¿cuántos eran los chicaros que cazaban el elefante, hace dos meses, con Betten saab?

–Ocho hombres, señora saab; Djotti, un niño, era el noveno. contestó el anciano con voz ronca, tosiendo.

–¿Cuántos son ustedes hoy?

–Me quedé solo, señora saab, dijo el viejo con un suspiro.

–¿Cómo? exclamé con espanto no fingido. ¿Todos los demás, hasta el niño, han muerto?

–*Murche* (están muertos), todos, gimió el viejo cazador.

–Cuenta a la señora saab cómo y por qué murieron, ordenó la mujer del general.

–Los mulu-kurumbes los mataron: se le hinchó el vientre a uno, luego al otro –y todos murieron hace cinco semanas...

–¿Cómo pudo salvarse éste?

–Lo envié enseguida a los toddes para que lo curasen, explicó mistress Morgan. Los toddes no recibieron a los otros... nunca se encargan de curar a quienes beben, los mandan de vuelta... por eso mis buenos obreros murieron uno tras otro, hasta veinte hombres, agregó suspirando... Así es... ese viejo se sanó... por otra parte dice que no tocó el elefante... sólo llevaba un fusil. Betten, como se lo oí decir a él mismo, y como otros después me lo afirmaron, amenazó a los chicharis con obligarlos a pasar la noche en el bosque, con los kurumbes, hasta la mañana, si no se llevaban los despojos del elefante. Espantados, cortaron de prisa, la pata, los colmillos y los trajeron... Purma, que había vivido mucho tiempo en casa de mi hijo en Maisur, corrió a verme... y al punto lo envié a casa de los toddes con sus compañeros. Pero no recibieron a nadie, salvo a Purma que nunca bebe. Los demás cayeron enfermos ese mismo día... Andaban entre nosotros semejantes a fantasmas, verdes, enflaquecidos, con el vientre enorme... No había transcurrido un mes cuando todos estaban muertos de *fiebres* según el diagnóstico del médico militar.

–Pero el desdichado niño ¿no podía ser un borracho? pregunté. ¿Por qué los toddes no lo salvaron?

–Los niños de cinco años ya beben aquí, contestó mistress Morgan con expresión de disgusto. Antes de nuestra llegada en las montañas del Nilguiri, no se olía en el aire el tufo de las bebidas espirituosas. Este es un beneficio que la civilización ha difundido en esta región. Y ahora...

–¿Ahora?

–Hoy el aguardiente mata a tantos hombres como los kurumbes. Es su mejor aliado... Si no fuera por el alcohol, los kurumbes serían por completo impotentes a causa de la vecindad de los toddes.

Nuestra charla terminó con éstas palabras. La mujer del general ordenó enganchar dos bueyes a un gran coche y me propuso ir con ella a visitar su aldea, tras *las hierbas*. Salimos.

En todo el tiempo que duró el trayecto me habló de los toddes y de los kurumbes.

Mistress Morgan ama las montañas y está orgullosa de ellas. Se considera como hija de las montañas y los toddes, hasta los obreros baddagues son para ella como parte de su familia. La mujer del general no puede perdonar a su gobierno

el que no reconozca los «sortilegios ocultos» y sus terribles consecuencias.

—Nuestro gobierno es sencillamente estúpido, decía mistress Morgan agitándose en el coche. Se niega a establecer una comisión investigadora, no quiere creer en la realidad que admiten los indígenas de todas las castas: mientras éstos recurren a horribles medios para cometer crímenes impunes, ¡y mucho más a menudo de lo que la gente se imagina! El terror del ocultismo es tan grande en nuestro pueblo, que los hombres prefieren matar a una docena de criaturas inocentes gracias a sortilegios de una clase muy distinta con tal que puedan curar a un enfermo de quien se sospecha que fue herido por el *ojo* de un kurumbe... Un día paseaba, montada a caballo, por la comarca, de pronto mi caballo resopló, se encabritó y, dando un brinco de costado por completo inesperado, por poco no me echa de la silla. Miré al camino y vi una cosa muy extraña. Era una enorme cesta chata en el cual habían colocado la cabeza de un carnero que fijaba sobre los transeúntes su mirada apagada; junto al cesto habían puesto un coco, diez rupias de plata, arroz y flores. Ese cesto estaba en la cúspide de un triángulo compuesto por tres hilos muy finos atados a tres postes. Habían dispuesto todo el aparato de modo que una persona que se adelantase en un

sentido o en el otro del camino debía inevitablemente chocar con los hilos, romperlos y recibir un violento golpe de ese *sunnium* mortífero –se denomina así esa clase de sortilegio. Es el medio más común que emplean los indígenas; se recurre a esa brujería en caso de enfermedades cuyo único fin es la muerte. Entonces se prepara el *sunnium*. Aquel que lo toca, aunque sólo sea un hilo, agarra la enfermedad, mientras el enfermo se sana. El *sunnium* con el cual casi tropiezo, había sido colocado de noche, en el camino del club que se cruza casi siempre en la oscuridad. Mi caballo me salvó, pero lo perdí: murió dos días después. Después de este suceso, ¡cómo no creer en el *sunnium* y en todas las brujerías!... Y lo que me exaspera, prosiguió la mujer del general, es que los médicos atribuyen la muerte provocada por ese sortilegio a cierta fiebre desconocida. Sorprendente fiebre que sabe escoger a sus víctimas con tanta inteligencia y sin ningún error. Nunca ataca a quienes no tienen nada que ver con los kurumbes. Es la consecuencia de un encuentro desagradable, de una querrela con ellos o de su cólera contra la víctima. Nunca hubo fiebres en el Nilguiri. Es el lugar más sano del mundo. Jamás, desde que nací, mis hijos estuvieron enfermos ni siquiera una hora. Fíjese en Edhit y en Claire. Contemple la fuerza y la tez de

esas muchachas, agregó mistress Morgan, señalando a sus hijas.

Pero no escuchó mis elogios. Siguió atacando a los médicos...

Bruscamente, la mujer del general, interrumpió sus invectivas y exclamó:

–Mire! He aquí a uno de los más bellos *murti* de las aldeas de los toddes. Su *Kopilall* santo, el más anciano vive allí.

Los toddes, ya lo dije, es un pueblo nómada a medias. Desde Rongasuam al Toddabet, toda la cresta de la cadena de montañas está llena de *murtis* o poblados, si un grupo de tres o cuatro moradas piramidales puede llamarse «poblado».

Dichas casas están construidas no lejos una de la otra y, entre ellas, distinguiéndose de las demás por su tamaño y su edificación más cuidada, resplandece un *tiriri*, «establo sagrado de los búfalos». En el *tiriri*, detrás de la primera «cámara», que sirve de refugio nocturno para los búfalos y sobre todo para las hembras, habitación de buen tamaño, se halla siempre una segunda cámara. Eterna oscuridad reina en esta última sala: no tiene ventana ni puerta y su única entrada la constituye un agujero de un archine cuadrado –dicha cámara debe ser el *templo* de los toddes, su *Sancta Sanctorum* donde tienen lugar

ceremonias misteriosas que nadie conoce. Ese agujero sólo se cava en el rincón más sombrío. No puede penetrar allí ninguna mujer, ningún todde casado; en una palabra, ningún *kut* o persona que pertenezca a la clase laica. Únicamente los *terallis*, o «sacerdotes oficiantes» gozan de libre acceso al *tiriri* interior.

La misma construcción está rodeada siempre por un muro de piedra bastante alto, y el patio o *tu-el*, encerrado por esa pared, es considerado asimismo sagrado. Las casas levantadas en torno del *tiriri* recuerdan de lejos por su forma las tiendas de los *kirghizes*. Empero, están construidas con piedras y cubiertas con un cemento muy sólido; tienen una longitud de 12 a 15 pies, un ancho de 8 a 10 pies, y su altura, del suelo a la punta del tejado piramidal, no supera los 10 pies.

Los todde no viven en su morada de día: sólo pasan allí la noche. Sin prestar ninguna atención al tiempo, arrastrando las más violentas ráfagas de los monzones, las más torrenciales lluvias, se puede ver grupos de todde sentados en el suelo, o andando en parejas. En seguida después de la puesta del sol, desaparecen tras las minúsculas hendeduras de sus pirámides en miniatura. Una alta silueta se desvanece tras la entrada a la casa; luego los todde cierran la abertura desde el interior, gracias a un postigo muy grueso de madera. Y hasta la mañana

siguiente no salen más. Después de la puesta del sol, nadie puede verlos, ni obligarles a salir de su morada.

Los toddes se dividen en siete *clanes* o tribus. Cada clan se compone de cien hombres y de veinticuatro mujeres. De acuerdo con lo que dicen los toddes, ese número no varía *ni puede cambiar*; permanece eternamente igual desde su llegada a las montañas. En efecto, las estadísticas lo demuestran, para este último medio siglo. Los ingleses explican por la poliandría el hecho extraño de esta constancia en la cifra de los nacimientos y las muertes que encierra a los toddes en ese número secular de setecientos hombres; los toddes sólo tienen una mujer para todos los hermanos de una misma familia; aun cuando éstos sean doce hombres.

La notable escasez de niños del sexo femenino en los nacimientos anuales se atribuyó ante todo a la matanza de los recién nacidos bastante difundida en la India. Pero nunca se pudo demostrar ese hecho. Pese a todas las recompensas prometidas por ingleses en el caso de cualquier denuncia, pues éstos, no se sabe por qué, ardían en deseos de sorprender a los toddes en flagrante delito –fue imposible comprobar el menor caso de asesinato de niño—. Los toddes sólo sonríen con desprecio ante esas sospechas.

–¿Por qué matar a las *madrecitas*? dicen, Si no tuviéramos necesidad de ellas, no existirían. Conocemos el número de hombres, el número de madres que necesitamos, no tendremos más.

Este extraño argumento indujo al geógrafo y estadístico Torn, a escribir con cierto enojo en su libro acerca del Nilguiri: «Son unos salvajes, unos idiotas... Se burlan de nosotros...» Sin embargo, los hombres que conocen desde hace mucho a los todde, que los han observado, ellos y sus costumbres, por muchos años, piensan que los todde hablan gravemente y creen en sus afirmaciones. Hasta van más lejos y formulan francamente la opinión de que los todde, como muchas otras tribus que viven en el seno de la naturaleza, han descubierto un mayor número de misterios naturales: por eso conocen mejor la fisiología práctica que nuestros médicos más sabios. Los amigos de los todde están absolutamente convencidos que reconociendo la inutilidad de recurrir al infanticidio, puesto que saben aumentar o disminuir a voluntad el número de «madres» –los todde dicen la verdad, aunque su *modus operandi* en ese oscuro problema fisiológico es para todos un impenetrable secreto.

Las palabras «mujer», «hija», y «virgen» no existen en la lengua de los todde. El concepto del sexo femenino está

ligado indisolublemente en ellos con el de la maternidad. Por eso no conocen ningún término especial para denominar nuestro sexo, sea cual fuere el idioma en que se expresan. Cuando se refieren a una anciana o a una niña, los todde siempre dicen «madre», empleando, si la precisión es necesaria, los adjetivos «vieja», «joven» y «pequeña».

—Nuestros búfalos, declaran a menudo, han fijado de una vez por todas nuestro número: el de las madres depende también de ellos.

Los todde nunca se quedan por mucho tiempo en *un murti*, sino que pasan de uno al otro en la medida en que desaparece el forraje para los búfalos. Gracias al terreno y a la feracidad de la flora en las montañas, el forraje no tiene igual en el resto de la India. Tal vez se deba a ello el que los búfalos de los todde superen por el tamaño y la tuerza a todos los animales de su especie, no sólo en ese país sino en el mundo entero. Pero allí también se manifiesta un misterio impenetrable: los baddagues y los plantadores poseen asimismo búfalos que se alimentan con los mismos pastos. ¿Por qué entonces sus animales son más pequeños y más débiles que el ganado de los «rebaños sagrados» de los todde? El tamaño gigantesco de los búfalos santos induce a creer que representan las últimas supervivencias de los animales antediluvianos. Los animales de

los plantadores nunca podrán igualar por el vigor a los de los toddes, y éstos se niegan categóricamente a prestar sus búfalos para una cruce de *razas*.

Cada clan de los toddes –hay siete– se divide en algunas familias: cada familia, según el número de sus miembros, posee una, dos o tres casas en el *murti* –y están situadas en varias pasturas. Así cada familia tiene una morada siempre lista, sea cual fuera la pastura a la que llega, y a menudo varios poblados que le pertenecen, a ella sola, con el inevitable *tiriri*, templo-establo para los búfalos. Antes de la llegada de los ingleses, antes que se diseminasen, tal como una vegetación parásita, por las laderas del Nilguiri, los toddes que se trasladan de un *murti* a otro, dejaban vacío el *tiriri*, lo mismo que las demás construcciones. Pero, al observar la curiosidad y la indiscreción de los recién llegados que desde los primeros días de su «violenta invasión» se esforzaban por penetrar en sus edificios sagrados– los toddes se hicieron más prudentes. Desconfían, habiendo perdido su antigua confianza y dejan en el *tiriri* un «*teralli*»⁴¹ sacerdote, conocido hoy día con el nombre de *pollola*⁴², con sus ayudante *kapillol* y dos búfalos hembras.

«Hemos vivido pacíficamente en estas montañas durante ciento noventa y siete generaciones, dicen los toddes

quejándose a las autoridades, y ni uno solo, salvo nuestro *terallis*, nunca se atrevió a cruzar el umbral tres veces sagrado del *tiriri*. Los búfalos braman de cólera... que se prohíba a los hermanos blancos aproximarse al *tu-el* (barrera santa) ; sino sucederá una desgracia, una terrible desgracia...»

Y las autoridades, muy sabiamente, prohibieron a los habitantes de los valles, sobre todo a los ingleses y a los misioneros, curiosos e insolentes, la entrada al *tu-el*, y hasta aproximarse a él. Mas los ingleses no se quedaron tranquilos hasta que dos de sus compatriotas fueron matados en distintas épocas: los búfalos los levantaron con sus enormes y puntiagudos cuernos y los aplastaron con sus pesadas patas. El tigre mismo que desprecia el búfalo de los todde no se atreve a medirse con este animal.

Por eso nadie pudo descubrir el misterio que se oculta en el cuarto situado tras el establo de los búfalos. Hasta el mismo misionero Metz, que vivió treinta años con los todde, no logró descubrir dicho enigma. La descripción y las informaciones que fueron suministradas a este respecto por el mayor Frezer y otros etnólogos y escritores sólo se fundan en la fantasía. El mayor «había penetrado en el cuarto tras el establo de búfalos y sólo halló en ese templo que interesaba a todo el mundo, una cámara completamente vacía y sucia». Es cierto que los todde

acababan de alquilar su aldea a las autoridades y habían transportado sus penates a otra pastura, mucho más extensa. Todo cuanto las casas y el templo contenían había sido llevado; los edificios mismos debían ser destruidos.

Los toddees no se ocupan de la cría del ganado, carecen de vacas, ovejas, caballos, cabras, aves de corral. Sólo poseen sus búfalos. Los toddees no gustan de las gallinas pues «los gallos molestan de noche y despertarían con sus gritos a los cansados búfalos», me explicó un anciano. Ya dije que los toddees no tenían perros. Empero, entre los baddagues se encuentra ese animal; el perro, en efecto, es muy útil y hasta necesario en las cuevas de los bosques. Como lo hacían antes de la llegada de los ingleses, los toddees no se entregan a trabajo alguno: no siembran, ni cosechan. Sin embargo, no les falta nada, aunque no se imponen preocupación alguna de asuntos monetarios, ni entienden nada en esas cuestiones materiales, con la excepción de unos pocos ancianos. Sus mujeres adornan con muy bellos bordados la orla de sus sábanas blancas, su única cobija; pero los hombres desprecian abiertamente todo trabajo manual o físico. Todo su amor, todas sus meditaciones, todos sus sentimientos piadosos se concentran en sus magníficos búfalos. Las mujeres de los toddees no pueden acercarse a esos animales; los hombres son los únicos que se ocupan de ordeñar

los búfalos hembras y se hacen cargo de todos los cuidados que se prestan a esos animales sagrados.

Algunos días después de mi llegada, acompañada sólo por mujeres y niños, fui a visitar un *murti* a unas cinco millas de la ciudad. Algunas familias *toddes* vivían entonces en esa aldea, con un anciano *teralli* y un grupo de «sacerdotes», como nos informaron. Ya había tenido oportunidad de conocer a algunos *toddes*, pero no había visto a sus mujeres tú presenciado su «ceremonia» con los búfalos. Partimos con la intención de asistir, si fuera posible a la «ceremonia» de entrada de los búfalos en el establo; me habían hablado mucho de ella y deseaba extraordinariamente presenciarla.

Ya era casi las cinco de la tarde y el sol se acercaba al horizonte cuando nos detuvimos a la linde del bosque; luego de bajar del coche, atravesamos a pie un extenso claro. Los *toddes* estaban ocupados con sus búfalos y no nos notaron, ni siquiera cuando estuvimos cerca. Pero los búfalos empezaron a bramar; uno de los animales, el «jefe», sin duda, con campanillas de plata en sus enormes y enrollados cuernos, se desprendió del grupo y vino hasta la orilla del camino. Volvió hacia nosotros su alta cabeza, nos fijó con su ardiente mirada y lanzó un bramido que parecía querer decir: ¿Quiénes son ustedes...?

Me habían dicho que los búfalos eran perezosos y estúpidos y que sus ojos no expresaban nada. Compartía ese parecer antes de conocer los búfalos de los todde, sobre todo el que acababa, al parecer, de hablarnos en su lengua animal. Sus ojos brillaban como ardientes carbones, y en su mirada oblicua e inquieta leí un verdadero sentimiento asombrado y desconfiado.

–No se acerque usted a él –gritaron mis compañeros–. Es el jefe y el animal más sagrado del rebaño. Es muy peligroso...

Empero, no pensaba en aproximarme y hasta retrocedí mucho más rápidamente de lo que me había adelantado, cuando un adolescente de elevada talla y bello, como un Hermes entre los bueyes de Júpiter, de un solo brinco estuvo entre nosotros y el búfalo. Cruzando los brazos e inclinándose ante la cabeza «santa» del animal, se puso a murmurar en la oreja del búfalo palabras que nadie pudo comprender. Entonces, tuvo lugar un fenómeno a tal punto extraño que si el hecho no hubiera sido confirmado por los otros, lo habría creído una sencilla alucinación debida a todas las historias y anécdotas que me habían referido hasta ese día con respecto a los animales sagrados.

El búfalo, en cuanto pronunció las primeras palabras el joven *teralli*, volvió la cabeza hacia él como si lo escuchaba verdaderamente y lo comprendiese. Luego nos miró, como si quería examinarnos más atentamente, y meneó la cabeza lanzando mugidos breves, entrecortados, casi inteligentes; parecía responder a las respetuosas observaciones del *teralli*. Finalmente el búfalo nos echó una última mirada, indiferente esta vez, dio la espalda al camino y se dirigió lentamente hacia su rebaño...

Esta escena me pareció tan cómica y me recordó tanto la conversación popular del mujik ruso con el oso encadenado «Mikhailo Ivanitch», que por poco no largo la carcajada. Pero al ver los rostros graves y algo intimidados de mis compañeros, me contuve a pesar mío.

—Ya ve usted que le dije la verdad, me dijo en voz baja en la oreja, medio triunfante, medio temerosa—, una joven de unos quince años. Los búfalos y los *teralli* se comprenden, *hablan* entre ellos como hombres...

Para gran sorpresa mía, la madre no contradijo a la hija y no hizo observación alguna. Un poco confusa, ella también contestaba a mi mirada estupefacta, interrogante: «Los todde son, en todo, una tribu extraña... Nacen y viven en medio de

los búfalos. Los adiestran durante años y, es de creer, en efecto, que conversan con ellos...»

Las mujeres de los toddes reconocieron en nuestro grupo a mistress T... y su familia; salieron al camino y nos rodearon. Eran cinco; una llevaba su hijo, completamente desnudo, a despecho del viento frío, lluvioso; otras tres, jóvenes aún, me sorprendieron por su belleza, y una anciana, con el rostro aún bonito, pero, en cambio, verdaderamente demasiado sucia. Fue ésta quien se aproximó a mí y me preguntó quién era, en canaresino, supongo. No comprendí la pregunta y, una de las jóvenes respondió por mí. Cuando me tradujeron la pregunta y la respuesta, ésta me pareció muy original aunque no correspondía del todo a la verdad.

Fui presentada como una «madre» de un país extranjero y una hija que amaba a los búfalos. Así se expresó la traductora.

Esta declaración debió evidentemente tranquilizar y alegrar a la vieja, tan sucia; en efecto, sin esta recomendación, como lo supe después, no me hubieran permitido asistir a las ceremonias de la tarde con los búfalos. La vieja partió en seguida corriendo y debió avisar a otro *teralli*, el más antiguo; rodeado éste por un grupo de jóvenes sacerdotes, estaba algo más lejos, en una actitud pintoresca, acodado sobre el

magnífico lomo negro del búfalo «jefe», al que ya conocíamos. Vino en seguida hacia nosotros y empezó a charlar con mistress S..., que hablaba su lengua tan bien como un indígena.

¡Qué anciano más bello e imponente! Y a mi pesar, comparaba a ese asceta de las montañas con otros anacoretas hindúes o musulmanes. Así como estos últimos parecen debilitados, semejantes un tanto a momias, así nos asombraba el *teralli* todde por la salud, el vigor de su cuerpo, poderoso, alto y fuerte, como un roble secular. Su barba ya mostraba hilos de plata y sus cabellos, que caían en gruesos rizos sobre la espalda, encanecían. Derecho como una flecha, se acercaba a nuestro grupo sin prisa y me parecía ver avanzar la imagen viviente de Velisar saliendo de su cuadro. A la vista de ese anciano, altivo y bello que se parecía a un rey vestido con andrajos y a quien rodeaban seis poderosos y magníficos *kapillols* ... un sentimiento de ardiente curiosidad se despertó en mí y tuve el deseo de conocer todo cuanto era posible acerca de esta tribu y sobre todo de sus misterios.

Pero en ese momento mi deseo era vano, imposible de satisfacer. No hablaba siquiera el idioma de los todde, semejante, en esto, a muchos de mis amigos europeos. Debía

esperar con paciencia y sin murmurar, observar y tener en consideración todo cuanto me estaba permitido ver.

Esa tarde, no asistí sino a la curiosa ceremonia que se repite cotidianamente entre los todde.

El sol había desaparecido casi por completo tras las copas de los árboles, cuando los todde se prepararon para la entrada del ganado sagrado. Diseminados por el campo, unos cien búfalos pastaban tranquilamente en torno de su búfalo «jefe»; éste no abandona nunca su puesto de observación en medio del rebaño. Cada animal lleva cencerros fijados a los cuernos; empero, mientras los de todos eran de cobre, el búfalo «jefe» se distinguía por la plata pura de sus campanillas y el oro de sus aretes.

El ceremonial empezó así: se separó a los terneros de las madres y se los encerró en el establo especial preparado junto al *tu-el*, hasta la mañana. Luego se abrieron las amplias puertas de una pared muy baja, tan baja que, desde el camino, vimos todo lo que sucedía en el *tu-el*. Acompañados por el sonido de las campanillas y cencerros, los búfalos entraron en el establo uno tras otro y se pusieron en hileras. Eran los machos. Las hembras esperaban su turno. Se llevaba a cada búfalo a una cisterna o, más sencillamente, a un estanque; allí lo lavaban, lo

secaban con hierba seca; luego bebía hasta saciar su sed, después lo encerraban en el *tiriri*.

¿Cuál es el interés de esta ceremonia? Mientras los búfalos se acercan a las puertas, los «laicos» de los dos sexos (sea ochenta hombres y unas dos docenas de mujeres de distinta edad) esperan en dos filas, a ambos lados de la puerta, los hombres a la derecha y las «madres» a la izquierda. Todos saludan cada búfalo cuando pasa. Además, cada todde «laico» hace gestos incomprensibles que testimonian su profundo respeto. La misma ceremonia se repite para los búfalos hembras. Además, cada hembra debe ser saludada inclinándose hasta el suelo y se debe ofrecerle un manojito de hierba.

Dichosa la «madre» cuya ofrenda fue aceptada por la hembra «jefa». Este hecho es considerado como un presagio feliz.

Después de haber cuidado y encerrado los búfalos, los hombres ordeñan los búfalos hembras; éstas no permiten que una mujer se acerque a ellas. Esta última ceremonia sagrada dura dos horas: los vasos hechos con corteza de árbol son llevados siete veces en torno de la hembra a la que se acaba de ordeñar y luego se los deposita en la «lechería», casa especial

que se mantiene muy, limpia. Sólo los «iniciados» ordeñan los animales, es decir los «kapillols» bajo la vigilancia del *teralli* jefe o primer sacerdote.

Cuando se concluyó de ordeñar toda la leche, las puertas del *tu-el* se cierran y los iniciados entran en el establo de los bueyes. Entonces, según las afirmaciones de los baddagues, el cuarto contiguo al establo se ilumina con muchas lamparillas hasta la mañana. Esta cámara es la morada de los iniciados. Nadie sabe lo que se realiza en ese santuario secreto hasta el día, y no hay esperanzas de que algún día se sepa.

Los *toddes* menosprecian el dinero; es absolutamente imposible comprarles cualquier cosa porque no necesitan nada y contemplan con perfecta indiferencia todo cuanto no les pertenece, lo «*no mío*». Como lo ha dicho el capitán Garkness y otras personas que vivieron durante mucho tiempo con los *toddes*, testigos de todos sus actos cotidianos, éstos son "*personas desinteresadas*" en la plena acepción del término.

³⁶ Los ingleses llaman así las villas en las montañas de la India, como Simla, Dardjelling, Misuri, etc., adonde se envían para curas de salud a los oficiales y soldados.

³⁷ El honorable general es un «librepensador», que aprecia mucho el *agnosticismo* científico de la escuela de Herbert Spencer y de los filósofos de esta familia.

³⁸ Interesa comparar la opinión del *escéptico* inglés con la opinión del sacerdote Bellustin que escribió a menudo en las revistas de la capital acerca de las supersticiones populares rusas en lo que concierne a las brujerías y los brujos. Más adelante, el pensamiento del general inglés se aproximará aún más a la del sacerdote ruso.

³⁹ Es un extracto del manuscrito inglés de un «Informe» del mayor general Morgan, dirigido al comité organizado por el Consejo General de la Sociedad Teosófica «para el estudio de las religiones, costumbres, cultos y supersticiones de las tribus montañosas dravídicas». Ese informe, redactado por uno de los principales miembros del Consejo, presidente de la Sociedad Teosófica del Toddebet a Uttakamand fue leído, en conferencia pública, ante 3.000 personas, el día de la asamblea anual de los miembros, 27 de diciembre de 1883, en Adyar (Madrás). La familia del general Morgan es muy conocida en el sur de la India. Su mujer y él gozan de la estima de la sociedad europea. Revelo aquí su nombre y me sirvo de su testimonio con su *pleno consentimiento*. Invito a los escépticos de Rusia a dirigirse, para más amplias informaciones, al general mismo, si desean conocer la opinión de un sabio inglés acerca de la hechicería y los encantamientos de los mulu-kurumbes.

⁴⁰ Mujer del general e hija del Gobernador general de Travankore, en Trivandrum donde había nacido.

⁴¹ Asceta célibe, ermitaño.

⁴² Pollola, guardián, y kapillol, sub-guardián.

CAPÍTULO IV

Obligada en este relato a apoyarme en el testimonio de mistress Morgan y de su familia en todo lo concerniente a los poderes excepcionales de los toddes y los kurumbes, siento que a ojos de la incrédula multitud este recurso es frágil. Tal vez nos digan: «teósofos, espiritistas, psíquicos, sois todos semejantes, creéis en hechos que la ciencia no admite y hasta rechaza a sabiendas con desprecio... Vuestros fenómenos no son sino alucinaciones que experimentáis vosotros todos y que ningún ser razonable puede tomar en serio».

Estamos prontos, desde hace mucho tiempo, a sufrir todas esas objeciones. Puesto que el mundo de la ciencia y, después, las multitudes descosas de seguir la estela que deja, han negado, con desenvoltura, el valor del trabajo de algunos grandes sabios, por cierto no pretendemos convencer al público. Cuando el testimonio de los profesores Hare, Wallis, Crookes y otras muchas lumbreras de la ciencia fue negado, y sabemos cómo esas mismas multitudes, que la víspera pronunciaban con pasión servil los nombres de sus poderosos inventores, los articulan hoy con una sonrisa de desdeñosa piedad como si hablasen de hombres que hubieran perdido de súbito la razón, nuestro juicio se puede considerar perdido.

¿Quién es el hombre muy interesado por los problemas psicológicos del día que no recuerda los concienzudos estudios, largos y profundizados, del químico Crookes? Probó con irrefutables *experiencias realizadas con aparatos científicos* que se producían muchas veces fenómenos absolutamente inexplicables ante los seres llamados médiums. Y demostró, por ello mismo, la existencia de fuerzas y facultades aún no estudiadas en el hombre y con las cuales nadie había soñado en la Royal Society. Para recompensarlo por ese descubrimiento que conmovió en ese entonces a Europa y América, crédulas y sobre todo incrédulas, dicha Royal Society –tal como la Universidad francesa respecto de Charcot– estuvo a punto de expulsar de su seno al honrado mister Crookes⁴⁵, ciega y sorda a todo cuanto es psíquico y espiritual. El descubrimiento del *radiómetro* no ayudó a convencer a los escépticos, ni el de la «materia radiante» pudo lograrlo.

Rogamos al lector recordar que este relato no tiene como meta la propaganda del espiritismo. Nos contentamos con proclamar los hechos; no tenemos la intención de abrir los ojos a las masas mostrándoles la realidad de fenómenos anormales, extraños, todavía inexplicados, pero de ningún modo sobrenaturales. Los teósofos creen en la verdad del hecho

mediúmnico –la experiencia verídica y no la superchería que, desdichadamente, tiene lugar en el 70 por ciento de los casos–; pero repudian la teoría de los «espíritus». Yo, que estoy escribiendo estas líneas, no creo en la materialización de las *almas de los muertos*, y no admito las explicaciones espiritistas, y aun menos su *filosofía*. Todos los fenómenos acerca de los cuales se habló en este último cuarto de siglo son tan reales e irrefutables como puede serlo la existencia de los médiums. Pero dichos fenómenos poseen tanto de lo que se puede llamar *espiritualidad* como los honrados carpinteros y herreros considerados en el sur de Francia y Alemania como apóstoles en los misterios de las aldeas y elegidos por los representantes de la iglesia únicamente por sus brazos musculosos y su robusto cuerpo...

Esta creencia en la realidad de los hechos, y la desconfianza respecto de toda charlatanería son compartidas por la mayoría de los hombres de quienes se dice que son *espiritualistas* y por los miembros de la Sociedad Teosófica; los brahmanes de la India, por una parte y, por la otra, algunos centenares de sabios muy competentes para juzgar el espiritismo. El químico Crookes pertenece a estos últimos, *n'en déplaise aux spirites* difundiendo, por medio de todas sus publicaciones, el falso rumor de que es un espiritista convencido.

Los espiritistas están muy equivocados. Antes, cuando aún no conocíamos personalmente a mister Crookes, las leyendas que corrían acerca de su persona nos desconcertaban. Pero en abril de 1884, en su casa de Londres, en presencia de numerosos testigos, después cuando estuvimos a solas, le hablamos francamente acerca de dichos rumores. Crookes contestó en forma directa, sin vacilar, que creía igualmente en los fenómenos mediúmnicos descritos por él en, su «materia radiante»; nos había mostrado y explicado ésta. Pero *hacía mucho tiempo que ya no daba crédito* a la intervención de los espíritus, si bien se inclinaba antes por semejante explicación.

–Entonces ¿quién era Katie King? –preguntamos.

–No lo sé. Muy probablemente el *doble* de mis F. Cook (la médium) –respondió el sabio, y agregó que esperaba seriamente ver a la fisiología y la biología convencerse de la existencia en el hombre de dicho *doble* semi-material.

Cabe aún hacernos esta objeción: el hecho mismo de que haya sabios que creen en el doble y el espiritismo no demuestra la realidad de dichos dobles ni la de los fenómenos mediúmnicos. Estos sabios constituyen, además, una minoría, mientras que los que niegan los hechos aun no demostrados por la ciencia contemporánea forman la aplastadora mayoría.

No pienso discutir. Me basta señalar que los seres inteligentes sólo representan, por el momento, un escaso número como porcentaje no de toda la masa humana, sino de las clases cultas. La mayoría sólo posee una superioridad manifiesta sobre la minoría: la de la fuerza grosera, animal. Se sienta sobre la minoría y se esfuerza por aplastarla o, al menos, por ahogar su voz. Dicho hecho se observa por doquier. Las masas de los partidarios de la opinión pública ejercen presión sobre aquellos que prefieren la verdad. La Royal Society de Inglaterra y la Universidad de Francia persiguen a los sabios que se atreven a cruzar —en nombre de esa verdad deshonrada— los límites rigurosamente establecidos por ellos en torno de su estrecho programa materialista. Los espiritistas se esfuerzan por derrotar y hasta suprimir a los teósofos... Todo esto está en el orden de cosas. Estamos seguros que entre ellos se encuentran muchos hombres inteligentes que creen en la presencia personal del alma de los muertos en las sesiones espiritistas, en «los espíritus» que se revisten de materia, en sus revelaciones, en la filosofía de Allan Kardek y hasta en la infalibilidad de los médiums profesionales y públicos. Si bien manifestamos el respeto debido a cada creencia individual, no compartimos las convicciones de los espiritistas. Nos permitimos mantener nuestras convicciones

personales. Sólo el tiempo, y el socorro de la ciencia, cuando haya modificado su táctica, demostrará quién no tiene razón y quién la tiene.

Convencidos definitivamente que esas influyentes instituciones –la Royal Society de Inglaterra y las otras Academias sabias de Europa– nunca acudirán en nuestra ayuda (al menos en seguida, durante nuestra vida); convencidos que la mayoría de los hombres de ciencia resolvieron negar por los siglos todos los fenómenos psicológicos –sabiendo que las masas, por juzgar siempre superficialmente las cosas, califican de grosera superstición todo cuanto no entienden (cuando muchos *temen comprender*)–; convencidos, finalmente, que todos se pondrán de acuerdo para llamar *verdad y hecho* únicamente a toda conclusión formulada por ellos mismos sin fundadas razones, cuando casi todas las teorías científicas determinadas por los hombres han sido, en todo tiempo, abandonadas unas tras otras; en la certeza de no poder, a despecho de nuestros esfuerzos, cambiar el espíritu de nuestro siglo, hemos resuelto actuar solos y buscar nosotros mismos las explicaciones necesarias.

Durante dos años acumulamos todas las informaciones posibles y estudiamos la «hechicería» de los kurumbes, y durante otros cinco años tratamos de conocer las

manifestaciones de esa misma fuerza en las varias tribus de la India. El consejo central de la Sociedad Teosófica constituyó un comité y tomamos estrictas medidas para evitar en lo posible las supercherías. Nuestros colegas, elegidos en los medios escépticos más encarnizados, llegaron a esta misma conclusión: «Todo cuanto se dice respecto de esas tribus está fundado en hechos reales. Con exclusión, naturalmente, de las enormes exageraciones de las masas supersticiosas, todos esos hechos fueron demostrados más de una vez. Cómo los toddes, los kurumbes, los jannades y otras tribus, en virtud de esas facultades, tienen poder sobre los hombres, lo ignoramos y no nos incumbe explicarlo. Sólo declaramos lo que hemos visto.»

Así hablaron nuestros colegas, los hindúes educados según la enseñanza contemporánea inglesa, es decir *materialistas*, en la plena acepción del término, y que no creen ni en los dioses personales, ni en los espíritus de los espiritistas. Enunciamos la misma conclusión, pero sospechamos, y esa sospecha equivale a una certidumbre, que dicha fuerza de los brujos nilguirianos es nuestra vieja amiga: «la fuerza psíquica» de los doctores Carpentier y Crookes. Realizamos experiencias minuciosas, imparciales, serias, sobre nosotros mismos y sobre otras personas. Y pensamos que ante los doctores Charcot, Crookes, Tsellner, como ante nuestros ojos cuando se trata de los

«hechiceros» una sola y misma fuerza actuaba: la diversidad de sus manifestaciones depende sobre todo de las diferencias de los organismos humanos, luego del medio, de las condiciones ambientales en las que se manifiesta dicha fuerza, mucho también de las condiciones climáticas y finalmente de las tendencias intelectuales de los seres denominados «médiums».

Antes que lo hiciera yo, se escribió acerca de los toddes y los kurumbes. Empero, en las descripciones de los ingleses, es imposible encontrar algo, ni comprender algo excepto las hipótesis ya citadas y más inadmisibles unas que otras.

En la desesperación de no poder salir de ese laberinto y volver a ver la Luz Celestial, quise interrogar a pandits indígenas que tienen fama de ser «crónicas y leyendas» ambulantes. Los pandits me enviaron junto a un asceta haddague. Ese anacoreta, que nunca se lavaba, se mostró muy amable y hospitalario. Por algunos sacos de arroz, relató a uno de los indígenas, miembro de nuestra Sociedad, leyendas de su raza, durante tres días y tres noches, sin interrupción alguna. Inútil decir que los anglo-hindúes no saben nada acerca de los hechos que voy a relatar a continuación.

La palabra «baddague» es canarezina y, lo mismo que el «vadugan» tamil, significa «septentrional»; todos los

baddagues llegaron del norte. Cuando, hace 600 años, llegaron a las «Montañas Azules», encontraron allí a los todde y los kurumbes. Los baddagues están convencidos que los todde vivían en el Nilguiri desde muchos siglos atrás.

Los enanos «kurumbes», declaran a su vez que sus antepasados se pusieron al servicio o aceptaron ser los esclavos de los antepasados de los todde que aún vivían en Lanka (Ceilán) «con el fin de tener derecho a morar en sus tierras», con la condición de «que sus descendientes permanezcan constantemente bajo los ojos de los todde».

En caso contrario, observan los baddagues «esos demonios no hubieran tardado en no dejar vivir a nadie en la tierra, excepto ellos mismos». Los kurumbes, cuando se sienten presa de su diabólica maldad, no contradicen esta declaración de los baddagues; por el contrario, están orgullosos de su poder. Rechinando los dientes, están prontos, en su impotente rabia contra los todde, como alacranes, a picarse ellos mismos, a matarse con su propio veneno. El general Morgan que los vio a menudo en sus accesos de furor me dijo que él, aunque positivista, temía verse forzado *a creer contra su voluntad en el diablo.*

Por otra parte, los baddagues afirman que la cohabitación de su tribu con los toddes es muy antigua.

–Nuestros antepasados ya estaban a su servicio bajo el rey Rama –afirman–. Por eso los servimos también.

–Pero los toddes no creen en las devas de sus padres – pregunté un día a un baddague.

–No; los toddes creen en su existencia –me respondieron–. Empero, no le rinden ningún honor, *porque ellos mismos son devas.*

Los baddagues cuentan que el año en que el dios Rama marchaba sobre Lanka (Ceilán)⁴⁴, además del gran ejército de monos, muchos pueblos de la India central y meridional desearon obtener el honor de convertirse en los aliados del gran «avatar». Entre éstos estaban los kanarezes, antepasados de los baddagues, de quienes éstos dicen que son descendientes. En efecto, los baddagues dividen su tribu en dieciocho castas, entre las cuales se encuentran brahmanes de elevado nacimiento, como por ejemplo, los «Vodei», rama de la familia que reina hoy en Maisur. Los ingleses pudieron convencerse de la justicia de estas reivindicaciones. En las crónicas antiguas de la casa de Maisur, los documentos que se conservaron hasta hoy demuestran: primero, que los Vodei

forman con los baddagues una sola y misma tribu, nativos todos de Karnatik; segundo, que los aborígenes de ese país tomaron parte en la gran guerra santa del rey Aude Rama contra los rakchas, demonios gigantes de la isla de Lanka (Ceilán).

Y son esos mismos brahmanes, orgullosos de su origen antiguo y noble, quienes mantienen en los baddagues ese sentimiento de veneración, no con respecto a ellos –como lo hacen los demás brahmanes en el resto de la India–, sino con respecto a los toddes que rechazan a sus dioses. Buscar la verdadera causa de este excepcional respeto es muy difícil, y el misterio sigue excitando la curiosidad de los ingleses. Es hasta casi imposible resolver ese problema, cuando se conocen las leyes de los brahmanes. En efecto, esta orgullosa casta, que no acepta trabajar para los británicos por cualquier cantidad de dinero; esos brahmanes que se niegan a llevar un paquete de una casa a la otra, viendo en ese acto una humillación personal son, precisamente, entre los baddagues, los partidarios más celosos de los toddes. No sólo trabajan para los toddes sin ninguna retribución, sino que no se detienen ante el más vil trabajo, según ellos, si debe ser ejecutado porque lo desean los toddes o, más exactamente, porque lo ordenan los señores libremente elegidos. Los brahmanes están prontos para servir

a los toddes de albañiles, criados, carpinteros, hasta de *parias*. Aun cuando esos altivos hindúes siguen mostrando su orgullo a los demás pueblos, incluso a los ingleses, aun cuando lleven el triple cordón santo de los brahmanes, aun cuando sean los únicos que tengan el derecho de officiar en las ceremonias de la siembra y la cosecha (aunque muchas veces se someten con espanto a los kurumbes), todos quedan anonadados a la llegada de los toddes...

Sin embargo, también los baddagues brahmanes poseen «esa fuerza» maravillosa en sus manifestaciones mágicas.

Así todos los años en las fiestas de «la última cosecha del año», deben dar pruebas irrefutables de que son los descendientes directos de los *brahmanes iniciados, dos veces nacidos*. Debido a ello andan lentamente, a lo ancho y lo largo, descalzos y sin sufrir el menor mal sobre carbones encendidos o hierro calentado al rojo. Ese ardiente surco se extiende a todo lo largo de la fachada del templo, sea de nueve a once metros, y los brahmanes se mantienen allí inmóviles o caminan como sobre un tablón. Cada baddague-vodei, por el mismo honor de su casta, debe atravesar todo el surco por lo menos siete veces...

Los ingleses afirman que los brahmanes conocen el secreto de un jugo vegetal que hace la piel de las manos o los pies invulnerables al fuego, basta frotarlos con el jugo. Pero el misionero Metz afirma que ello no es sino taumaturgia.

«Qué razón puede haber obligado a la altiva casta de los brahmanes a humillarse hasta la adoración de una tribu inferior por su nivel de cultura y sus facultades intelectuales, es para mí un enigma indescifrable, escribe el capitán Garkness (*The hill tribes of Nilquerry*). Ciertamente, los baddagues son, por su naturaleza, tímidos; además se volvieron salvajes después de siglos pasados en la soledad de las montañas; empero, es posible penetrar en el misterio comprobando que son seres supersticiosos como todos los montañeses de la India. Sin embargo, semejante manifestación del individuo es muy extraña para un psicólogo.»

Es incontestable. No obstante, la razón primitiva de dicha veneración es aún más «curiosa», aunque los ingleses –aún menos los escépticos– no puedan conocerla. Ante todo, los toddes no son inferiores a los baddagues ni por la inteligencia ni por el nacimiento; muy al contrario, en esto son infinitamente superiores. Además este verdadero origen de la adoración de los toddes por los baddagues debe buscarse no en el presente, sino en una época antigua muy lejana, en

aquella época de la historia de los brahmanes que no sólo nuestros sabios modernos se niegan a estudiar seriamente, sino en la cual no quieren creer. Si bien esta obra es difícil, no es imposible. Los fragmentos diseminados de las leyendas y de los documentos baddagues, los relatos de sus brahmanes caídos desde la invasión musulmana pero que poseen, no obstante, fulgores provenientes del conocimiento de los misterios de los que gozaban sus antepasados –brahmanes de la época de los *richis* y de los adeptos taumaturgos de la «magia blanca»– la historia que nos queda nos permite reconstruir una obra lógica, por entero sólida. Basta poner manos a la obra con método; ganarse la confianza de los baddagues y no ser *inglés* o «bara-saab» a quienes éstos temen aún más que a los kurumbes. Pues pueden apaciguar gracias a sus dones a los mulu–kurumbes cuyos malos encantamientos y el *ojo* dejan de actuar; mientras consideran a los ingleses como enemigos mortales.

Así los badagues, como los otros brahmanes de la India, consideran un deber sagrado dejar a los ingleses el mayor tiempo posible en la ignorancia de los hechos que conciernen a su historia pasada y presente, sustituyendo la realidad por la ficción.

Únicamente los baddagues nilguirianos conservaron la memoria de ese pasado, débil recuerdo, es cierto. Los toddes se callan sobre este particular, y nunca pronunciaron una sílaba a este respecto. Quizá se deba a que todos ignoran dicha «antigüedad», salvo algunos ancianos «sacerdotes». Los baddagues afirman que antes de morir cada teralli debe transmitir la tradición que conoce a uno de los jóvenes candidatos a su cargo.

En cuanto a los kurumbes, aun cuando recuerden el siglo de su servidumbre, ignoran todo de los toddes. Los errulares y los chotes se asemejan más a animales que a hombres medio salvajes.

De este hecho resulta que los baddagues son los únicos de las cinco tribus nilguirianas que recuerdan su pasado y pueden probarlo. Nos cabe llegar a la conclusión de que el conocimiento que tienen del pasado de los toddes no se funda en la ficción. Sus afirmaciones todas conciernen a su propia historia, su llegada del norte, su descendencia de los colonos canareznos que vinieron hace mil años de Karnatik, comarca hoy conocida con el nombre de Maisur del Sur y que constituyó en la más remota antigüedad (histórica) una parte del reino de Konkan, se halló que eran todas exactas. ¿Por qué

no habrían conservado también migajas de la historia del lejano pasado de los toddes?

El origen de las extrañas relaciones entre las tres razas, tan diferentes, sigue siendo por completo indeterminable (oficialmente) hasta este día. Los ingleses aseguran que sus relaciones se establecieron después de una prolongada cohabitación en las solitarias montañas. Aislados del resto de la humanidad, los toddes, los baddagues y los kurumbes se habrían creado, gradualmente, un universo muy particular hecho con ideas supersticiosas. Pero las tribus mismas dicen algo muy diferente. Y lo que refieren acerca de algo que se constituyó en la más lejana antigüedad y sin relación alguna con las leyendas y las hagiografías antiguas de los hindúes sigue siendo muy significativo.

Las tradiciones de esas tres tribus cuyos destinos se entrelazaron con el correr de las edades son tanto más interesantes cuanto que al escucharlas y comprenderlas nos parece leer una página arrancada del poema «mítico» de la India, el *Râmâyana*.

Cuando pienso en el *Râmâyana*, confieso no haber comprendido nunca el motivo que indujo a los historiadores a situar en planos tan distintos esta obra y los poemas de

Homero. Pues, según mi parecer, su carácter es casi idéntico. Ciertamente, nos dirán que todo lo sobrenatural es igualmente desechado de la *Iliada*, la *Odisea* y el *Râmâyana*.⁴⁵ Empero, ¿por qué nuestros sabios que aceptan casi sin vacilación alguna como personajes *históricos* a Aquiles, Héctor, Ulises, Elena y Paris, relegan a la categoría de «mitos» vacíos las figuras de Rama, Lakchmana, Sita, Ravana, Khanumana y hasta del rey Aude? o esos seres son simples héroes— o se tiene el deber de devolverles el «rango» que les pertenece. Schliemann encontró en la Troiáde pruebas sensibles de la existencia de Troya y de sus personajes actuantes. La antigua Lanka (Ceilán) y otros lugares mencionados en el *Râmâyana* podrían ser igualmente hallados, si se empeñaran en buscarlos. Y, sobre todo, no habría que rechazar con tanto desprecio y en su conjunto los relatos y las leyendas de los brahmanes y pandits...

Aquel que leyese, aunque fuese una sola vez, el *Râmâyana*, podría convencerse, rechazando las inevitables alegorías y símbolos en un poema épico de carácter religioso, que cabe la posibilidad de hallar en él un fondo histórico, evidente, irrefutable.

El elemento sobrenatural en un relato no excluye la materia histórica. Así ocurre en el *Râmâyana*. La presencia en ese poema de gigantes y demonios, de monos parlanchines y de

animales emplumados de sabio discurso, no nos da derecho a negar la existencia, en la más remota antigüedad, ni de sus más destacados héroes, ni siquiera de los «monos» del ejército innumerable. Cómo saber hasta una inmutable certidumbre lo que los autores del *Râmâyana* tenían precisamente en vista bajo las denominaciones alegóricas de «Monos»⁴⁶ y «gigantes». El capítulo VI del *Libro del Génesis* se refiere también a los hijos de Dios, que habiendo visto a las hijas de la Tierra y habiéndolas amado, se casaron con ellas. De esa unión nació en la Tierra la raza de los «gigantes». El orgullo de Nemrod, la torre de Babel y la «mezcla de las lenguas» se identifican. con el orgullo y con las acciones de Râvana, con la «confusión de los pueblos» en la época de las guerras en el *Mahâbhârata*, con la revuelta de los *Daathas* (gigantes) contra Brahma. Pero el principal problema reside en la real existencia de los «gigantes».

Los eventos relatados en algunos versículos del Génesis, detallados en el *Libro de Enoc*, se extienden a propósito de los gigantes en todo el poema épico del *Râmâyana*. Bajo otros nombres y con detalles ahondados, encontramos en él a todos los ángeles caídos mencionados en las visiones de Enoc. Los naghis, las apsaras, los gandarvis y los rakchasis instruyen a los mortales de todo cuanto los ángeles caídos de Enoc enseñan a las hijas de los hombres. Samiaza, el jefe de los hijos

del cielo, que, llamando a sus doscientos guerreros para que prestaran juramento de alianza sobre Ardis (la cumbre de la montaña Armon), enseña después a la especie humana los secretos del pecado de hechicería, tiene su réplica en el rey de los naghis o de los *dioses-serpientes*. Azaziel que muestra a los hombres el arte de forjar armas, y Amazaraka, *curandero brujo* por las misteriosas fuerzas de distintas hierbas y raíces, actúan como actuaron las apsaras y azuris en el río Richhaba y los gandarvas «Khacha y Khachu» en la cumbre del Gandhamadana. ¿Dónde están las tradiciones de una raza en la que no volvemos a encontrar a los dioses, instructores de los hombres, que les conceden los frutos del conocimiento del bien y del mal, los demonios, los gigantes?

Es deber de todo historiador concienzudo penetrar hasta las raíces mismas del relato profundamente filosófico que es el *Râmâyana* de Valmiki. Sin detenerse en la forma que puede repeler el realismo occidental, el historiador debe ahondar, seguir ahondando...

En el *Libro de Enoc* se habla de gigantes cuya talla es de 300 codos: «comieron todo cuanto es comible en la tierra, luego se echaron a comer a los mismos hombres». El *Râmâyana* se refiere a los «Rakchis», que son los mismos gigantes acerca de los cuales nos instruye la historia de los pueblos griegos y

escandinavos y que volvemos a encontrar igualmente en las leyendas de la América del Norte y del Sur. Los titanes «hijos de Bur» son los gigantes del *Popol-Vuh*,⁴⁷ de Ixtlixochitlia, las razas primitivas de la humanidad.

El problema estriba en la solución de la siguiente cuestión: semejantes gigantes ¿acaso pudieron vivir realmente en nuestra tierra? Pensamos que sí; y nuestro parecer es compartido por muchos sabios. Los antropólogos no pudieron descifrar aún la primera letra del alfabeto que da la clave del misterio del origen del hombre en la tierra. Por una parte, encontramos enormes esqueletos, gigantescas corazas y cascos que cubrieron la cabeza de verdaderos gigantes. Y por otra parte vemos a la especie humana disminuir de talla y *degenerar* de época en época.

Los todde dicen, y por lo general hablan poco y a disgusto, señalando los *cairns* de la «Colina de los Sepulcros»: «No sabemos qué son esas tumbas; las hemos encontrado aquí. Pero cada una de ellas hubiera podido contener fácilmente media docena de seres como nosotros. Nuestros padres tenían una talla doble de la nuestra.» Dichas palabras nos dan a pensar que la leyenda que nos refieren no es una ficción; los todde no hubieran podido inventarla, porque no conocen ni los brahmanes ni su religión, e ignoran los *vedas* y los otros

libros sagrados de la India. Y si bien lo callan ante los europeos, lo refirieron a los baddagues, es decir a los padres de los actuales baddagues, absolutamente en la misma forma en que nos la comunicó el baddague anacoreta.

Al parecer fue tomada del *Râmâyana*. Además, los toddees no son los únicos que la guardaron en su recuerdo. Esta tradición sigue siendo la herencia común de los toddees, los baddagues y los kurumbes.

Para esclarecer el relato, doy, con la narración tradicional del «anciano nilguiriano», extracto del *Râmâyana* y los verdaderos nombres que los toddees deforman un tanto, si bien siguen siendo reconocibles. Se trasparenta netamente una verdad en esta tradición: se trata de Ravana, rey de Lanka, monarca de los *rakchis*, pueblo de los héroes atletas, malvados y pecadores; de su hermana Râvana Bibchekhan y de sus cuatro ministros de quienes el rey habla en estos términos, en el *Râmâyana*, al presentarse a Rama «Dasarátide», hija del rey Auda y avatar del Dios Vichnu.

—«Soy el hermano menor de Râvana *de diez cabezas*. Fui ofendido por él porque le di un buen consejo: el de devolverte a Sita, tu mujer, de ojos de loto. Con mis cuatro compañeros, hombres cuya fuerza no tiene igual y que se llaman Anala,

Khara, Sampati y Prakchacha, dejé Lanka, mis bienes, mis amigos, y vine hacia ti cuya magnanimidad no rechaza a criatura alguna. Deseo no deber sino a ti todo cuanto me pueda suceder. Me ofrezco como aliado, oh héroe de gran sabiduría, y llevaré tus valientes ejércitos a la conquista de Lanka para que perezcan los malvados rakchis...»

Comparemos ahora esta cita con el relato tradicional de los toddes.

He aquí lo que dicen:

«Era en la época en que el rey de Oriente, *sin hombres malos* (indudablemente los ejércitos de Songriva y de Khanumon) se aprestaban para matar a Râvana, el demonio poderoso pero malvado, rey de Lanka. El pueblo de Râvana se componía por entero de demonios (rakchis), de gigantes y de poderosos taumaturgos. Los toddes, entonces en su vigesimotercera generación⁴⁸, estaban en la isla de Lanka. La isla de Lanka es una tierra rodeada de agua por todos lados. El rey Râvana era un corazón de *kurumbe* (es decir un malvado hechicero) ; había convertido a la mayor parte de sus súbditos en demonios *malvados*. Râvana tenía dos hermanos, Kumba, gigante entre los gigantes que, después de haber dormido durante

centenares de años, fue muerto por el rey de Oriente; y Vibia, de buen corazón, amado por todos los rakchis.»

¿Acaso no es evidente que «Kumba» y «Vibia» de la tradición todde no son otros que Kumbhakarna y Vibkhechana del *Râmâyana*? Kumbhakarna, maldecido por Brahma y que de resultas de esta maldición quedó dormido hasta la caída de Lanka, cuando Rama le dio muerte, luego de terrible duelo, con una flecha mágica de Brahma, «invencible dardo que atemoriza a los dioses» y que el mismo Indra consideraba como *el cetro de la muerte*⁴⁹.

–Vibia –dicen los todde–, es un buen rakchi, que se vio obligado a condenar a Râvana después de su crimen contra el Oriente (Rama)⁵⁰ a cuya mujer raptó. Vibia atraviesa el mar con sus cuatro fieles servidores y ayudó a Rama a recuperar su reina. Por esa razón el rey de Oriente nombró a Vibia rey de Lanka.

Es palabra por palabra la historia de Vibchekhana, aliado de Rama, y de sus cuatro ministros, los rakchis.

Los todde revelan luego que dichos ministros eran cuatro *terallis*, anacoretas y *bienbechores* demonios. No aceptaron luchar contra sus hermanos demonios, por más crueles que fuesen. Así, después del fin de la guerra, en cuyo curso no

dejaron de rogar a los dioses por la victoria de Vibia, solicitaron que los relevaran de su cargo. Acompañados por otros siete anacoretas y cien hombres rakchis laicos con sus mujeres y niños, partieron para siempre de Lanka. Queriendo recompensarles, el rey de Oriente (Rama) creó, en una tierra estéril, las «Montañas Azules» y se las concedió a los rakchis y a sus descendientes para que gozaran de ellas eternamente. Entonces los siete anacoretas, deseando pasar la vida alimentando a los *todduvares* y hacer inofensivos los encantamientos de los malos demonios, se metamorfosearon en búfalos. Los cuatro ministros de Vibia conservaron su forma de hombres y viven invisibles para todos salvo los *terallis iniciados*, en los bosques del Nilguiri y en los santuarios secretos del «tiriri». Habiendo ocupado el Nilguiri, los búfalos taumaturgos, los anacoretas demonios y los jefes de los *todduvares* laicos elaboraron leyes, determinaron el número de los *toddes* y de los futuros búfalos, *sagrados* y *profanos*. Luego, enviaron a Lanka a uno de sus hermanos con el fin de invitar al Nilguiri a otros buenos demonios con sus familias. Encontró allí al señor de todos ellos, el rey Vibia, sobre el trono de Râvana a quien habían muerto.

Tal es la leyenda de los *toddes*. Que el «Rey de Oriente» sea Rama, aunque los *toddes* no lo nombran –caben ciertas dudas

sobre este particular—. Rama, es sabido, posee centenares de nombres. En el *Râmâyana* se lo llama indiferentemente «Rey de los cuatro mares», «Rey de Oriente», «Rey del Oeste, del Sur y del Norte», «Hijo de Ragon», «Dasarátida», «Tigre de los reyes», etcétera. Para los habitantes de Lanka o Ceilán es evidentemente «Rey del Norte». Pero si los toddees, como lo creemos, han venido del oeste, la denominación «Rey de Oriente» o de la India, se vuelve comprensible.

Volvamos a la leyenda y veamos lo que nos puede decir acerca de los mulu-kurumbes. Qué relación tenían los enanos brujos con los toddees en la antigüedad, y qué destino los trajo a las «Montañas Azules» bajo las severas órdenes de los toddees, lo sabemos gracias a la continuación del relato que se refiere al envío a Lanka del «hermano demonio».

Cuando llegó a su patria, invadida, vencida, halló que todo había cambiado desde su partida de la isla con sus otros hermanos. El nuevo rey de Lanka, amigo fiel y aliado del rey Rama «de ojos de loto» intentaba entonces destruir en la isla con todo su poder la malvada hechicería de los rakchis, sustituyéndola con la bienhechora ciencia de los magos anacoretas. Pero el don de *Bramavidia* «sólo se adquiere gracias a *cualidades personales, a la pureza de las costumbres, al amor por todo cuanto viva*, tanto los hombres como las criaturas mudas, y

también por las relaciones con magos bienhechores invisibles que, luego de haber abandonado la tierra, moran en la comarca debajo de las nubes, allá donde se acuesta el sol»⁵¹. Vibia logró suavizar el corazón de los ancianos rikchis y éstos se arrepintieron. Mas un nuevo mal surgió en Lanka. La mayor parte de los guerreros del ejército oriental, los guerreros monos, los guerreros osos y los guerreros tigres, en su alegría de haber conquistado a la Reina de los Mares y vencido a sus habitantes demonios, se embriagaron a tal punto que no pudieron recobrar la lucidez antes que pasaran muchos años. En ese estado oscuro, se desposaron con rakchis, con demonios del sexo femenino. De esta mal avenida unión nacieron enanos, las más tontas y más malvadas criaturas del mundo. Fueron los antepasados de los actuales mulukurumbes nilguirianos. Concentraron en ellos todos los dones del tenebroso conocimiento de la hechicería que sus madres mezclaron con la astucia, la crueldad y la estupidez de sus padres, los monos, los tigres y los osos. El rey Vibia resolvió matar a todos los enanos y ya se aprontaba para ejecutar su intención, cuando el taumaturgo principal abandonó por un tiempo su forma de búfalo y pidió su perdón al rey, prometiéndole llevarlos con él a las «Montañas Azules». Salvó la vida de los enanos bajo las siguientes condiciones: ellos y sus

descendientes estarían eternamente al servicio de los toddes, reconociéndolos como amos y jefes con derecho de vida y muerte sobre ellos.

Así el taumaturgo libró a Lanka de un terrible mal, y acompañado por un centenar de rakchis pertenecientes a una *tribu extranjera*, regresó a las «Montañas Azules». Dejando que Vibia destruyese a los enanos demonios más crueles e incorregibles, eligió a trescientas criaturas entre los menos malos de esa nueva tribu y los trajo al Nilguiri.

Desde ese entonces, los kurumbes que eligieron domicilio en las junglas más infranqueables de las montañas, se multiplicaron hasta convertirse en la importante tribu conocida hoy con el nombre de mulu-kurumbes. Mientras fueron con los toddes y los búfalos los únicos habitantes de las «Montañas Azules», su mala índole y su don innato de hechicería no podían dañar a nadie, salvo a los animales que hechizaban para comerlos luego. Pero llegaron los baddagues, hace quince generaciones, y se iniciaron las hostilidades entre ellos y los enanos. Los antepasados de los baddagues, es decir las antiguas poblaciones de Malabar y de Karnatik se pusieron, también ellos, después de la guerra, al servicio de los «buenos» gigantes de Lanka. Asimismo, cuando las colonias de los hombres del Norte, luego de haber querellado con los

brahmanes de la India, aparecieron en las «Montañas Azules» los toddes, como les fue ordenado por el honor y los búfalos, tomaron a los baddagues bajo su protección; los baddagues fueron los servidores de los señores del Nilguiri, así como sus antepasados habían servido a los antecesores de los toddes.

Tal es la leyenda de los aborígenes de las «Montañas Azules». La hemos reunido por trozos, cabe decir, y con las mayores dificultades. ¿Quién, entre los lectores del *Râmâyana* no reconoce, pues, en esta leyenda los eventos referidos en dicho poema? ¿Cómo los baddagues –y menos los toddes– hubieran podido inventarla? Sus brahmanes no son sino la sombra de los antiguos brahmanes y no tienen nada en común con los representantes de esta casta en los valles. Al no conocer el sánscrito, no han leído el *Râmâyana*, y algunos ni siquiera lo oyeron mencionar.

Tal vez nos digan que el *Mahâbbhârata*, como el *Râmâyana*, aun basados en los vagos recuerdos de sucesos vividos hace mucho tiempo, poseen un principio fantástico que supera en mucho al elemento histórico. Por eso es imposible admitir como verosímil el menor hecho descrito en dichas epopeyas. Aquellos que hablan así son las mismas personas que se atreven a sostener esto: antes de Pannini, el más grande gramático del mundo, la India no era capaz de concebir la cosa

escrita; el mismo Pannini no sabía escribir y no había oído hablar de las escrituras; ¡y el *Râmâyana*, el *Bhagavad-Gîtâ* fueron verosímilmente escritos después de Cristo!

¿Nunca ha de llegar el alba del día en que los arios hindúes –este pueblo caído políticamente tan bajo, pero aún muy grande por su pasado y sus notables virtudes– y la literatura santa de los brahmanes ocupen el lugar que merecen en la Historia? ¿Cuándo la iniquidad y la parcialidad que se fundan en el orgullo de raza dejarán pues lugar a la cabal rectitud para que los orientalistas dejen de presentar a sus lectores a los antepasados de los brahmanes como ignorantes supersticiosos y a los mismos brahmanes como embusteros y presuntuosos? ¿Cabe creer todavía que esta literatura, única en el mundo por su grandeza, que abarca todos los conocimientos y las ciencias conocidas y desconocidas, desde hace mucho tiempo olvidados (todos aquellos que estudiaron imparcialmente su filosofía lo dicen) se basa sólo sobre la imaginación creadora y los vacíos sueños metafísicos?

Que los orientalistas afirmen lo que quieran. Nosotros, que hemos estudiado dicha literatura con los brahmanes, no nos detenemos en la letra muerta. Sabemos que el *Râmâyana* no es un cuento de hadas como se cree en Europa; posee un sentido doble, religioso y puramente histórico, y sólo los brahmanes

iniciados son capaces de interpretar las complejas alegorías de ese poema. Aquel que lee los libros santos de Oriente con la clave de sus símbolos secretos, reconoce que:

1) La cosmogonía de todas las grandes religiones antiguas es la misma. Éstas no se distinguen sino por su forma exterior. Todas esas enseñanzas contradictorias, al parecer, proceden de la misma fuente: la Verdad universal que siempre se manifestó bajo el aspecto de una Revelación a todas las razas primitivas. Después, y a medida que la humanidad desarrollaba sus facultades intelectuales en detrimento de la capacidad espiritual, los conocimientos de los primeros tiempos se transformaban y evolucionaban en diferentes sentidos. Todos esos eventos tenían lugar bajo la influencia de condiciones climáticas, etnológicas y otras. He aquí un árbol cuyas ramas crecen azotadas por un viento que cambia sin cesar: toman las formas más irregulares, torcidas, feas – empero todas pertenecen al mismo, tronco originario—. El mismo hecho se produce para las diversas religiones; todas nacieron del mismo germen: la *Verdad*, porque la Verdad es única.

2) La historia de todas las religiones que no se fundamentan sino en los hechos geológicos, antropológicos y etnográficos de esos lejanos períodos prehistóricos. Son transmitidas también

y bastante fielmente en su forma alegórica. Todas las «leyendas» puramente históricas fueron vividas como sucesos en su época. Mas develarlos sin ayuda de la clave a la cual me refiero y que sólo se puede encontrar en el *Hupta-Vidya* o «ciencia secreta» de los antiguos arios, caldeos y egipcios, es una cosa absolutamente imposible. A despecho de esa dificultad, son muchos los que están convencidos que ha de llegar el día, más o menos próximo, en que todos los relatos legendarios del *Mahâbhârata* llegarán a ser, gracias a los progresos de la ciencia, una realidad *histórica* a los ojos de todos los pueblos. La máscara de la alegoría caerá y aparecerán hombres vivientes; y los eventos del pasado explicarán todos los enigmas y allanarán todas las dificultades de la ciencia moderna.

Nuestros sabios reniegan del antiguo método de Platón que va de lo general a lo particular; dicen que es anticientífico, olvidando que es el único método posible en la única ciencia positiva e *infalible*, las matemáticas. Ahora bien, el método inductivo de esos sabios es insuficiente en biología y psicología. Esos hombres de ciencia no prestarán atención por cierto a nuestras investigaciones acerca de la historia de los brahmanes en general y de la etnología en particular. Tanto peor... para ellos. «Abstente, en la duda», la regla de oro de la

sabiduría universal no fue escrita para ellos. No se abstienen sino del conocimiento que puede contradecir sus preconcepciones personales. ¿A dónde podrán llegar los orientalistas y los sanscritistas mientras sigan rechazando las interpretaciones de los antiguos libros brahmánicos que los mismos brahmanes escribieron? A errores tan evidentes y groseros como los de que son culpables los sabios etnólogos respecto de los todtes, y ello debido a que los etnógrafos olvidan muy oportunamente que la historia «universal» sobre la cual se apoyan para estudiar esa tribu original, se funda casi por entero en hipótesis indemostradas, y además se halla compuesta sólo por los mismos etnógrafos, es decir por sabios occidentales. Y nadie puede ignorar que todos los historiadores y etnólogos, hace sólo cincuenta años, no sabían nada acerca de los brahmanes y de su inmensa literatura. Una de las grandes autoridades europeas en materia histórica no afirmó recientemente que los hechos tal como estaban descritos en los libros de los brahmanes constituían sólo «invenciones de un pueblo supersticioso y groseramente ignorante». (*Historia de la literatura sánscrita*, por Weber.)

Los acontecimientos relatados por los orientalistas no concuerdan casi nunca con los *hechos* de los brahmanes: «La Historia universal» no tiene lugar alguno en toda la «historia».

Oriente u Occidente deben ceder. ¿Y cómo los sabios pandits no se verían constreñidos a estudiar su propia historia con ayuda de las lentes de múltiples colores de los sanscritistas anglosajones? Así, gracias a los sabios de Europa, la época en que se escribió el *Mahâbbârata* se llevó casi al siglo de la invasión musulmana, ¡mientras tanto el *Râmâyana* y el *Bhagavad-Gîtâ* llegan a ser contemporáneos de la *Leyenda Dorada* católica!

¡Que los europeos afirmen lo que quieran! Nuestra convicción sigue siendo la misma: de nuestras tres razas nilguirianas, dos descienden indiscutiblemente de las razas primitivas prehistóricas de quienes nuestra *Historia Universal* no oyó hablar ni siquiera en sueños.

⁴³ El hecho de que Crookes pertenezca a la Sociedad Teosófica daña aún más su reputación. Malhaya, empero, la Royal Society. Sus miembros empiezan, uno tras otro, a seguir el ejemplo del gran químico y a adherir a los grupos psíquicos o teosóficos. Lord Carnavon, Balkaren, los profesores Wallis, Sidjouik, Banet, Oliver Lodge, Balfour Stuart y otros, son todos «psíquicos», o «teósofos», muchas veces una y otra cosa. Si la Royal Society de Inglaterra prosigue expulsando a sus miembros al mismo ritmo, pronto no le quedará como miembro sino el portero.

⁴⁴ Recuerdo que, para todos los detalles acerca de Rama, Lanka, etc., detalles que permiten comprender ciertas páginas de este libro, remito al lector a «La Mission des Juifs», de Saint-Yves d'Alveydre (nota del traductor del texto francés).

⁴⁵ Véase «La Mission des Juifs» de Sait-Yves d'Alveydre, para el sentido de la *Odisea* y del *Râmâyana* (nota del traductor del texto francés).

⁴⁶ En muchas páginas del *Purâna*, los relatos se refieren a esos mismos reyes, con los mismos nombres de los reinos (términos idénticos) a los empleados en el *Râmâyana*. Pero en los relatos la palabra «mono» es reemplazada por la de *hombre*.

⁴⁷ *Libro del Consejo*, Biblia de México, libro santo de los «quiches» indios de Guatemala (nota del traductor del texto francés.)

⁴⁸ Sea hace «199 ó 200 generaciones» lo que representa al menos 7.000 años. Aristóteles y otros sabios griegos, al referirse a la guerra de Troya, afirman que tuvo lugar 5.000 años antes de su siglo. Luego pasaron dos mil años, sea 7.000 años en todo. La historia, naturalmente, rechaza esta cronología. Pero ¿qué prueba esta negación? La Historia universal anterior a Cristo ¿acaso no se basa sólo en hipótesis y verosimilitudes, en suposiciones erigidas en axiomas?

⁴⁹ El relato de la lucha se encuentra en «La Mission des Juifs» (nota del traductor del texto francés).

⁵⁰ Los brahmanes baddagues lo llaman así. Dicen que «el rey de Oriente» es Rama.

⁵¹ Los todde señalan el oeste al hablar de la comarca adonde van sus muertos. Metz llama al occidente «el paraíso fantástico de los todde». Ciertos turistas del Nilguiri concluyeron a causa de ello que los todde, como los parsis, adoran al sol.

CAPÍTULO V

En la medida en que pudimos conocerlo, los todde no tienen concepción alguna de la divinidad y hasta niegan las *devas* que adoran los baddagues, sus vecinos. Por esta razón nada existe en dicha tribu que recuerde la religión; y por ello es muy difícil hablar de su religión. El ejemplo de los budistas que rechazan también la idea de Dios, no puede aplicarse a los todde: pues los budistas poseen una filosofía bastante compleja, mientras si los todde, tienen una, nadie la conoce.

¿Cuál es entonces el origen de su elevada concepción de la ética, rara y casi desconocida por otros pueblos más civilizados, su práctica severa y cotidiana de las virtudes abstractas, como el amor a la verdad, a lo justo, el respeto al derecho de propiedad y el respeto absoluto a la palabra dada? Es preciso admitir seriamente la hipótesis de un misionero que dijo que los todde representan una supervivencia antediluviana de la familia de Enoc.

Según lo que hemos podido averiguar, los todde tienen las más extrañas ideas acerca de la vida de ultratumba. A la siguiente pregunta: ¿en qué se transforma el todde cuando su cuerpo se convierte en cenizas en la pira?, uno de los *terallis* contestó:

–Su cuerpo se convertirá en pasto en las montañas y alimentará a los búfalos. *Pero el amor por los niños y los hermanos se transformará en fuego, subirá al sol y allí arderá eternamente con una llama que dará calor a los búfalos y a los otros toddes.*

Invitado a explicarse con más claridad, el teralli agregó:

–El fuego del sol –y señaló este astro–, está compuesto de los fuegos del amor.

–¿Entonces sólo el amor de los toddes arde allí? –observó su interlocutor.

–Sí –respondió el teralli–. Sólo el amor de los toddes... *porque cada hombre bueno, blanco o negro, es un todde.* Los hombres malvados no aman; por eso, no pueden subir al sol.

Una vez por año, en la primavera, durante tres días, los clanes de los toddes realizan, uno tras otro, una serie de peregrinajes y trepan al pico de Toddabet donde hoy se encuentran las ruinas del templo de la Verdad. Cumplen en ese santuario una especie de penitencia pública y de confesión mutua. Los toddes celebran consejo y se confiesan voluntariamente sus pecados voluntarios e involuntarios. Se cuenta que durante los primeros años de la llegada de los ingleses, se hacían allí sacrificios: *por haber fingido la verdad* (el término directo de mentira es desconocido entre los toddes),

quien había pecado daba un pequeño búfalo; por haber experimentado un sentimiento de ira hacia un hermano, el todde sacrificaba un búfalo entero que muchas veces estaba húmedo de sangre de la mano izquierda del todde arrepentido.⁵²

Todas esas ceremonias particulares, esos ritos pertenecientes a una filosofía mantenida manifiestamente secreta, incitan a los seres versados en la antigua magia caldea, egipcia y hasta medieval a pensar que los todde están instruidos si no del sistema entero, al menos de una parte de las ciencias veladas u *ocultismo*. Sólo, la práctica de ese sistema que se divide desde las más remotas épocas en magia *blanca* y *negra* puede contribuir a proveer una explicación lógica de ese sentimiento tan meritorio de respeto a la verdad y de la elevada moralidad vividos por una tribu medio salvaje, primitiva, sin religión y que no se parece en nada a ninguno de los pueblos que viven en la tierra. Según nosotros –y es nuestra inquebrantable convicción– los todde son los discípulos, semi inconscientes quizá, de la antigua ciencia de la Magia *blanca*, mientras que los mulukurumbes son los odiosos hijos de la magia *negra* o de la Hechicería. ¿Cómo pudo forjarse esta convicción en nosotros? Hela aquí:

No cuesta nada invocar el testimonio de seres conocidos en la historia y en la literatura desde Pitágoras y Platón hasta Paracelso y Eliphas Lévi que, al consagrarse exclusivamente al estudio de esta antigua ciencia enseñan que la *magia blanca o divina no puede ser accesible a quienes se entregan al pecado o experimentan simplemente inclinación por él, sea cual fuere la forma en que se manifieste ese pecado*. La rectitud, la pureza de costumbres, la ausencia de egoísmo, el amor al prójimo, tales son las primeras virtudes necesarias al *mago*. Sólo los hombres cuya alma es pura «ven a Dios», proclama el axioma de los Rosacruces. Además, la magia nunca fue un acto *sobrenatural*.

Los *totdes* dominan por entero esta ciencia mágica. Llevan a enfermos a sus *terallis* –los curan. A menudo, ni siquiera ocultan su manera de devolver la salud. Acuestan al enfermo con la espalda vuelta hacia *el sol*: permanece así varias horas, en cuyo curso el *teralli* curandero efectúa pases, traza figuras incomprensibles con su caña sobre distintas partes del cuerpo, sobre todo en el lugar enfermo y sopla encima. Luego el *teralli* toma una taza de leche, pronuncia palabras conjuratorias; en una palabra practica las mismas ceremonias que emplean nuestros curanderos y curanderas. Finalmente sopla sobre la leche, luego se la hace beber al enfermo. No conozco ejemplo de un *totde* que, habiendo aceptado cuidar a alguien, no lo

haya curado. Pero sólo acepta raras veces. Nunca se ocupará de un borracho o un libertino. «Cuidamos por el *amor* que mana del sol» dicen los toddes, «y el amor no actúa sobre un hombre *malo*».

Con el fin de reconocer a los malos entre los enfermos que les traen, extienden a este último ante el búfalo jefe: si es menester cuidar al enfermo, el búfalo lo examina, lo olfatea, sino el animal se enfurece y se llevan al enfermo...

Nos falta decir esto: los magos, como sus alumnos teurgos, prohíben severamente la invocación de las almas de los muertos: «No la turbes y no la invoques (el alma), con el fin de que al irse no se lleve algo de terrestre» dice Psellius en sus *Oráculos caldeos*. Los toddes creen en *algo* que sobrevive al cuerpo: en efecto, según la confesión de los baddagues, prohíben a éstos tener comercio con los *bkkbutis* (fantasmas) y les ordenan evitarlos así como a los kurumbes a quienes consideran grandes nigrománticos.

El profesor Molitor señala justamente (en su *Philosophy of History and traditions*) que sólo «el estudio concienzudo de las tradiciones de todos los pueblos y tribus puede permitir a la ciencia moderna apreciar en su justo valor las ciencias antiguas... La magia formaba parte de esos conocimientos y

misterios. El profeta Daniel había realizado un profundo estudio de esa ciencia; era doble: la magia *divina* y la magia *malhechora* o hechicería. Gracias a la primera el hombre se esfuerza por ponerse en contacto con el mundo espiritual e invisible; con el estudio de la segunda forma de magia, intenta adquirir el dominio sobre los seres vivientes y los muertos. El adepto de la magia *blanca* aspira a realizar actos buenos y creadores del bien; el adepto de la ciencia *negra* no desea sino realizaciones diabólicas, acciones bestiales...»

Aquí el honorable obispo traza el paralelo entre los toddes y los kurumbes. Como entre los ocultistas de todos los siglos y los médiums de hoy que se convierten en hechiceros y nigrománticos inconscientes cuando no son mistificadores y charlatanes.

Si, para complacer a los materialistas, rechazamos la *hipótesis* de las magias blanca y negra, ¿cómo explicar esa multitud de manifestaciones inasibles en su abstracción, aun cuando extraordinariamente precisas e irrefutables de hecho, forjadas por las relaciones cotidianas entre los toddes y los mulu-kurumbes? Así preguntaremos ¿por qué los toddes curan de día, a la luz del sol, y por qué los kurumbes operan sus maleficios sólo al claro de luna, de noche? ¿Por qué unos devuelven la salud, por qué los otros difunden las

enfermedades y matan? ¿Por qué, en fin, los kurumbes temen a los todde? Si se encuentra con uno de esos seres incapaces de dañar un perro que lo hubiese mordido (si algún animal *podiera* morder un todde), el repugnante enano se desploma presa de un ataque de mal caduco. No soy la única que lo ha observado; muchos escépticos que no creían ni en la magia blanca ni en la negra lo han visto. Gran número de escritores se refirieron a este hecho. He aquí lo que dice acerca de este tema el misionero Metz:

—Cierta hostilidad reina entre los todde y los kurumbes que obliga a éstos a obedecer, a pesar de ellos, a los todde. Al encontrarse con los todde, el enano cae al suelo presa de una crisis que se asemeja a la epilepsia. Se retuerce en el suelo como una lombriz, tiembla de espanto y manifiesta todos los síntomas de un terror más bien moral que físico... Sea cual fuere lo que estaba haciendo al aproximarse el todde —y el kurumbe rara vez está ocupado en algo bueno— basta, no que el todde lo toque, sino que simplemente lo señale con su caña de bambú para obligar al mulu-kurumbe⁵⁵ a huir a todo correr. Pero casi siempre tropieza y cae a veces como si estuviese muerto, permaneciendo hasta la desaparición del todde en un estado de trance mortal (*dead trance*), de lo cual fui más de una vez testigo (*Reminiscences of life among Toddas*).

Evans en su Diario: «*Un veterinario en el Nilgiri*», refiriéndose al mismo tema, termina el cuadro descrito por Metz y agrega: «Recobrado de su crisis (?), el kurumbe se echó a reptar por el suelo, como una serpiente, y a comer, arrancándolas con los dientes, hierbas que escogía. Luego se refregaba el rostro contra la tierra, lo cual poco contribuía a aumentar sus naturales encantos. La tierra, muy rica en hierro y ocre, se quita muy difícilmente de la piel. Por consiguiente, cuando mi nuevo amigo (el kurumbe que quería robarlo) se levantó y se presentó a nosotros, titubeante, como un hombre ebrio, después del encuentro que nadie deseaba, se asemejaba a un clown de circo, cubierto de manchas y de sangrientos arañazos, amarillentos y rojos...»

Y aún más: Ya hemos dicho que los todde nunca llevaban armas para protegerse de los animales, ni perro que pudiera avisarlos de la amenaza de cualquier peligro. Empero, en los recuerdos de los más viejos habitantes de Utti no se pudo encontrar nada que probase que un todde hubiese sido matado o herido por un tigre o un elefante. Un pequeño búfalo, perteneciente a los todde, y que hubiera sido degollado por los animales salvajes, es un hecho excesivamente raro y que no tiene lugar con los búfalos mismos. Nunca ocurrió que un tigre se haya apoderado de un niño o de una mujer de los todde. Y

pido al lector que medite acerca de este hecho: esta intangibilidad protectora tiene lugar hoy, en 1883, cuando las «Montañas Azules» están llenas de casas habitadas por colonos e ingleses, cuando no pasa semana sin que se produzcan casos mortales entre los hombres y, cuando, la tercera parte de los rebaños se halla condenada regularmente a ser arrebatada por las fieras. Los coolies, los pastores, los niños de los indígenas y sus padres –todos pueden esperar una muerte cruel debida a un sanguinario tigre o a un elefante salvaje. Sólo el todde es capaz de pasar días en la linde de los bosques y de dormir tranquilo, indiferente y seguro de que nada le suceda.

Entonces ¿cómo explicar ese hecho conocido por todos, observado por todos? ¿Por la casualidad –es la explicación que siempre se da en Europa a lo inexplicable? Casualidad muy extraña, empero; pues esas coincidencias tienen lugar desde hace más de sesenta años ante los ojos de los ingleses; y, en cualquier caso, cuesta mucho controlarlas, y aún más demostrarlas antes de la llegada de los ingleses –hoy, fueron plenamente verificadas. Hasta los estadísticos juramentados prestaron atención a estos hechos y los anotaron, si bien ello no tuvo lugar sin *ingenuidad*.

–Los todde *casi* (?) no están expuestos al ataque de los animales salvajes», leemos en las *Notas de los cuadros estadísticos* para el año de 1881, «*sin duda* a causa de algún *olor específico* que les es propio y que rechaza al animal. ¡Señor! ¡Qué ingenuidad! ...

¡Dicha probabilidad «de un olor *específico* es digna de imprimirse en letras de oro! ... ¡Es evidente que esta tontería *específica* es más agradable a ojos de los escépticos juramentados que el *hecho* irrefutable que les salta a la vista!

En esta realidad irrefragable que el europeo rehúye como el avestruz, con la cabeza gacha, esperando, al ocultarla de este modo, que los otros no lo verán –radica todo el enigma de la honda veneración, por una parte, y también del temor que inspiran los todde a todas las tribus de las «Montañas Azules». Los baddagues los adoran, los mulu-kurumbes tiemblan ante ellos. Si ante un todde que anda serenamente, con una pequeña caña inofensiva e inocente en la mano– el espanto aplasta al kurumbe, se debe al sentimiento de amor y fidelidad que obliga al baddague a arrodillarse voluntariamente. El baddague al divisar a lo lejos al todde, se extiende en el suelo, silencioso, en la espera de su saludo y su bendición. Y el baddague es muy feliz si su *deva*, rozando apenas la cabeza de su adorador con el pie descalzo, traza en el

aire un signo comprensible para él solo, luego se aleja lentamente, «el rostro altivo e impasible como el de un dios griego», según la expresión del capitán O'Gredy.

¿Cómo consideran los ingleses ese sentimiento fanático de veneración de los baddagues hacia los todde y cómo lo explican? Muy natural y simplemente. Los ingleses rechazan, como una estúpida fábula, la tradición según la cual dichas relaciones surgieron en los antepasados de las dos razas e interpretan los hechos a su modo. Así el coronel Marcha escribe en su libro:

—Ese sentimiento parece tanto más singular cuanto que, según las estadísticas, los baddagues desde el comienzo fueron más numerosos que los todde. Es la relación de diez mil a setecientos. Empero, nada ni nadie hará vacilar al baddague supersticioso en su convicción de que el todde es una criatura sobrenatural. Los todde son gigantes desde el punto de vista físico y los baddagues no son de alta estatura, si bien muy fuertes y musculosos. He aquí todo el secreto del sentimiento de los baddagues por los todde.

Todo el secreto —¡por cierto no! ¿Por qué ni los chotes ni los errulares— dos tribus cuyos seres son de pequeña talla y de débil constitución si se los compara con los baddagues —por

qué no manifiestan el mismo sentimiento de veneración respecto de los toddes, aunque los respetan y mantienen relaciones constantes con ellos? Para descifrar el enigma es preciso conocer la historia de los baddagues y crearla, si no al pie de la letra al menos teniendo fe en sus relatos espontáneos. Lo esencial del problema radica según nosotros en el hecho de que los baddagues fueron *brahmanes*, aunque degenerados hoy, mientras que los chotes y los errulares no son sino simples parias. Y los baddagues (como los brahmanes en la India, antes del período musulmán), están instruidos acerca de muchas cosas que para los otros es letra muerta. ¿Qué saben? Lo diré en el siguiente capítulo. Por el momento hablemos un poco de los baddagues y de su religión. Como todas las demás manifestaciones del hombre en las «Montañas Azules», esta religión se distingue por su originalidad y su carácter muy inesperado.

En la cumbre desnuda del pico de Rogasuumisk se encuentra su único templo abandonado. La religión de los baddagues se compone de ceremonias cuyo sentido han perdido desde hace mucho tiempo. Ese templo, su Meca –van allá dos o tres veces por año con el fin de leer sus conjuros contra la mayor parte de los dioses brahmánicos. Según el coronel Okhtorby, administrador general de las montañas, los

baddagues constituyen una de las razas más tímidas y más supersticiosas de la India. «Viven en el constante temor de los espíritus malos, que, en su imaginación, rondan sin cesar en torno de ellos. Y el mismo espanto hace presa de ellos al solo pensamiento de los kurumbes. El pavor que los todde inspiran a los kurumbes, éstos lo provocan en los baddagues.»

Leamos lo que dice el coronel en su sabia obra acerca de la *superstición* de los desdichados baddagues:

–La enfermedad en el hombre, la epidemia que aqueja los animales, cualquier disgusto, cualquier suceso fortuito en sus familias, sobre todo la mala cosecha que los arruina –todo es en seguida atribuido por los baddagues a los encantamientos de los malvados brujos kurumbes; y se apresuran en buscar ayuda en la fuerza contractuante del *buen todde*... Esta estúpida superstición está tan profundamente arraigada en todas las tribus del Nilguiri que debimos juzgar muchas veces a los baddagues por una matanza general de kurumbes o por un incendio de aldea... –Y sin embargo los baddagues recurren con frecuencia a la ayuda, a la cooperación de los kurumbes, sobre todo cuando se trata de alguna adquisición ilegal, deshonesta. Se dirigen, entonces, por intermedio de los enanos, a los malos espíritus *imaginarios* y sometidos a los kurumbes...», (*Statistical Records of Nilguirry*).

Empero los ingleses nunca vieron que un todde se mezclara en esos asuntos «turbios»... Los baddagues aborrecen a los kurumbes, los temen, y a despecho de ello, tienen constante necesidad de ellos. Ninguna siembra, ningún asunto se concluye sin la ayuda del «hechicero negro».

En primavera, cuando se siembra las tierras, no se da comienzo a trabajo alguno antes que el kurumbe no la *bendiga* con el sacrificio en los campos de un cabritillo o de un gallo (siempre negros), o no arroje el primer puñado de granos pronunciando conjuros conocidos. Con el fin de lograr una buena cosecha, los baddagues se dirigen a los kurumbes, pidiéndoles que sean los primeros en rastrillar y, en la época de siega, que, sean los primeros en segar el primer manojito de espigas o arrancar el primer fruto.

El autor sigue escribiendo, para explicar científicamente esta extraña superstición:

—El kurumbe es de estatura ridículamente pequeña. Su aspecto enfermizo, cadavérico, con un bosque de cabellos hirsutos, atados en un enorme moño en la coronilla, su silueta que inspira repugnancia, *explican plenamente el terror imbécil* que experimenta ante él *el tímido baddague*. Cuando el baddague se encuentra de improviso con un kurumbe en un camino, huye

como si viese un animal feroz⁵⁴. Y si no pudo evitar a tiempo la «mirada de víbora» que le echa el hechicero, el baddague regresa inmediatamente a su casa y presa de desesperación como una criatura condenada a muerte, se abandona a su destino, que es, según él, *ineluctable*. Realiza sobre sí todas las ceremonias prescritas por los *Chastramis* y que deben preceder la muerte: reparte, entre sus allegados, si posee alguna riqueza, su dinero y sus campos. Luego se acuesta y espera la muerte que (hecho extraño cuando se medita en él) sobreviene entre el tercer y el décimotercer día después del encuentro. Tal es *la fuerza de la imaginación supersticiosa*, explica ingenuamente el autor, *que mata casi inevitablemente a hora fija a la desdichada y estúpida criatura...*»

Si el *poder de la imaginación supersticiosa es el único homicida*, ¿cómo explica el respetable autor el siguiente hecho? El suceso tuvo lugar recientemente y todos lo recuerdan en las «*Montañas Azules*».

Los «baar-saab» anglo-hindúes no pueden ver a los sucios y salvajes kurumbes sino en los bosques, sea de diez veces nueve en las cacerías. Por eso el segundo encuentro de un funcionario inglés y de los kurumbes tuvo lugar en un bosque y, de nuevo, a causa de un elefante. (El lector recuerda el

primer episodio, con mister Betten, que me relató mistress Morgan.)

El héroe de este suceso es un hombre que ocupaba una elevada situación oficial. Era conocido por todos como uno de los mejores representantes de la sociedad inglesa, y su familia aún no abandonó Calcuta, según creo, donde su joven viuda vive con su hermano mayor. La mujer del general Morgan la quería mucho, y es el único motivo por el cual no puedo dar aquí su verdadero nombre. Prometí no nombrarlo, aunque, en el siguiente relato, todos aquellos que estuvieron en Madras lo reconocerán fácilmente.

Mister K... emprendió una cacería con algunos amigos, *chikaris* y numerosos criados. Mataron un elefante y sólo entonces mister K... se dio cuenta que se había olvidado de traer un cuchillo especial para cortar los colmillos del animal. Los ingleses resolvieron dejar al animal bajo la guardia de cuatro cazadores baddagues, con el fin de protegerlo contra las fieras, y almorzar en una plantación vecina. K... debía regresar dos horas después para sacar los colmillos...

Programa fácilmente realizable, al menos aparentemente. Sin embargo, cuando mister K... regresó, tuvo que enfrentarse con un obstáculo imprevisto. Una decena de kurumbes

estaban sentados sobre el elefante, trabajando con ahínco para cortar los colmillos del animal. Sin prestar la menor atención a las palabras del alto dignatario, los kurumbes le declararon fríamente que por haber sido muerto el elefante en su territorio, consideraban que tanto el animal como los colmillos les pertenecían. En efecto, sus chozas se levantaban a algunos pasos de allí.

El lector adivinará la cólera que esta insolencia produjo en el orgulloso inglés. Les ordenó desaparecer de su vista al punto, pues en caso contrario sus hombres los expulsarían a latigazos. Los kurumbes se echaron a reír y prosiguieron su trabajo, sin dignarse mirar al *bara-saab*.

Mister K... gritó entonces a sus servidores que expulsaran a los kurumbes por la fuerza.

Veinte cazadores armados lo seguían. Mister K... era un hermoso hombre, de elevada estatura, de unos treinta y cinco años de edad, conocido por su vigorosa salud y su fuerza, así como por su irascibilidad. Había unos diez kurumbes, casi desnudos y sin armas. Cuatro baddagues, a quienes habían dejado al elefante, huyeron naturalmente en cuanto los kurumbes les ordenaron hacerlo. Tres cazadores hubieran bastado para cazar a los desdichados enanos. Empero, los

gritos de mister K... no produjeron el menor efecto: nadie se movió.

Todos temblaban de miedo, pálidos, la cabeza gacha. Algunos hombres, entre quienes se hallaban los baddagues escondidos en la maleza, se echaron a correr y desaparecieron en la espesura.

Los mulu-kurumbes sentados en los despojos del elefante miraban con atrevimiento al inglés, mostrando los dientes y, al parecer, provocándolo.

Mister K... perdió todo dominio de sí.

—«¡Cobardes! ¿Expulsarán, sí o no, a esos bandidos?», aulló.

—Imposible, saab —declaró un chikari de blanca barba—, imposible... Para nosotros es una muerte segura... Los kurumbes están en sus tierras...

De un brinco mister K... bajó de su caballo. Entonces el jefe de los kurumbes, feo como un pecado encarnado, saltó de pronto sobre la cabeza del elefante, se puso a brincar haciendo muecas, rechinando los dientes como un chacal. Luego, meneando la horrible cabeza y amenazando con los puños, se

irguió y abarcando con una mirada circular a todos los presentes, dijo:

—«Aquel que toque el primero *nuestro* elefante, *no tardará en recordarse de nosotros el día de su muerte*. No verá la nueva luna.»

La amenaza era vana. Los sirvientes del funcionario parecían haberse convertido en estatuas de piedra.

Entonces mister K..., furioso luego de haber golpeado a culpables e inocentes con un enorme látigo, agarró al jefe de los kurumbes de los cabellos y lo arrojó lejos. Luego, sin dejar de repartir latigazos, derribó y puso en fuga a los demás kurumbes que intentan resistir, aferrados a las orejas y los colmillos del animal.

Todos los kurumbes se detuvieron a diez pasos de mister K..., quien se dispuso a cortar los colmillos. En el curso de la operación, según lo servidores, los kurumbes *no dejaron de mirar* al inglés.

Habiendo terminado su trabajo, mister K... entregó los colmillos a sus hombres dándoles orden de llevarlos a su casa. Ya levantaban el pie para ponerlo en el estribo, cuando su mirada se cruzó con la del jefe de los kurumbes, sobre quien había triunfado.

–Los ojos de estos canallas me produjeron la misma impresión que la mirada de un horrible sapo... Sentí una especie de náusea, contaba mister K... esa misma noche a sus amigos que habían venido a cenar con él. Y no pude retenerme, agregó con voz aún temblorosa de repugnancia. Lo castigué otra vez con mi látigo. El enano, acostado inmóvil en el suelo, allí donde lo había arrojado, se levantó de un brinco, pero no escapó para gran sorpresa mía. Retrocedió simplemente algunos pasos y siguió mirándome fijamente sin bajar los ojos...

–Tal vez le habría convenido más dominarse, observó alguien. Esas horribles criaturas perdonan rara vez.

Mister K... se echó a reír.

–Los *chikaris* me lo dijeron también. Regresaban como condenados a muerte... ¡Tienen miedo del ojo!... ¡Pueblo imbécil y supersticioso! ¡Hubieran debido hace mucho abrirles los ojos respecto de dicho ojo! El célebre «ojo de víbora» me abrió el apetito...

Y mister K... prosiguió burlándose de los supersticiosos hindúes.

Al día siguiente por la mañana, pretextando que se había cansado mucho la víspera, mister K... que se levantaba

siempre muy temprano, como todo el mundo en la India, durmió mucho tiempo y no se levantó sino a mediodía. En la tarde, el brazo derecho le dolía.

–El viejo reumatismo, observó. Esto pasará dentro de algunos días.

Pero él segundo día, sintió tal debilidad que sólo podía andar con dificultad. Al tercer día, guardó cama. No tenía fiebre, sólo esa inexplicable debilidad y un extraño cansancio en todos los miembros.

–Parece que la sangre de mis arterias se hubiera transformado en plomo, declaró a sus amigos.

El apetito, estimulado por el «ojo de víbora», como solía decir, desapareció bruscamente; se declaró el insomnio. Ningún narcótico produjo el menor efecto. En cuatro días, mister K... siempre en buena salud, fuerte, rojo, atlético, se convirtió en un esqueleto. En la quinta noche después del día de la cacería, con los ojos siempre abiertos, despertó a sus allegados y al médico que dormía en la habitación contigua, gritando como un poseso:

–¡Echen a esa repugnante bestia!... aullaba. ¿Quién permitió que entrase en casa ese animal? ... ¿Qué quiere? ... ¿Por qué me mira así?

Reuniendo sus últimas fuerzas arrojó hacia un objeto invisible un pesado candelabro que se estrelló contra un espejo.

El médico pensó que el delirio acababa de apoderarse de su enfermo. Mister K... no dejó de gritar y quejarse hasta la mañana, afirmando que veía junto a su cama al kurumbe a quien había golpeado. La visión desapareció por la mañana, empero mister K... seguía afirmando lo mismo.

—No era delirio, farfulló trabajosamente. El enano debió deslizarse no sé cómo... *Lo he visto en carne y hueso*, y no en la imaginación.

En la siguiente noche, aunque su estado había empeorado, el inglés no vio más al kurumbe. Los médicos, que no comprendían nada, diagnosticaron un caso de «fiebre de la jungla» (*jungle fever*) de la India.

Al noveno día, mister K... perdió el uso del habla: murió al décimotercer día.

Si «la fuerza de la imaginación *supersticiosa* mata en fecha fija a *una desdichada y estúpida criatura*» ¿qué poder debe de tener esa fuerza para matar a un gentleman rico y culto, *que no creía en nada*? «Extraña coincidencia, simple casualidad, nos dirán.» Todo es posible. Pero entonces esas *coincidencias* son

innumerables en los anales de las «Montañas Azules», y, por sí solas, presentan un fenómeno mucho más extraño que la verdad...

Los ingleses reconocen que nunca sucedió que un indígena pudo escapar sano y salvo al influjo del «ojo de víbora» de un kurumbe encolerizado. Y los mismos ingleses declaran que la única salvación es la siguiente: acudir a los todde dentro de las *tres primeras horas* después *del encuentro* y pedirles su ayuda. Si el *teralli* consciente, cada todde puede fácilmente *sacar (sic)* el veneno del hombre envenenado por el *ojo*. Pero ay de aquel que se halla después del *ojo* a una distancia de los roddes demasiado grande para que pueda ser franqueada en tres horas; y malhaya aquel a quien le echaron la *mala suerte* y a quien el todde, luego de haberlo mirado, se niegue a «sacarle el veneno»... Entonces, el enfermo está condenado a una muerte cierta...

Hay en el mundo muchos fenómenos, hay numerosas verdades inexplicables, o más bien que nuestros sabios no alcanzan a explicar. A menudo la prensa se aparta de esos hechos extraños con repugnancia y los rehuye como la fuerza impura que expulsa el incienso. Sin embargo, a veces se producen algunos sucesos que la sarcástica prensa se ve obligada a notar *empero* y a ahondar a despecho de ella. Ello

ocurre cada vez que a consecuencia del *supersticioso* espanto provocado por encantamientos y la hechicería, una aldea entera quema al autor de las fechorías, sea un hechicero, sea una hechicera. Entonces, en nombre de la legalidad y para satisfacer la curiosidad general, los diarios se extienden sobre las tristes manifestaciones de la «*incomprensible* y entristecedora superstición de nuestro pueblo».

Un hecho semejante tuvo lugar en Rusia, hará cosa de tres o cuatro años, cuando se juzgó y *se absolvió* a una aldea entera (sesenta hombres, si no me equivoco) por haber quemado a una vieja, medio loca, a quien sus vecinos, los mujiks, habían elevado a la dignidad de bruja. La prensa de Madras se vio obligada recientemente a abordar el mismo tema en condiciones casi idénticas.

Con la diferencia de que nuestros humanitarios amigos, los británicos insulares, se mostraron menos indulgentes que los jueces rusos: cuarenta hombres, kurumbes y baddagues, fueron ahorcados el año pasado, *sans bruit ni trompette*.

Todos recuerdan la espantosa tragedia que se desarrolló en aquella época en las «Montañas Azules», en el poblado de Ebonaud, a algunas millas de Uttakamand. El baile del burgo tenía un hijo: éste cayó de súbito enfermo, luego tuvo una

lenta agonía. Como en los meses anteriores tuvieron lugar varios casos de muerte misteriosa, los baddagues atribuyeron en seguida el mal de que estaba aquejado el niño al «ojo de víbora» de los kurumbes. En su desesperación el padre se echó a los pies del juez; en otros términos presentó una denuncia. Los anglo-bindúes se rieron de este suceso durante tres días y hasta expulsaron al *monegar* con bastante brutalidad. Entonces los baddagues resolvieron hacerse justicia por propia mano: incendiaron la aldea de los kurumbes hasta la última casa. Y rogaron a, un todde que fuera con ellos; sin el todde ningún kurumbe podía ser quemado por el fuego ni ahogado por el agua. Tal es lo que creen los baddagues y nada puede persuadirlos de lo contrario. Los toddes celebraron consejo y aceptaron: sin duda «los búfalos lo querían así». Acompañados por un todde los baddagues se pusieron en camino en una oscura noche de fuerte viento y dieron fuego simultáneamente a todas las chozas de los kurumbes. Ni un solo kurumbe escapó a la muerte: en cuanto salía de su choza, los baddagues lo echaban de nuevo en las llamas o lo mataban a hachazos. Únicamente escapó una vieja; tuvo tiempo de ocultarse en las malezas. Denunció a los incendiarios. Muchos baddagues fueron arrestados y al todde lo detuvieron con ellos. Este fue el primer criminal de esa tribu que los ingleses encarcelaron

después de la fundación de Uttakamand. Pero los ingleses no lograron ahorcarlo: en la víspera de sufrir la pena capital, el todde desapareció no se sabe cómo, mientras veinte baddagues morían en la cárcel con *el vientre hinchado...*

Ese proceso tuvo lugar sólo hace algunos meses. El mismo drama se representó tres años antes en Kataguiri. Fue en vano que los defensores y hasta el abogado del gobierno insistieran para que se reconocieran circunstancias atenuantes en favor de los acusados: en efecto, la única causa era la honda creencia de los indígenas en la hechicería de los kurumbes y el daño que éstos hacían impunemente. Todos solicitaron si no la gracia, al menos la no aplicación de la pena capital. Sus esfuerzos fueron inútiles. Los partidarios del cientificismo inglés pueden aún, dándole un nombre más sabio, creer en el efecto del «ojo» y de la mala suerte; los tribunales ingleses – ¡nunca! Empero la ley que hace dos siglos condenaba todos los años a tantos miles de hechiceros y hechiceras al suplicio sigue en vigencia en Inglaterra. No se la abrogó. Cuando se presenta la necesidad, bajo la forma de satisfacer el deseo de las estúpidas masas, los santurrones y los ateos como el profesor Lancaster que ordenó castigar al médium americano Slead –se saca esta antigua ley del polvo del olvido y se la aplica a un hombre a quien sólo se le puede culpar de

impopularidad. En la India, esa ley es inútil y hasta puede llegar a ser peligrosa: enseña a los indígenas que sus señores compartían antaño su «superstición». Mas tal es la fuerza de la opinión pública en Inglaterra que hasta la misma ley debe ceder...

Secretario de una Sociedad que tiene como objeto el estudio más profundo posible de los problemas psicológicos, me gustaría probar que no hay «superstición» en el mundo que no tenga su origen en la verdad. En realidad, nuestra Sociedad teosófica hubiera debido llamarse, en el nombre mismo de esa Verdad, «Sociedad de los descontentos de la ciencia *material* contemporánea». Somos la protesta viviente tanto contra el materialismo grosero de la época como contra la creencia irrazonable, demasiado encerrada en los estrechos marcos de la sentimentalidad, en los «espíritus» de los muertos y la comunicación *directa* entre el mundo del más allá y el nuestro. *No afirmamos, nada, no negamos nada.* Y como nuestra sociedad se compone en su mayor parte de seres que pertenecen a la elite europea, con muchos nombres conocidos en la ciencia y la literatura, nos atrevemos a no hacer caso a todas las sanciones de los organismos científicos *oficiales*. Preferimos seguir una táctica de espera, sin perder empero oportunidad alguna de aprovechar cualquier hecho que escape a las condiciones

físicas ordinarias, con el fin de presentarlo a la meditación del público. Dejemos que esos hechos se conviertan en viviente reproche para la actividad de los maestros de las ciencias naturales que, para satisfacer la rutina, no moverán un dedo a fin de esclarecer el problema de las fuerzas misteriosas de la naturaleza.

No sólo buscamos las pruebas materiales e irrefutables de la esencia misma de esas manifestaciones que el pueblo bautizó con el nombre de «hechicería», de «arte que cura», de «hechizo» y que, en los medios místicos de los seres cultos se denominan «fenómenos espiritistas», «mesmerismo» o simplemente «*magia*». Deseamos penetrar hasta las causas mismas de esas creencias, hasta las fuentes de esa fuerza psíquica que la ciencia física sigue tomando en solfa y negando con extraña obstinación. Mas ¿cómo explicar esas creencias? ¿A qué debemos atribuir el extraño hecho que entre las tribus salvajes de las «Montañas Azules», que nunca oyeron hablar de nuestras hechiceras rusas, la fe en la «hechicería» que encontramos en las aldeas de Rusia se manifiesta idénticamente, en todos sus detalles, desde los conjuros de los curanderos rusos hasta la farmacéutica especial, los compuestos de hierbas y otros procedimientos del mismo género. Y esas mismas «supersticiones», tanto según el espíritu

cuanto según la letra, viven en los pueblos inglés, francés, alemán, italiano, español y eslavos. Los latinos dan la mano a los eslavos, los arios y los turanios a los semitas en su creencia común en la magia, en los encantamientos, en la clarividencia, en las manifestaciones de los espíritus buenos y malos. Hay «identidad» de fe, no en sentido relativo, sino en la literal acepción del término. Ya no es «superstición» sino una ciencia internacional con sus leyes, sus fórmulas invariables, sus mismas aplicaciones.

⁵² El capitán Garkness describe ese hecho en su libro del año 1837. No pude encontrar las ruinas de ese templo; y mistress Morgan cree que el autor pudo haber confundido a los toddes con los baddagues.

⁵³ Los kurumbes se dividen en varias tribus; su nombre se debe a su pequeña talla. Por esa razón la raza nilguiriana es llamada, para distinguirla de los otros «mulu-kurumbes» o *enano-matorral erizado de espinas* (de las palabras *mulu*, matorral espinoso y *kurumba*, enano). Moran, en efecto, por lo general en los más tupidos, más infranqueables bosques, allí donde crecen los matorrales espinosos.

⁵⁴ El autor hubiera debido decir que el baddague huía sólo de *los kurumbes que le tenían rabia*. No tiene por qué huir de los otros. Pero si el kurumbe llega a enemistarse con alguien, entonces, como lo mostraremos, se vuelve realmente peligroso.

CAPÍTULO VI

Es muy peligroso salir de nojohé sin armas en ciertos lugares de las «Montañas Azules», cerca de los densos bosques donde moran los kurumbes. Pues bien, junto a una de esas espesuras, entre Kattaguiri y Utti, vive una familia de euroasiáticos bastante rica: la madre, ya anciana, dos hijos y un sobrino huérfano criado desde la cuna por la tía que sigue venerando la memoria de su hermana menor ya fallecida. Le habían prohibido al niño entrar en el bosque. Pero quería mucho a los pájaros. Un día, arrastrado por su pasión, el muchachito se alejó de la casa y se extravió en el bosque. Una golondrina saltaba de rama en rama y se esforzaba por agarrarla. De este modo corrió tras el pájaro hasta la puesta del sol. En Utti, ciudad rodeada por todos lados por montañas y peñas, el paso del día a la noche se realiza casi instantáneamente.

Cuando se vio en lo más tupido del bosque, el niño tuvo miedo y se apresuró en regresar a su casa. Desdichadamente, sintió repentino dolor en el pie; se sentó entonces en una piedra y se quitó el zapato. Mientras examinaba la llaga, buscando la espina que había penetrado en la carne, un gato salvaje saltó de un árbol y cayó muy cerca de él. Viendo

entonces que el animal no menos aterrorizado que él se aprontaba para atacarlo, el desdichado niño, atemorizado, empezó a dar estridentes gritos. En ese mismo momento dos flechas se hundieron en los flancos del animal que rodó por un profundo barranco, mortalmente herido. Y dos kurumbes, sucios, semidesnudos, se apoderaron del animal y luego hablaron al niño, burlándose de su temor...

El pequeño pudo contestarles, pues conocía su lengua, como todos los euroasiáticos que viven en las «Montañas Azules». Temiendo regresar a su casa solo, pidió a los kurumbes que lo acompañaran hasta la casa, prometiéndoles que les haría entregar arroz y aguardiente. Los mulukurumbes aceptaron y los tres se pusieron en camino. Mientras andaban de esta suerte, el niño contó a sus compañeros su aventura con la «golondrina». Los kurumbes le prometieron, a su vez, que agarrarían para él todos los pájaros que desease en cambio de una pequeña retribución. Los kurumbes son conocidos por su habilidad en la caza: se apoderan con tanta facilidad de un pájaro como de un elefante o de un tigre. Quedó entendido que los tres se encontrarían al día siguiente en el valle. Cazarían pájaros. En suma, el niño y los kurumbes se hicieron amigos.

Interesa explicar aquí cómo los kurumbes se apoderan de los pájaros. El enano agarra una vara, la hace girar en las manos como si la puliera, luego la hunde en el suelo, a dos pies de profundidad, en cualquier matorral. Y se acuesta, boca abajo, junto al matorral, con los ojos fijos en el pájaro, si por acaso el ave da saltitos allá *donde pueda verse*. Entonces, el kurumbe espera pacientemente. He aquí lo que escribe acerca de ese particular mister Betlor que una vez fue testigo de semejante «caza».

—«En ese momento los ojos del kurumbe cobraron extraña expresión... No he visto ese fulgor salvo en la mirada de las serpientes cuando, al acechar su presa, la fijan sobre la víctima *fascinándola*. El sapo negro de Maisur tiene también esa mirada fija, vidriosa, que parece brillar con fría luz interior que atrae y repele al mismo tiempo. Por algunas rupias, un kurumbe me permitió presenciar su captura. El pájaro despreocupado, alegre, activo, va de rama en rama y gorjea. De pronto, se detiene y parece escuchar. La cabeza algo inclinada, permanece algunos segundos inmóvil; luego se sacude y se esfuerza por escapar. A veces el animal levanta vuelo, pero esto ocurre muy poco. Generalmente, parece que una fuerza irresistible lo atrae hacia un círculo encantado, y empieza a volar de través hacia la vara. Se le erizan las plumas, lanza

grititos quejosos, y empero se aproxima saltando nerviosamente... Por fin helo cerca de la vara «encantada». De un salto el pájaro se posa encima y se cumple su destino. No puede más escapar y permanece pegado a la vara. El kurumbe se precipita hacia el desdichado animal con una rapidez que le envidiaría una serpiente... y si entregáis al enano algunas monedas más, se traga el pájaro vivo con plumas y garras...»

Así fue como los dos kurumbes se apoderaron de dos golondrinas amarillas y se las entregaron al pequeño Simpson. Mas, el mismo día *hechizaron* también al niño. Uno de los kurumbes lo «encantó» como había encantado a los pájaros. Se apoderó de su voluntad, se hizo dueño de sus pensamientos, lo convirtió en una máquina inconsciente, lo «hipnotizó». Toda la diferencia entre el médico que hipnotiza y el kurumbe estriba en el medio escogido: el primero emplea pases visibles o utiliza el método científico del magnetismo; mientras que el último debió *mirar* simplemente al niño durante la *caza* y *tocarlo*.

Un cambio manifiesto se produjo en la conducta del pequeño Simpson. Su salud no se resintió y conservó su buen apetito; pero pareció envejecer unos años, y los padres y toda la gente de la casa notaron que muchas veces caminaba como en sueños. Muy pronto empezaron a desaparecer objetos de

plata de la casa de la señora Simpson: cucharas, azucareros, hasta el crucifijo de plata, luego le llegó al turno al oro. Reinaba mucha agitación en la casa. A despecho de todos los esfuerzos para descubrir al ladrón, pese a todas las precauciones que se tomaron, los objetos siguieron desapareciendo del armario muy bien cerrado y cuya llave la dueña de casa nunca abandonaba... La policía, a quien se recurrió, se declaró impotente para descubrir al culpable. Las sospechas recayeron sobre todos los moradores de la casa sin poder señalar a nadie en particular. El sirviente de la casa estaba al servicio de la familia desde muchos años atrás y la señora Simpson confiaba tanto en esa persona como en sí misma.

Una tarde, la señora Simpson recibió de Madras un paquete que contenía un pesado anillo de oro. Lo ocultó en su armario de hierro, puso la llave debajo de su almohada y resolvió pasar la noche en vela para descubrir al culpable. Para mayor certidumbre, se negó a beber el vaso de cerveza que siempre tomaba para dormirse en seguida. Había observado que, desde hacía algún tiempo, sus miembros se entumecían después de beberlo y su sueño era pesado.

El niño dormía en un cuartito, cerca del dormitorio. Hacia las dos de la madrugada, la puerta del cuartito se abrió, y a la

luz de la lamparilla, la señora Simpson vio a su sobrino que entraba. Por poco no le pregunta qué deseaba; pero recobrándose al punto, esperó, con el corazón oprimido por la angustia. El niño se adelantaba, en efecto, como un sonámbulo. Tenía los ojos abiertos y el rostro –como ella lo dijo después en el tribunal– tenía una expresión severa, casi cruel. Fue derecho hacia la cama, sacó suavemente la llave de abajo de la almohada, con tanta rapidez, tanta destreza que más bien vio que sintió la mano del pequeño deslizarse debajo de su cabeza. Luego abrió el armario, buscó algo en el interior, lo cerró.

Tal era la presencia de ánimo de la señora Simpson que se quedó un instante sin moverse. ¡Su querido sobrino, un niño, era un ladrón! ¿Dónde ocultaba los objetos robados? Quiso saber a qué atenerse; era menester descubrir el ladrón.

La señora Simpson se vistió sin hacer ruido y con rapidez, luego examinó el cuarto de su sobrino. Ya no estaba allí, pero la puerta que daba al patio estaba abierta. Entonces salió, siguiendo las huellas aún frescas y percibió la silueta del pequeño deslizarse cerca de la pajarera. La luna iluminaba el jardín. Y la señora Simpson observó el gesto del niño que se agachaba para ocultar algo en la tierra. Resolvió esperar hasta la mañana. «Mi pequeño es sonámbulo, pensó. Sin duda,

encontraré los demás objetos. Es inútil despertarlo y asustarlo ahora.»

Y la señora Simpson entró en la casa, sin dejar de estar convencida que el niño se había vuelto a acostar y que dormía profundamente. Empero, seguía con los ojos abiertos, como lo había visto cuando se había acercado a ella. Este hecho la asombró, hasta la espantó, sin embargo su resolución de esperar hasta la mañana no la abandonó.

Al día siguiente llamó a sus hijos y les contó los sucesos de la noche. Se dirigieron a la pajarera, vieron la tierra recién removida, pero no encontraron nada. El niño tenía evidentemente cómplices.

En cuanto el pequeño regresó de la escuela, la señora Simpson lo acogió como de costumbre: interrogándolo, no se podría descubrir nada y, quizás, el esclarecimiento del problema se haría más difícil. Le sirvió, pues, la comida, pero no dejó de observarlo. Al término del almuerzo, se levantó para lavarse las manos y, quitándose el anillo, lo dejó a propósito sobre la mesa. A la vista de ese objeto de oro, los ojos del niño brillaron. Su tía se dio vuelta: inmediatamente, el niño se apoderó del anillo y lo puso en el bolsillo. Luego se levantó y salió indolentemente de la casa.

La señora Simpson lo detuvo.

–¿Dónde está mi anillo, Tom? –le preguntó–. ¿Por qué te apoderaste de él?

–¿Qué anillo? –contestó Tom con indiferencia–. No he visto su anillo ...

–¡Lo tienes en el bolsillo, miserable! –gritó la señora Simpson dándole una fuerte bofetada. Y arrojándose sobre el niño que permanecía tranquilo, le sacó el anillo del bolsillo y se lo mostró. Tom no opuso resistencia alguna.

–¿De qué anillo me hablas? –preguntó a su tía con cólera–. Es un grano de oro... lo tomé para mis pájaros... ¿Por qué me pega usted? ...

–¿Y todos los objetos de plata y de oro que me robas desde hace dos meses, eran también granos según lo que me dices, mentiroso, ladronzuelo? ¿Dónde los pusiste? ¡Habla o llamo a la policía! –gritó la señora Simpson fuera de sí.

–No le he robado nada a usted. Nunca tomé nada sin su permiso, salvo unos granos y un poco de pan... para los pájaros...

–¿Dónde robabas los granos?

–En casa, en el armario... ¿No me dio usted el permiso?... Esos granos de oro no se encuentran en el mercado... Si no, no se los hubiera pedido.

La señora Simpson comprendió que se hallaba frente a un enigma incomprensible, un terrible misterio que no podía comprender. El niño –sea debido a un ataque de demencia o de sonambulismo crónico– creía decir la verdad o en todo caso lo que creía que lo era...

Comprendió que acababa de cometer un error. El secreto se le escapaba. El niño tenía cómplices, ella los descubriría. Y la señora Simpson fingió reconocer que se había equivocado. Su corazón sangraba dolorosamente, pero siguió la experiencia hasta su fin.

–Dime, Tom –preguntó con ternura–, ¿recuerdas el día en que te di permiso para que tomaras en el armario de hierro los granos de oro para los pájaros?

–Fue el día en que pude agarrar los pájaros amarillos –explicó el niño súbitamente severo–. ¿Por qué me pegó usted? ... Usted me dijo: agarra la llave que está debajo de mi almohada cuando la necesites; toma también los granos de oro... son mejores para tus pájaros que los granos de plata...

Pues bien, los tomé ... Por otra parte, no queda casi nada – agregó tristemente Tom–, ¡y mis pájaros se morirán!...

–¿Quién te lo dijo?

–Él... aquel que agarra para mí los pájaros y que me ayuda a alimentarlos.

–Pero, ¿quién es?

–No lo sé –respondió el niño con esfuerzo. Y se pasó la mano por la frente–. No sé nada ... él, usted lo vio muchas veces... Vino hará cosa de tres días, a la hora de la cena, cuando saqué del plato de tío un grano de plata... Tío lo puso allí para mí... Me dijo: tómalo... Entonces tío me dijo sí con la cabeza y lo agarré.

En efecto, mistress Simpson recordó que ese día habían desaparecido misteriosamente diez rupias de plata que estaban sobre la mesa: su hijo acababa de sacarlas del bolsillo para pagar una factura. Esa pérdida era la más inexplicable de todas.

–Pero, ¿a quién diste los granos?... Los pájaros no se alimentan de noche...

Se los di a él, detrás de la puerta ... *Él* salió antes que terminase la cena. Esa vez habíamos comido de día y no de noche.

– ¡De día! Las ocho de la noche es el día para ti...

–No sé... pero era de día... no hubo noche ... por otra parte, hace mucho que las noches han desaparecido...

–¡Señor! –se lamentó la señora Simpson, levantando los brazos con gesto de espanto–, este niño ha enloquecido... ¡ha perdido el juicio!

De pronto se le ocurrió una idea.

Pues bien, toma ese grano de oro –le dijo dándole su prendedor–. Tómalo y dáselo a los pájaros... te miraré...

Tom se apoderó del prendedor y corrió gozoso hacia la pajarera. Tuvo lugar entonces una escena que convenció a mistress Simpson del desarreglo de las facultades cerebrales de su sobrino. Andaba en torno de las jaulas y arrojaba granos imaginarios; ahora bien, casi todas las jaulas estaban vacías. Sin embargo Tom *frotaba el prendedor* entre sus dedos, como si fueran granos, luego hablaba a los pájaros ausentes, silbaba y reía de gozo.

–Y ahora, *auntie* (tía), le voy a llevar el resto para que él lo guarde... Al comienzo me ordenaba enterrar los restos debajo de la ventana.... pero esta mañana me dijo de llevarlos allá... Pero no me siga usted... si no, no vendrá...

–Muy bien, amiguito. Irás solo, aceptó *místress Simpson*.

Sin embargo, retuvo a su sobrino, con un pretexto cualquiera, durante media hora. En ese tiempo mandó buscar secretamente a un agente de policía, y luego de prometerle una buena recompensa, le pidió que siguiera al niño adonde éste fuese.

–Si entrega el prendedor a alguien –declaró–, detenga al hombre: es el ladrón.

El policía llamó a un compañero en su ayuda y siguió al niño todo el día. Ya entrada la noche, lo vieron dirigirse a la espesura. De pronto un enano, muy feo, salió de los matorrales e hizo una señal a Tom que, en seguida, fue hacia él como un autómatas. Viendo al niño que parecía «desparramar» algo en la mano del kurumbe, los policías se presentaron y lo detuvieron con la prueba misma del delito: el prendedor de oro.

El kurumbe se libró del asunto con algunos días de cárcel. No pudo alegarse contra él pieza alguna de convicción: no tenía sino el prendedor, y el niño aseguró que se lo había

entregado de buen grado, «no sabía por qué motivo». El tribunal juzgó confusas las declaraciones del pequeño Simpson que «deliraba» acerca de los «granos de oro» y no reconocía al kurumbe. Ante todo era menor de edad y el médico lo declaró idiota incurable?. Su testimonio y las palabras embrolladas de la señora Simpson que no supo explicar lo que le había dicho su sobrino, no contaron para nada. La declaración del policía no tuvo lugar: hubiera podido tener peso, pues conocía al kurumbe como poseedor de objetos robados. El mismo día del arresto del kurumbe, el policía cayó enfermo y murió al cabo de una semana, algunos días antes del proceso... El asunto terminó de este modo ...

Hemos visto al desdichado Tom que, hoy, ya tiene veinte años. Cuando nos lo presentaron, vimos a un euroasiático gordo, con mejillas colgantes que, sentado en un banco, cerca de la puerta de su casa, torneaba barrotes de jaula. Los pájaros siguen siendo su pasión, como antaño. Al parecer, su inteligencia está normalmente desarrollada, pero se oscurece en cuanto se trata de plata, de objetos de oro o de plata: los sigue llamando «granos». Por otra parte desde que sus padres lo enviaron a Bombay, en donde quedó algunos años «vigilado», esta manía empieza a desaparecer. Un solo

sentimiento permanece igual en él: el irresistible deseo de *fraternizar* con los kurumbes.

Para concluir rogaré al lector que relea en el *Diccionario filosófico* de Voltaire el pasaje en el cual el filósofo señala las cinco condiciones que se consideran suficientes para que un testimonio cualquiera pueda ser juzgado válido. Ahora bien, todas esas condiciones se encuentran satisfechas en nuestro relato acerca de los encantamientos y la *hechicería* de los mulukurumbes.

Veremos si los escépticos aceptan nuestra deposición confirmada por las declaraciones de testigos imparciales. O si la mayoría, salvo algunas excepciones, querrá seguir siendo, pese a la filosofía de Voltaire, *plus catholique que le Pape*.

Invitamos a todos los incrédulos a que realicen un viaje, a la India, particularmente a la presidencia de Madras, a las «Montañas Azules». Que vivan allí algunos meses y lleguen a conocer las «misteriosas tribus» del Nilguiri, sobre todo los kurumbes. ¡Y que luego, a su regreso a Europa, osen negar, si pueden, la realidad de la hechicería kurumbe!

Pero las «Montañas Azules» no sólo presentan al viajero el interés de un terreno de experiencias ocultas. Cuando llegue a sonar la hora bienaventurada –si es que algún día llega a

sonar— en que nuestros amigos de las brumosas riberas de la «pérfida» y siempre desconfiada Albión, dejen de ver a un peligroso espía político en cada inocente turista ruso, entonces los rusos harán viajes más frecuentes a la India. Los naturalistas de nuestra patria visitarán entonces la Tebaida montañosa que hemos descrito. Y estoy convencida que para un etnólogo, un geógrafo y un filólogo, sin olvidar los maestros en psicología, nuestras «Montañas Azules» o sierras del Nilguiri, se presentarán como un tesoro inagotable para las búsquedas científicas de todos los especialistas.

H. P. Blavatsky